

54



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS



DEL HUMOR Y LA APARIENCIA EN DON CATRÍN DE LA FACHENDA

T E S I S QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:

LICENCIADA EN LENGUA Y LITERATURAS HISPÁNICAS

P R E S E N T A

MARIANA OZUNA CASTAÑEDA



ASESORA: DRA. MARÍA ROSA PALAZÓN MAYORAL

MÉXICO, D. F., ABRIL DE 2000

277456





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradezco a mi madre por empujarme y nunca consentirme.

A mi padre, por haber decidido serlo y haberme consentido en mi infancia. Porque nunca me ha exigido.

A mis hermanos, Juan y Leonardo, sólo por ser mis hermanos. Y por quererme sólo por ser su hermana. Los quiero.

A mi nana, Toñita: gracias por estar a un paso de mi cama cada noche.

A Sergio por amarme, y sobre todo por creer en mí más que nadie y que yo misma.

A mis maestros, por crearme dudas y enseñarme el camino para resolverlas.

A Dios, por la vida.

ÍNDICE

Advertencia,	i
Introducción,	I
I El Catrín: una paradoja,	8
II La sátira,	36
III Hay mucho que corregir,	49
IV Vicios que se hicieron oficios,	67
V Humor: la dolorosa mueca de la sonrisa,	81
VI Ironías,	94
VII Aunque la mona se vista de seda, ¿mona se queda?,	110
Conclusiones,	123
Bibliografía,	128

ADVERTENCIA

Las obras de José Joaquín Fernández de Lizardi citadas son las editadas por la Universidad Nacional Autónoma de México en su colección Nueva Biblioteca Mexicana, dentro de la serie *Obras* de Fernández de Lizardi, ediciones críticas y anotadas, que se hicieron en el Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas.

Utilizaré el siguiente sistema para las citas tomadas de dichos volúmenes, mientras que las fichas completas correspondientes aparecerán en la bibliografía: entre paréntesis abreviado el nombre de la obra, el tomo y capítulo en romanos, en caso de ser periódico el número en arábigo, donde los haya y la página:

NOVELAS

Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda: DC- capítulo: página

El Periquillo Sarniento: PS-tomo, capítulo: página

PERIÓDICOS Y FOLLETOS

El Pensador Mexicano: EPM-tomo, número: página

Alacena de frioleras: AF-tomo, número: página

Obras X-Folletos (1811-1820): O-X: página

Obras XI-Folletos (1821-1822): O-XI: página

Obras XII-Folletos (1824-1824): O-XII: página

Obras XIII-Folletos (1824-1827): O-XIII: página

Obras XIV-Miscelánea, bibliohemerografía, listados e índices: O-XIV: página

POESÍA

Obras I- Poesías y fábulas: O-I: página

INTRODUCCIÓN

La obra de José Joaquín Eugenio Fernández de Lizardi Gutiérrez se esparce por varios campos literarios: poesía, incluyendo sus fábulas, teatro, periódicos, diálogos, folletos y novelas. Su nombre ha sido integrado en las historias de la literatura mexicana y latinoamericana bajo los epítetos de primer novelista de América o primer fabulista de este continente. La lectura de su obra se limita, por lo general, a su primera novela *El Periquillo Sarmiento*, que tomó la atención de la crítica y que además redujo la obra novelística de El Pensador a su primer trabajo. Esto no ha sido gratuito: dicha novela tiene el espíritu enciclopedista; es ambiciosa y casi total. De ella se pueden extraer datos lingüísticos interesantes; datos de la vida del autor respecto a su educación y vida; información de la sociedad de la época, su organización, sus costumbres, dichos y sucesos corrientes.

Camarada de Pedro Sarmiento es Don Catrín de la Fachenda, el protagonista de la última novela de Fernández de Lizardi: *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, que no pudo publi-

carse en vida del autor. El año en que la novela estaba lista y aprobada (1820), la Constitución de Cádiz fue nuevamente jurada por Fernando VII en España, y la libertad de imprenta reinstalada. Fernández de Lizardi no tuvo necesidad de continuar las diligencias para la publicación de la novela, y siguió con la labor que más le interesaba, a saber la periodística con *El Conductor Eléctrico*.

A diferencia de *El Periquillo*, *La Quijotita* —su segunda novela— no tuvo la misma suerte, su publicación no culminó por falta de suscriptores; quizá Lizardi temió el mismo fin para su última obra novelesca, y se dedicó a pulirla sin editarla. Esa marginación la arrojó irremediamente al olvido, luego de la muerte de su autor.

El proyecto editorial del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas, le ha dado a los trabajos de Fernández de Lizardi más oportunidades de ser leídos con un aparato crítico.¹

El aire de derrotismo de esta novela en particular, que la acompañó desde el siglo pasado hasta nuestros días, me atrajo sin remedio; pero sobre todo su actualidad, su vitalidad frente a las demás novelas de *El Pensador*; su sencillez y claridad. La obra tiene la capacidad de tocarnos, de incluirnos y hacernos partícipes activos... allí empezaron mis preguntas.

Este trabajo, que presento como tesis, hace un análisis desde mis horizontes en varios capítulos. El primero emprende la bús-

¹ El Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Literarias ha publicado, en la serie *Obras* de José Joaquín Fernández de Lizardi dentro de la Nueva Biblioteca Mexicana, catorce volúmenes. Cada uno de estos consta de notas, que son una preciada herramienta que ayuda al lector y lo acercan al texto.

queda del catrín: quiénes eran estos prototipos, cuáles eran sus conductas de acuerdo con la opinión general de la época, que había creado un catrín literario, una figura ya hecha y ridiculizada por los literatos desde los mismos ángulos. En la novela mencionada, Fernández de Lizardi, hace su propia versión de los catrines por medio de su protagonista. Sus adiciones más importantes al prototipo son el aire de nobleza de Don Catrín, sumado a su ardiente deseo de vivir sin trabajar. Expongo la percepción que en la novela se da de la aristocracia y de sus valores maquillados, tales como la honra; así como la identificación y equivalencia entre aristocracia, antiguo régimen, privilegios, y desigualdad entre criollos y españoles europeos. Posteriormente, valiéndome del análisis económico que hace Enrique Semo de la sociedad novohispana, ubico a Don Catrín fuera de las clases existentes: es un marginado que cumple con las características del lumpen. Esta clasificación es de suma utilidad para comprender la postura de Lizardi como satirista respecto a los catrines, al mismo tiempo que muestra la actualidad de la novela, su cercanía. Como lumpen, Catrín está en edad productiva, pero incapacitado por su educación para realizar cualquier tipo de trabajo. Es un inútil, no sigue ninguna moral, sino su beneficio propio.

El segundo capítulo lo titulé "La sátira", ya que me vuelco sobre la intención satírica de la obra, y la diferencia entre la sátira como la entendían los clásicos de la Antigüedad y la nueva sátira moderna. Las abundantes características que la preceptiva del siglo XVIII novohispano atribuyó a esta categoría y sus formas de realización sirven como antecedentes para definir la intención de la obra: corregir el error. Los errores que Lizardi desea corregir son los vicios socia-

les, teniendo en mente una sociedad ideal. El poder de la sátira se funda en que reduce la importancia de los temas que aborda; la ambigüedad de la sátira y su relación íntima con la risa la hicieron objeto de persecución por la Inquisición. La sátira podía resultar contraproducente, pues aquello que atacaba podía aparecer pintado con tanto detalle y entre chanzas y veras que aparecía como atractivo en lugar de repugnante. A partir de esta reflexión, argumento el carácter satírico de la novela *Vida y hechos...*, hecho que, conjugado con el humor y la ironía de la obra, convertirían a la novela en un cuchillo sin mango para el lector.

Lo que quiere corregir el autor en *Vida y hechos...* aparece en el tercer capítulo: "Hay mucho que corregir": las modas inmorales, la corrupción, la vana gloria sobre un supuesto nacimiento noble, la ignorancia de estos nobles pobretes y el egoísmo generalizado se representan en la figura de nuestro protagonista y de otros personajes dentro de la novela. Para lograr afianzar un proyecto moderno de nación, Fernández de Lizardi como ilustrado fincó sus ideales en la educación; es por esto que la educación familiar, escolar y religiosa de Catrín son mostradas con detalle en la novela. La deficiente educación que el personaje recibe sirve de explicación directa a las decisiones erradas de la vida del protagonista. Esto es algo de lo mucho que desea corregir El Pensador. En este camino por la niñez y juventud de Catrín las instituciones educativas, los padres y la Iglesia son salpicadas con su dosis de crítica sutil, pero no menos efectiva, que las señala como formadoras de estos anticidadanos que en apariencia repudian.

Perico Sarmiento escogió dedicarse a la carrera eclesiástica para vivir sin trabajar, a la sombra de la Iglesia y del trabajo de los fieles.

Don Catrín, como buen hidalgo de casta, se inclinó por la carrera militar para honrar a su genealogía, y de paso vivir en la holganza, respaldado por sus abusos en los fueros militares, pues un oficial del rey era más que nadie en el reino de la Nueva España. La institución militar se muestra en la novela como la escuela de la picardía, en donde Catrín aprende a jugar, a enamorar jovencitas, a echar pleito por cualquier cosa, a dar su opinión sobre cualquier materia, a blasfemar y maldecir, y a hacer elástica la palabra honra. En este capítulo reflexiono acerca de los sueldos de un oficial del rey comparados con los que percibían otros y lo que era realmente necesario ganar para vivir en el límite de la comodidad. La novela de Fernández de Lizardi proporciona los cabos de un entramado que queda a cargo del lector, confiando en su inteligencia.

El siguiente capítulo lo titulé “Vicios que se hicieron oficios”, porque Don Catrín llama oficios a los vicios que ejerce en su vida para vivir: estafador, jugador, ladrón y mendigo. Llevaba a cabo sus estafas por medio de la adulación, la mentira y el engaño. La abundancia de estos vicios los había generalizado y hecho comunes. El juego, el robo, el timo y la medicidad eran graves problemas para el gobierno de la Ciudad de México. Fernández de Lizardi ya había reparado en estos problemas en obras anteriores; la novedad en este caso se funda en que Don Catrín gana más dinero ejercitándose en cualquiera de estos “oficios” que como oficial del rey. La sátira de nuestro autor va enfocada a corregir estos vicios, que generalizados se han tomado por oficios.

Hasta aquí mi trabajo se centra en lo que critica Lizardi en su novelita. A partir del capítulo quinto, “Humor: la dolorosa mueca de la sonrisa”, me aboco a interpretar los mecanismos empleados en

esta sátira para hacerla efectiva. El humor es el primer elemento que considero importante en *Vida y hechos...* La sátira como categoría ha sido ligada desde la Antigüedad a la risa, y ésta representa una postura contestataria, la risa resquebraja las convenciones con su ambigüedad y capacidad desestabilizadora. Me baso en el análisis de Freud acerca del humor como parte de lo humorístico, quien lo define como una reacción ante los sentimientos de displacer, una sonrisa entre lágrimas que hace una labor de purga en el individuo.

Una vez establecido lo que debe corregirse y su magnitud, el humor logra que eso no abrume al lector, sino que le permita sobrellevar las molestias sociales, sin perderlas de vista. La función social del humor es muy grande, libera la presión acumulada sin anularla, como lo hace la carcajada. Esto es necesario porque, conforme se lee la novela, resulta que los catrines no son todos los que creemos, sino que hay otros encubiertos por todas partes.

La ironía es un elemento clave en el desarrollo del humor en esta novela satírica. Le dedico el capítulo sexto: "Ironías". Estas figuras permiten al satirista decir algo sin decirlo explícitamente, y obligan al lector la búsqueda de significados a partir de la contradicción en el sentido literal. La ironía ha despertado el interés de estudiosos que le han dedicado reflexiones interesantes, en este caso se encuentran Wayne Booth y Pere Ballart. Ayudada por sus investigaciones sobre la ironía, que muestran la eficacia de esta figura para guardar mensajes y crear un tercer plano entre el sentido literal y el sentido que se desprende de la reconstrucción de significados, selecciono unas cuantas ironías de la novela lizardiana para interpretarlas, o como dice Booth, para compartirlas. Las ironías le sirven a Fernández de Lizardi para integrar más activamente a sus lectores, para evadir los párra-

fos moralizantes y defenirse ante cualquier imputación. Este apartado reflexiona acerca de la fuerza de algunas ironías en el texto lizardiario, y cómo éstas se vuelven contra el lector o amplían los blancos de la sátira.

En el séptimo y último capítulo llamado "Aunque la mona se vista de seda, ¿mona se queda?", analizo la apariencia como centro rector de la conducta del personaje, que al igual que el concepto del catrín, se va ampliando hasta comprender a más personajes o tipos sociales (no en vano eché mano del refrán). La apariencia como una práctica social hace evidente una necesidad de apropiarse de los signos de las clases dominantes para pasar por ellos.

A fin de comprender mejor el fenómeno de la apariencia, adopté el concepto de simulacro de Jean Baudrillard. El simulacro entendido como la confusión entre la mentira y la verdad, según este autor. Cuando no se puede distinguir entre estos extremos acontece el simulacro. Algo que para mí aparece claramente es que la sociedad retratada por Fernández de Lizardi en la *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda* vivía en una mascarada, en la que bastaba simular ser un noble, un erudito o un caballero, o bien confundir las virtudes con los vicios, para ser tenido por noble, caballero y erudito. Lo verdaderamente grave de esta mascarada era que, a pesar de que pasara de medianoche, nadie se quitaba la máscara.

I

EL CATRÍN: UNA PARADOJA

El vicio suele semejarse
a una corcova del alma
Henri Bergson, *La risa*

A manera de ameno inicio daré noticia de la obra que me ocupará, cuyos hados no la favorecieron ni en su nacimiento, ni más de un siglo después de su publicación. José Joaquín Fernández de Lizardi escribió periódicos, teatro, folletos, poemas, fábulas y cuatro novelas: *El Periquillo Sarmiento* (1816)¹; *Noches tristes y Día alegre* (1819)²; *La Qui-*

¹ El título de la obra es *Vida y hechos de Periquillo Sarmiento, escrita por él para sus hijos*. La primera edición se publicó en la Oficina de don Alejandro Valdés en 1826, consta sólo de los tres primeros tomos, el cuarto no obtuvo el permiso del gobierno español para ser publicado. La primera edición completa con los cinco tomos es de 1830-31, en la imprenta de Galván a cargo de Mariano Arévalo.

² La primera edición es de 1818, pero no incluye *Día alegre*, éste se añadió en la 2a. edición de 1819, impresa en la Oficina de don Alejandro Valdés.

jotita y su prima, historia muy cierta con apariencias de novela (1819)³ y la que me ocupará *Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*.⁴

Lizardi fue un novelista por contingencia, ya que la suspensión de la libertad de imprenta lo obligó a dar un giro su oficio periodístico y continuar su carrera de educador y crítico social por medio de una literatura de corte picaresco. Sin embargo, tras el éxito y prestigio que le reportara su primera novela, *El Pensador* continuó escribiendo novelas, no sin obstáculos, pues tanto *El Periquillo* cuanto *La Quijotita* no fueron publicadas completas en vida del autor; la primera a causa de la censura, y la segunda por falta de recursos económicos. *Don Catrín de la Fachenda* es la última de sus novelas y reúne las memorias de la vida de un catrín narradas autobiográficamente. Se sabe que estaba ya terminada para febrero de 1820, de acuerdo con datos del mismo autor, pero no fue publicada por no tener suficientes suscriptores, además, ese mismo año la libertad de imprenta volvió a amparar a periodistas como Fernández de Lizardi, quien inmediatamente se lanzó a las imprentas con su periódico *El Conductor Eléctrico*⁵ para defender rabiosamente la Constitución de la Monarquía Española de 1812. Es de comprenderse entonces que el proyecto de la novela hubiera sido postergado por el autor; en 1822 en

³ La primera edición quedó trunca, impresa en la Oficina de don Mariano Ontiveros; la segunda edición está completa, publicada en la imprenta de Altamirano a cargo de Daniel Barquera 1831-32.

⁴ Primera edición en la imprenta del ciudadano Alejandro Valdés, 1832; la segunda edición fue hecha en México por Antonio Díaz en 1843; e incluyó *Noches tristes y día alegre*.

⁵ Impreso en 1820 en la imprenta de don Mariano de Zúñiga y Ontiveros. Consta de 24 números sin día y mes. Los primeros están totalmente dedicados a defender, elogiar y explicar la Constitución de 1812.

su folleto *Hemos dado en ser borricos y nos saldremos con ello* (O-XI:495-499), Lizardi convida nuevamente a la suscripción de la novelita, pues ya posee una imprenta; con todo, la obra tampoco salió a la luz ese año ni ningún otro; esto hace concluir a María Rosa Palazón que el autor tuvo tiempo de retocar la obrita lo suficiente para que no se pareciera a sus producciones anteriores en cuanto a las parrafadas llenas de digresiones moralizantes de *El Periquillo*⁶; a este hecho hay que sumar que ya el plan original de la obra para 1822 —“Saldrá la obrita en un tomo con diez o doce láminas” (O-XI,499)— no se comparaba, por lo menos en extensión, con las anteriores novelas, lo que ya significaba un cambio sustancial. El divorcio con el estilo periodístico de su primera novela, se manifiesta en el segundo párrafo del primer capítulo de *Don Catrín*:

No, no se gloriará en lo de adelante mi compañero y amigo *El Periquillo Sarniento* de que su obra halló tan buena acogida en este reino, porque la mía, descargada de episodios inoportunos, de digresiones fastidiosas, de moralidades cansadas, y reducida a un solo tomito en octavo, se hará desde luego más apreciable y más legible (DC-I:539).

La promesa que, en un juego de voces narrativas Catrín-Lizardi, se establece con el lector es clara; el autor se ha percatado para entonces de los obstáculos que sus “moralidades cansadas” significaron para el arribo a buen puerto de la primera novela, y no pretende reincidir en el mismo estilo.

Cinco años después de la muerte de *El Pensador*, en 1832, en la Oficina de don Alejandro Valdés se publica la obra con una sola

⁶ María Rosa Palazón Mayoral, “La nobleza pícaro o *Don Catrín de la Fachenda*”, *Nuevo Texto Crítico*, vol. IV, núm. 8, 2o. semestre, 1991, p. 161.

lámina, que ya había aparecido anteriormente en el folleto citado, y que nos muestra la apariencia singular de uno de estos jóvenes que tanto inquietaban al espíritu progresista de Lizardi, y de otros, y que se distinguían por pasear por las calles de la Ciudad de México, vestirse a la moda y meterse a los cafés y tertulias, buscando alguien que les costeara los alimentos y la diversión. A continuación, valiéndome de varios textos de la época y de la novela misma, describiré al “catrín”, “petimetre”, “currutaco” o “mojito” por dentro y por fuera.

El catrín por dentro y por fuera.

El catrín es la palabra que denomina al currutaco o petimetre español en México. Estos tipos sociales eran el blanco de muchos escritores; en el *Diario de México*, primer periódico cotidiano, a partir de 1805 hasta 1817, en la capital novohispana, se recogen algunos versos que atacan a estos sujetos por su facha y su comportamiento. Ya en el número ocho del primer tomo de su periódico *El Pensador Mexicano*, Lizardi pinta como sigue a estos personajes:

[...] mis señores currutacos, sin blanca y sin destino, que se ven precisados a sostener un tren exterior de decencia a puras fuerzas y con mil trabajos, para poder presentarse todos los días en clase de gorriones a tomar la sopa en casa de este amigo o aquel conocido; que tienen que andar a las oraciones de la noche con el oído alerta por saber dónde hierve el café o suena el molinillo, y que emplearse, tal vez, en tráficos más indecentes para cenar asado y dormir en un destripado colchón. Estos pobres no pueden dar limosna: harto hacen con adquirir el medio o el real para que les almidonen las camisolas o les remonten las botas.⁷

⁷ EPM-II, núm. 8:p. 200

El *Diario de México* y *El Mentor Mexicano* dan cuenta de estos seres por medio de poemas, de muestra basten los siguientes:

Soneto

Yo visto, ya vé U, perfectamente,
mis medias son sutiles y estiradas,
las hebillas preciosas y envidiadas,
los calzones estrechos sumamente,
charretera a la corba cabalmente,
mis muestras son de cabrier, muy preciadas,
mis sortijas en miles valuadas,
sombbrero de tres altos preponde.
Sé un poco de francés y de italiano,
pienso bien, me produzco a maravillas,
soy marcial, y a las damas muy atento
¿Tengo, señor razon de estar contento?
¿Qué me falta? No más de una cosilla
Temor de Dios, y algún entendimiento.⁸

Hombres a la moderna

El ejercicio diario adorno y afeminación. El destino la ociosidad, y ñoñerías, nuestra esgrima perfumes y aguas de olor... La educación marcialidad, e ignorancia... El estudio novelas y comedias... somos hombres en lo personal: En la figura *hermafroditas*... extranjeros... En la aplicación otentotes. En las producciones violentos... En las acciones Adonis... En el andar zaranderos.⁹

El reloj de un currutaco

Su muestra un currutaco elogió,
una dama que le oía

⁸ *Diario de México*, núm. 1673, 3 de mayo de 1810.

⁹ *Diario de México*, núm. 451, 25 de diciembre de 1806.

preguntó que horas tenía,
y entonces él escapó.

Yo díxe al ver, que se apena:
no le extrañe vd. señora,
que no puede saber la hora
quien solo trae la cadena.

A. O.¹⁰ (*El Mentor Mexicano*, tomo
primero, núm. 7, p. 55)

En México viven
ciertos hombrecillos;
con perdón de ustedes
voy á describirlos.
Ellos son muy pobres,
no tienen destino
ni colocación;
pero son tan vivos
que pasan la vida de ageno
bolsillo:

Ellos se levantan
rabiando de frío,
de su *como-cama*,
de haber mal dormido:
á ponerse empiezan
su *como-vestido*,
que consta de piezas

que á otros han servido;
y después acuden
á un *como-lebrillo*,
que tienen con agua
siempre prevenido;
y haciendo mil gestos,
por causa del frío,
se lavan el rostro,
y con un cepillo
cruelmente se estregan
entrambos carrillos,
y queda aquel cutis,
que antes tan pajizo
por el hambre estaba,
de buen colorido:
van al *como-espejo*,
que es tan reducido,

¹⁰ *El Mentor Mexicano*, tomo primero, núm. 7, p. 55

que no cabe un ojo,
para en él ser visto:
cuando ven que están
muy cari-raídos,
salen a la calle
con aspecto altivo;
se entran á un Café,
y entre los corrillos
de conversación
se introducen finos:
en todo dan voto,
como hombres instruídos
en todas materias.
Si hay algún amigo
que ofrezca café,
chocolate hervido,
ponche, té, ó alguna
cosa de lo mismo,
que en la casa venden,
luego es admitido
el convite, y comen
que es bello prodigio,

como que es de coca
Mas si el cruel destino
niega este socorro
¡pobres manojitos!
Se van al Portal,
pasan el martirio
de ver tanto bueno
como allí advertimos:
clavan en la fruta
los ojos hundidos:
si hallan quien ofrezca,
queso, fruta, vino
et cetera [*sic*] admiten
al instante mismo;
mas si esto no encuentran
¡pobres manojitos!
No dejan Café,
fonda, bailecillo,
donde no se metan
por ser socorridos
¡Pobres *recetantes*,
pobres *manojitos*!

El Chulito Flégile Pávea, 1810¹¹

La crítica a estos personajes tiene ya una tradición para cuando Lizardi escribó en su periódico. La sátira del siglo XVIII en México

¹¹ Luis González Obregón, *La vida de México en 1810*, p. 35.

y España se había encargado de hacer escarnio de estos seres y sus costumbres.

Por una lado se tiene el exterior del catrín y por otro su conducta. En cuanto a su exterior se aprecian las sortijas, el sombrero, medias, hebillas y los casacones, fraques o frac que de acuerdo a un verso de Gómez Marín “no era otra cosa que una pobre tira,/ que el aire volaba,/ y al infeliz trasero destapaba”.¹² Según recoge Carmen Martín Gaité, los petimetres seguían una costumbre imitada por los españoles de su vecino allende los Pirineos llamada ‘cortejo’; eran pues los petimetres hombres que cortejaban a las damas españolas y cuyo único mérito era saber el último punto de la moda, saber de comedias y peinados; además hacían regalos a sus damas y tenían privilegio de visitarlas, pasearse con ellas y acudir al teatro en su compañía. El cortejo, según Martín Gaité, era una prenda más que lucían las damas, incluso ayudaba al esposo, pues el costo de los efectos femeninos, como los abanicos, los zapatos, tónicos, peinados y afeites no eran sufragables por éste, dada la variedad de los mismos y el cambio caprichoso de la moda. Poco a poco la costumbre del cortejo se volvió adulterio escandaloso.¹³

De acuerdo con los versos antes expuestos, los petimetres descritos no están en condiciones de mantener el tren de lujo de nadie, ni siquiera el suyo propio. El catrín no corresponde a los petimetres de que escribe Carmen Martín en su estudio totalmente, no tienen esta función del cortejo; en México se reducen a mera apariencia como se aprecia en el poema “El reloj de un currutaco”. El protagonista

¹² En *El Currutaco por alambique*, citado por González Obregón, *op. cit.*, p. 34.

¹³ Carmen Martín Gaité, *Usos amorosos del dieciocho en España*, véase la introducción y los capítulos I-III.

pretende tener una “muestra” o reloj de faltriquera, pero lo único que posee es la cadena, suficiente para engañar a quien toma la parte por el todo. En el trozo extraído del periódico de Lizardi se lee que los currutacos usan camisolas, que define nuestro personaje, Catrín, diciendo que al reducir sus ropas a una camisa sola la llamó “camisola”, la cual “no tenía sino el cuello y los vuelos u holanes pegados a un pedazo de trapo” (DC-X:597). También encontramos que a los catrines les remontan las botas, pues de tan andadas deben enviarlas a arreglar para seguir las usando. En otro de los versos se lee la pobreza de estos jóvenes que se miran en su “como-espejo” y se tallan las mejillas para darles color, pues no tiene colorete con qué maquillarse. Concluimos pues que el catrín de este lado del Atlántico es un vanidoso pobre, empeñado en seguir los designios caprichosos de la moda.

Esta moda arrancó graves críticas y burlas a algunos novohispanos. Tenía su origen en la influencia que se dejó sentir en España a raíz del cambio en el trono de Habsburgos a Borbones. No sólo el pensamiento ilustrado y las reformas administrativas, que quisieron modernizar a la España imperial entraron a los territorios ultramarinos por Veracruz, sino que vinieron acompañados de modas y costumbres, como atestigua José Miranda en su estudio acerca de la sátira del siglo XVIII.¹⁴ La corte de la metrópoli era el paradigma para la corte virreinal, y ésta, a su vez, de sus allegados y de las clases medias.

Los trajes afrancesados se identificaban con una conducta licenciosa, pues en el caso de las mujeres esta moda mostraba espalda,

¹⁴ José Miranda y Pablo González Casanova, *La sátira anónima del siglo XVIII*, pp. 11-13.

pechos y piernas. Además, las mantillas se usaban muy pegadas al cuerpo; en el caso de los hombres los afeites, aretes y medias ajustadas hacían el escándalo de los demás caballeros. El rechazo a estas modas debe también identificarse en la época de la novelita en cuestión: momento de levantamiento de las colonias, con un desprecio por todo aquello que proviniera de España y que se viera reflejado en las clases dominantes, que, como se sabe, representaban una prolongación del poder de España sobre sus territorios.

La conducta que distingue al catrín también está manchada por la necesidad de aparentar: dice que sabe un poco de francés e italiano, lo suficiente para que parezca que sabe, pues es un ignorante que habla muy bien, es atento con las damas y se mete a opinar sobre cualquier asunto aunque lo desconozca; muy parecido a los eruditos a la violeta que describió Cadalso y a la pintura que de los necios pseudoeruditos se hace en *Las exequias de la lengua española*.¹⁵ Es necesario añadir que es un “gorrón”, y que incluso para mantener su tren de vida quizá deba valerse de triquiñuelas para subsistir, pues en palabras de González Obregón pertenece a la “casta de los arrancados”.¹⁶ Ejerce la marcialidad, que de acuerdo con la obra *Óptica del cortejo, espejo claro en que con demostraciones prácticas del entendimiento se manifiesta lo insustancial de semejante empleo* (1774) de Manuel Antonio Ramírez y Góngora, “es hablar con desenfado, tratar a todos con libertad y desechar los melindres de lo honesto [...] (la marcialidad, baza fundamental de la majeza) es hacer [...] lo que le acomoda [a cada uno]”.¹⁷

¹⁵ Juan Pablo Forner, *Las exequias de la lengua castellana*, prólogo y capítulo primero.

¹⁶ Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 34.

¹⁷ Obra citada por Carmen Martín Gaité, *op. cit.*, y por Rusell P. Sebold en su edición de *El señorito mimado* y *La señorita malcriada* de Tomás de Iriarte, edición

No tiene el catrín temor de Dios, con lo cual se erige en irreligioso, para colmo, no tiene “destino”, es un desempleado, en parte, por decisión propia.

Lizardi suma una característica más a estos catrines, el aire de cuna noble. Catrín es un hidalgo y tiene sus ejecutorias para probarlo. Sus abuelos, dice, “habían sido conquistadores”(DC-III:551). Es preciso discernir en este punto dentro de la realidad, la de los ennoblecidos por la Corona española a causa de los servicios que a ésta habían prestado conquistando o pacificando territorios, así como pagando tributo o haciendo espléndidos obsequios a la Corona. En este caso se trata de una nobleza respaldada por grandes riquezas, sujeta al pago de impuestos por el título y a vivir con ostentación para mantener el nivel de vida exigido por éste. E Parte de esta ostentación era el hecho que en algunos casos los nobles sostenían en sus casas a los parientes pobres y huérfanos. Estos nobles eran dueños de haciendas, minas, obrajes o bien comerciantes.

Durante el siglo XVIII los títulos otorgados por los borbones obedecían a los préstamos que estas familias habían facilitado a la metrópoli, y se les recompensaba con un título nobiliario. De la emi-

nes Castalia. El extracto corresponde a las páginas 6-7, edición de Córdoba en 1774. En México el tema del cortejo y de la marcialidad también se conocía a finales del siglo XVIII, José Miranda, *op. cit.*, consigna acerca de la marcialidad y del cortejo dos textos anónimos: “Cartilla de la moderna, para vivir a la moda”, y uno de sus consejos para ser marcial “es tener poca vergüenza”, además “Come, duerme, grita y manda, /y el que rabie enhorabuena; profesa la adulación según conveniencia. La cartilla incluye un soneto titulado “Descripción de la marcialidad”, pp. 105-116. El otro texto se titula “Elementos del cortejo”, escrito a manera de diálogo didáctico, en él se pregunta por las circunstancias del cortejo que deben ser ocho: “petrimería, aturdimiento, resolución, descaro, inconstancia, ligereza, frivolidad y capricho”, pp. 222-227.

sión de títulos correspondiente al período épico de la conquista, siglo XVI, quedaban únicamente tres: el de la casa de Hernán Cortés; el de Miguel López de Legazpi, adelantado de Filipinas y el de los condes de Moctezuma, los demás se habían sumido en la pobreza.¹⁸ Otros son como nuestro personaje, nobles de ejecutoria, más parecidos al escudero del tercer tratado de *El Lazarillo de Tormes* en su arrogancia y pobreza, descrito como sigue por el pequeño pícaro:

[...] súbese por la calle arriba [el escudero] con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente del conde de Arcos, o a lo menos camarero que le daba de vestir¹⁹

Éste tipo de nobles son los caídos en desgracia que se vanagloriaban de provenir, como el nuestro, de padres “limpios de toda mala raza, y también de toda riqueza —¡propensión de los hombres de mérito!” (DC-I:540), y de ser “noble, ilustre y distinguido, por activa, por pasiva y por impersonal” (*Ibidem*: 541). La nobleza, como la comprende Catrín y de la que hacen escarnio Feijoo y Lizardi, es la llamada nobleza hereditaria que se había reducido en su aspecto social a la reputación, es decir, a un orgullo desmedido en lugar de la

¹⁸ Doris M. Ladd, *La nobleza mexicana en la época de la Independencia*, p. 27. Véase también Isabel Olmos Sánchez, *La sociedad mexicana en vísperas de la Independencia (1787-1821)*.

¹⁹ *El Lazarillo de Tormes*, p. 49. Hay que recordar que el escudero busca un señor a quien servir, y los servicios que ofrece son “mentille también como otro y agradalle a las mil maravillas. Le reiría mucho a sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo”, p. 62. Catrín al igual que este hidalgo empobrecido y noble, se atiene a este principio de servil adulación; conducta por supuesto relacionada con la vida cortesana del antiguo régimen, y práctica que contradice la idea de obtener cargos por los méritos reales, idea predicada por la Ilustración y seguida por Fernández de Lizardi.

honra, y a adjudicarse los méritos de los antepasados. Esta honra en España, se asoció a la “limpieza de sangre”, por lo cual fueron perseguidos quienes eran de origen judío o moro. Al mismo tiempo, se repudiaron las tareas que éstos llevaban a cabo, la medicina y las labores del campo, por ejemplo.

Es oportuno mencionar que desde la antigüedad, en Grecia, el trabajo mecánico era considerado vulgar y grosero: se denominó *banausía*. Por ende, quien lo realizaba era inferior y llamado *banausus*, calidad que heredaba a sus descendientes; en el Gorgias, Platón expone que un constructor de máquinas bélicas es un *banausus*; Aristóteles en su *Política* refuerza esta idea diciendo que un jefe no debe inmiscuirse en labores mecánicas a menos que obtenga algún beneficio de ello. Con esto corroboramos lo antiguo del precepto.²⁰

La nobleza exigía que no se ejerciera ningún oficio que involucrara el uso de las manos,²¹ pues los oficios denominados mecánicos eran por sí mismos infamantes, alcanzando, como en la antigua Grecia, a quien los ejecutaba y a sus familiares, y estableciendo entre oficios diferencias sustanciales. Dicho sistema funcionó también en los territorios ultramarinos; tal es el caso de los zapateros, que eran inferiores a los plateros, por dedicarse a trabajar curtiendo la piel y no la plata; caso ilustrado por Fernández de Lizardi en sus diálogos *La igualdad en los oficios* y *No es señor el que nace sino el que lo sabe ser*, segunda parte (O-X:61-64 y 65-69), en que conversan un zapatero y su compadre; también en los diálogos de “Juanillo y el tío Toribio”

²⁰ María Rosa Palazón Mayoral, “Nobles pícaros y pícaros nobles”, presentación a *Don Catrín de la Fachenda*, Lecturas Mexicanas, CONACULTA, pp. 18-19.

²¹ Juan Beneyto proporciona una definición de hidalgo como aquella “persona honrada que no hace trabajo manual”, *Historia social de España e Hispanoamérica...*, p. 158.

y “Continúa Juanillo la conversación sobre el teatro” (EPM-III suplementos:519-522 y 525-530), se aborda el tema de la profesión de los cómicos o actores, que habían sido considerados infames únicamente por costumbre. Catrín deja ver su desprecio como noble hacia los oficios palpablemente: “mis padres me pusieron en el colegio para que estudiara, porque decían los buenos señores que un don Catrín no debía aprender ningún oficio, pues eso sería envilecerse” (DC-I:542).²²

La realidad en el caso de la hidalguía de Catrín se explica por la gran corrupción que existía para bautizar a un niño. Doris M. Ladd en su estudio registra está hecho: por dinero se obtenía un acta que avalara que el infante era “español” (europeo o americano) o hidalgo, esto respecto a la división estamental.²³ Este es el caso de Catrín. El barón de Humboldt menciona la importancia que para los habitantes de la Colonia tenía el tenerse por español o blanco, negando la filiación con la sangre negra,²⁴ que no con la india, pues Ladd afirma que

²² Doris M. Ladd apunta que Carlos III en 1783 intentó anular esta tradición al decir que la minería debería ser considerada una profesión noble, al mismo tiempo declaró que “la obra de artesanos hábiles era también noble, no denigrante, y que los sastres, herreros, carpinteros y albañiles podían ser premiados con un título de nobleza o un puesto importante”; pero este intento de dignificación no obtuvo resultados, pues en 1804 el virrey Iturrigaray, al declarar las resultas del decreto, expuso que “las familias preferían ‘honrosa pobreza’ a la ‘deshonra’ de aprender un oficio o de practicar una tarea mecánica”, *op. cit.*, p. 32.

²³ Doris M. Ladd, *op. cit.*, p. 36. A la letra dice: “Aparentemente los párrocos podían ser persuadidos por amistad o por un sustancioso soborno, para que registraran a cualquier niño como español y hasta como hidalgo. Como ha señalado Stuart Schwartz, en el mundo hispánico ‘los que podían subir, lo hacían sin mirar atrás.’”

²⁴ Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, p. 91.

existían nobles mestizos, orgullosos de su filiación indígena.²⁵ El interés por darse de “español” radica en la sociedad de la época en el privilegio de ingresar a los cuerpos militares, religiosos y a los puestos burocráticos, o del aparato del Estado. Lizardi no sólo denuncia esta práctica en *Don Catrín*, sino que también apunta al hecho de que, en un país que luchaba por su independencia de la metrópoli, un individuo que afirmara descender de aquellos que sometieron a la Anáhuac se manifestaba como enemigo de la nación emergente, identificándose con los valores del antiguo régimen, entre los que se contaba la nobleza hereditaria.

Nuestro personaje goza, en calidad de hidalgo, de la escuela de primeras letras, el colegio y el bachillerato en artes que cursa en el Colegio de San Ildefonso. Su grado de bachiller le costó a su padre “treinta y tantos pesos” (DC-I:544). De nueva cuenta Lizardi expone la corrupción de las instituciones, pues Catrín, de acuerdo con el recuento que hace de su paso por los estudios, era pésimo estudiante: fatuo, necio e ignorante. Y gracias a que “nada se dificulta en habiendo monedas y nobleza, yo lo vi conmigo palpablemente”: pudo entrar como cadete en un regimiento (DC-III:551). La milicia se había vuelto el blanco de algunos de los ataques, por los abusos que se ejercían al amparo de sus fueros, pues “el oficial del rey es más que todo el mundo: todos lo deben respetar, y él a ninguno; las leyes civiles no se hicieron para los militares”, dice, en tono de consejo, otro personaje, Tremendo, a Catrín (DC-III:553). Otra crítica que pesaba sobre la milicia era que excluía de sus filas a quienes no presentaran “pruebas de sangre”. Uno de los logros de la Cortes de

²⁵ Doris M. Ladd, *op. cit.*, p. 37.

Cádiz fue la abolición de esta costumbre: estableció que cualquiera que comprobara su honradez podía integrarse al ejército, y que después no debían aceptarse pruebas de nobleza.²⁶ Catrín se hace cadete únicamente, porque las armas y las letras se conocían como profesiones, pues “si tuvieran el nombre de oficios, serían viles y nadie querría dedicarse a ellas” (PS-t.IV-III:240).

La nobleza hereditaria y la honra, conceptos prácticamente unidos, son temas que le preocupan en mayor medida a Fernández de Lizardi; ambos sufren un reajuste de significado ante la preeminencia de la filosofía ilustrada. En el antiguo régimen la nobleza se obtenía por servicios al rey, o se heredaba. La estratificación social dependía de:

[...] unas condiciones de nacimiento y familia, de la “sangre” que se heredaba y en la cual se simbolizan todos los valores de la “buena” como de la “baja” sangre. Se trata de una ordenación transpersonal e inmutable que la acción del individuo es ineficaz para alterar.²⁷

²⁶ Constitución de 1812. A esto deben sumarse el antecedente de *IX Bando del Virrey Francisco Venegas con el Real Decreto de 17 de agosto de 1811 sobre admisión de todos los hijos de españoles honrados en los colegios militares y en las plazas de cadetes, sin exigirles pruebas de sangre*. También el *XXI Bando del virrey Calleja con el Real Decreto de 9 de marzo de 1813 sobre que en los colegios, academias y cuerpos del ejército y armada no se admitan informaciones de nobleza ni haya distinciones perjudiciales*. Respecto a los avances en materia de igualdad para todos los españoles del imperio se encuentra el *XVII Bando del virrey Venegas con el Real Decreto de 29 de enero de 1812 sobre habilitación de los españoles oriundos de Africa para ser admitidos en universidades, seminarios, comunidades religiosas, etc., etc*. Hay que añadir que los ennoblecidos con títulos por la Corona en el siglo XVIII fueron militares, véase Doris M. Ladd, *op. cit.*, pp. 25-27.

²⁷ José Antonio Maravall, *La literatura picaresca desde la historia social, (siglos XVI y XVII)*, p. 89.

El honor, la honra y la nobleza tuvieron cambios significativos durante el siglo XVII en España, hecho que también se reflejaría en sus colonias ultramarinas. En las *Partidas*, Alfonso X deja asentado que el honor es “la reputación que el hombre ha adquirido por el rango que ocupa, por sus hazañas o por el valor que en él manifiesta”.²⁸ Por esta razón, eran los nobles quienes tenían honra y eran ricos; sin embargo, cuando el número de ricos crece, la riqueza se vuelve un atributo indispensable para ser noble. Más tarde los ricos buscaron allegarse nobleza, ya sea por matrimonios, o una merced real, o bien reproduciendo los sistemas de valores y virtudes, a lo que Maravall llama “tenor de vida”.²⁹

Para el siglo XIX la aristocracia en Europa estaba ya “boqueando”,³⁰ y en muchos casos no eran ya los ricos quienes buscaban a los nobles, sino que éstos, empobrecidos, se acercaban a la sombra de un potentado con sus ejecutorias bajo el brazo. Los valores tales como la honra y el honor habían degenerado en orgullo desmedido y una reputación que se ostentaba como una pieza de plata fácil de manchar por el ambiente. La nobleza también degeneró y se convirtió en lo que dice Cadalso en sus *Cartas marruecas*: “la vanidad que

²⁸ Citado por Bartolomé Bennasaar, *Los españoles, actitudes y mentalidad; desde el s. XVI al s. XIX*, p. 193.

²⁹ En este estudio el autor menciona que en una última etapa el rico se impone y tiene al noble como coadyuvante, pone como ejemplo Inglaterra. Del estudio se desprende la pregunta de si hubo algún tiempo en el que los valores caballescicos de la nobleza estuvieran por encima del valor avasallador del dinero que inspiró a Francisco de Quevedo a ver en éste un artefacto mágico capaz de permitir la infiltración de individuos a otra clase sin alterar profundamente las estructuras. Maravall, José Antonio, *op. cit.*, p. 87

³⁰ Uso este término porque es el que emplea Fernández de Lizardi respecto a don Catrín en su lecho de muerte.

yo fundo en que ochocientos años antes de mi nacimiento muriese uno que se llamó como yo me llamo, fue hombre de provecho, aunque yo sea un inútil para todo”.³¹

Nobleza, honra y honor cambiaron su significado social, su valor e importancia para los habitantes que vivieron el tránsito a la Modernidad, cuando se enfrentaron los ideales de igualdad, utilidad, justicia y libertad con las prerrogativas aristocráticas.

Esta lucha la dramatizará don Catrín con sus vida. Hecho cadete, su vida licenciosa y el lance que le ocurre con una joven, a la que pretende seducir para después despojar de su fortuna, hacen que sea despedido del regimiento. Entonces comienzan sus aventuras que lo llevan a vivir del engaño, del juego, del bribar,³² del robo y como mendigo, bajo la consigna: “sé siempre tu prójimo tú mismo, y no tengas cuidado de los demás” (DC-IX:590). Catrín no pretende nunca integrarse a un orden social y económico que exige el trabajo para subsistir: se mantiene entre las grietas del sistema, cuya corrupción le ha permitido obtener un grado; la educación familiar que ha recibido le ha indicado que no puede ser menos que “patriarca de las Indias” (DC-I:542) y aprender a cuidar el oro de los cerros de América.

El catrín o nobleza hecha lumpen.

Enrique Semo establece tres clases sociales en el México independiente:³³ clases dominantes, clases medias y pueblo trabajador; asimismo, divide a la población por estamentos (españoles, mestizos o

³¹ José Cadalso, *Cartas marruecas*, carta XIII, p. 127

³² Acción que la Real Academia de la Lengua consigna como y que describe precisamente la vida de don Catrín.

³³ Enrique Semo, *Historia de México*, pp. 161-199.

castas e indios), y por su afiliación a alguna corporación: Iglesia, Consulado de Comerciantes, el Real Tribunal de Minería, los gremios y las comunidades indígenas. Para mediados del siglo XVIII los estamentos no correspondían ya a las clases sociales ni a los grupos raciales, ya que el mestizaje se había incrementado fracturando esas, desde siempre, difusas líneas entre las castas.

En este panorama las clases dominantes estaban representadas por la alta burocracia virreinal, prolongación del estado español; por los comerciantes ultramarinos, beneficiados con el monopolio junto con las casas comerciales de Sevilla y Cádiz; a estas clases se suman los hacendados y terratenientes. Algunos vivían de las rentas de sus haciendas, a cargo de administradores. La posesión de estas grandes extensiones de tierra se aseguraba por medio de la institución del mayorazgo. También deben contarse los dueños de minas, cuyas fortunas eran inestables, en ocasiones la inversión requerida los obligaba a solicitar préstamos, que solían orillarlos a perderlo todo; en el último escaño de estas clases se encontraban los dueños de obrajes, cuyo poder era mucho menor comparado con los anteriores potentados.

Las clases medias estaban constituidas por una pequeña burguesía, los maestros gremiales, rancheros, comerciantes y contrabandistas, al final de este nivel, se hallaban los letrados y militares, que no eran dueños ni participaban de los medios de producción; pero eran portavoces del pensamiento ilustrado de la época. Estas ideas nuevas daban cauce a las rencillas y choques entre las clases medias y las dominantes; éstas respaldaban los valores económicos y sociales del antiguo régimen. Dentro del pueblo trabajador, la tercera clase, estaban los campesinos, artesanos, esclavos y los "léperos" o "plebe", que trabajaban como mozos, cocheros o vendedores ambulantes.

Los puestos más importantes de las clases dominantes estaban ocupados generalmente por españoles europeos o “gachupines”, en el lenguaje de la época, lo que dejaba a los criollos sumidos en la frustración y en las quejas que hicieron llegar al gobierno español por todos los medios, desde versos vituperantes hasta las peticiones oficiales, argumentando que los americanos eran tan capaces, sino más que los europeos para administrar sus propios asuntos. De estas convicciones era Fernández de Lizardi, quien dedica en 1812 el número 7, titulado “Puertas cerradas”, de su periódico *El Pensador Mexicano* a este tópico, amparado en la libertad de imprenta de aquellos años. Lizardi argumenta en su número que la desigualdad de trato era una de las causas de la lucha armada y que remediándose ésta con la igualdad de trato se calmarían los ánimos guerrilleros. (EPM-I,7:70-76)

Los choques entre clases se agudizaron a finales del siglo XVIII, a causa de los cambios en los modos de producción: de las instituciones feudales y de un incipiente capitalismo, a otro más acendrado, respaldado por el afianzamiento de las ideas ilustradas, en las cuales los criollos de la burguesía emergente cifraron sus necesidades y deseos: libertad, igualdad, unión y justicia. Semejante demuestra que los medios de producción eran feudales o precapitalistas. Los primeros identificados con las clases dominantes en la oligarquía comerciante, que no permitía el crecimiento de la pequeña burguesía. La industria minera continuaba y apoyaba la economía metalizada, fomentada por la Corona. En sus múltiples funciones económicas de prestamista y terrateniente, la Iglesia era por una parte capitalista, poseedora de una incipiente red bancaria a través de las capellanías, y por otra feudal, pues las tierras producían para un autoconsumo.

Los rancheros y pequeños comerciantes se hallaban oprimidos por las clases dominantes, sin posibilidad de desarrollo debido a los tributos e impuestos que los obstaculizaban.

Mostrada así, la sociedad de finales de la Colonia, como cualquiera otra, pone a cada uno de sus miembros en relación con alguno de los sectores de producción, o poseedor de alguno; pero había también una masa creciente que preocupaba a la sociedad en general: mendigos, ladrones, prostitutas y criminales, que constituían la canalla, el “leperaje” o “lumpen” entendido como el grupo en edad productiva, que se separa de las clases descritas porque no trabaja, porque vive parasitariamente. Estos tunantes se encontraban divididos en dos tipos, de acuerdo con Fernández de Lizardi:

[...] porque hay dos clases de tunantismo: una soez y arrastrada como la de los enfrezados y borrachos que juegan a la rayuela o a la taba en una esquina, que se trompean en las calles, que profieren unas obscenidades escandalosas, que llevan a otras leperuzcas descalzas y hechas pedazos y se emborrachan públicamente en las pulquerías y tabernas, y éstos se llaman pillos y léperos ordinarios.

La otra clase de tunantismo decente es aquella que se compone de mozos decentes que con sus levitas, casaquitas y aun perfumes son unos ociosos de por vida, cofrades perpetuos de todas las tertulias, cortejos de cuanta coqueta se presenta, seductores de cuanta casada se proporciona, jugadores, tramposos y fulleros siempre que pueden, cócoras de los bailes, sustos de los convites, gorriones intrusos, sinvergüenzas descarados, necios *a nativitate*, tarabillas perdurables, y máquinas vestidas, escandalosas y perjudiciales a la desdichada sociedad en que viven; y estos tales son pillos y léperos decentes. (PS-I, cap.X:170-171)

Hasta aquí hay suficiente para decir que, Catrín dentro de la sociedad de principios del siglo pasado no pertenece a las clases dominantes; pero está pendiente de las modas importadas por ellas; tampoco pertenece a las clases medias ni a la clase del pueblo trabajador, porque sencillamente no trabaja; se adhiere mejor a este lumpen que aparenta decencia por su traje. Marx al hablar del “proletariado andrajoso” en *El Capital*, divide esta capa en tres categorías: aquellos individuos capacitados para el trabajo, cuyo pauperismo disminuye con la oferta de trabajo; la segunda categoría la forman los huérfanos e hijos de pobres, que son candidatos al ejército de reserva, y la tercera son los degradados; despojos incapaces para el trabajo.³⁴ De acuerdo esta clasificación, Catrín puede ser identificado dentro de la tercera categoría, pues no está capacitado para ejercer ningún tipo de oficio o trabajo en la sociedad de la época. Si acudimos al texto, lo veremos confesar que no puede, dados sus estudios de bachiller, colocarse en una oficina pues su “forma de letra es tan corriente que es imposible la entiendan si no son los boticarios viejos; motivo justo para que no piense en ser oficinista”;³⁵ tampoco puede dedicarse al comercio por ser de cuna noble, ni a las labores del campo pues “el oficio de labrador se queda para los indios, gañanes y otras

³⁴ Carlos Marx, *El Capital* I, p. 545. Ernesto de la Torre Villar en su *La Independencia de México*, utiliza este término económico para caracterizar el “número de desempleados y de vagos que formaban poco a poco una plebe o *lumpen proletariat*, [...], muchedumbre misérrima que tenía en tensión a las autoridades.”, p. 75. Las cursivas son del autor.

³⁵ En *El Buscón* hay un claro antecedente de esta relación entre nobles y la mala letra, así Pablos cuando decide abandonar la escuela dice “aunque no sabía escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal”. Francisco de Quevedo y Villegas, *El Buscón*, capítulo I, 2.

gentes como éstas sin principios”(DC-II:549). Catrín es un desclasado que se niega a seguir la ley de trabajar para comer, que no tiene su fundamento únicamente en el sistema económico imperante, sino también en las palabras de san Pablo, a quien Lizardi cita poniéndolas en boca del tío cura: “el que no trabaje que no coma” (DC-VIII:587).³⁶

Catrín es un practicante del tunantismo decente que obedece únicamente a sus intereses. Los catrines, como el nuestro, se cuentan dentro de la “gente decente” que Lucas Alamán pinta, proporcionando una serie de datos importantes en el siguiente extracto:

Los pocos descendientes que quedaban de los conquistadores, y otros que deribaban [sic] un origen distinguido de familias que en España lo eran, con los empleados superiores y los acaudalados que habían obtenido algún título ó cruz, ó adquirido algún empleo municipal perpetuo, formaban una nobleza que no se distinguía del resto de la casta española sino por la riqueza, y cuando ésta se acababa volvía á caer en la clase común. Conservaba sin embargo aun en su decadencia ciertas prerrogativas, pues se necesitaba pertenecer á ella para ser admitido en el clero, la carrera del fondo y la milicia. Como esta clase, á la que se agregaban todos los que adquirían fortuna, pues todos pretendían pasar por españoles y nobles, se distinguía del resto de la población por su traje, estando más ó menos bien vestidos los individuos que la formaban, cuando el pueblo generalmente no lo estaba, se conocía con el nombre de “gente decente” y esto, más bien que el nacimiento, era el carácter distintivo con que se le designaba.³⁷

³⁶ Tesalonicenses 2, 3:10.

³⁷ Lucas Alamán, *Historia de México desde los primeros movimientos...*, p. 15.

Aparentar decencia es una de las necesidades de nuestro noble lumpen. La idea principal de las acciones y de la vida de Catrín giran en torno a la idea del trabajo: lo evade como forma de vida, y con ello niega su pertenencia al sistema económico defendido por la Ilustración, y por Lizardi. De acuerdo con nuestro personaje, él desea “comer, beber, vestir, pasear y tener dinero sin trabajar; pues eso de trabajar se queda para la gente ordinaria” (DC-VI:579). Es precisamente una corriente de amor al trabajo la que defienden letrados como nuestro autor. Como nación, México requería de este cambio de mentalidad, tanto como lo necesitó España y que fue tratado por Jovellanos y Campomanes desde la perspectiva del agrarismo. Fernández de Lizardi veía en la nobleza parasitaria uno de los problemas centrales, porque sus valores se hallaban difundidos en la población: estaban en contra del trabajo como medio de integración social. El problema se extendía por la abundancia de quienes tenían sólo aires de nobles, pues en Nueva España “no son príncipes todos los nobles, ni son todos ricos; antes hay innumerables que son pobrísimos, y tanto que por su pobreza se hallan confundidos con la escoria del pueblo” (PS-IV-III:240). Y fueron precisamente estos holgazanes, criados como potentados, los que buscaron a toda costa evitar el trabajo.

El quehacer de cada individuo le proporciona obligaciones y derechos. Cada uno es un ciudadano que retribuye a la sociedad, y ésta a él. Nuestro personaje pretende permanecer al margen del trabajo. Por medio de éste todos entran en un contacto de interdependencia. Catrín insiste categóricamente que él no servirá “a nadie en esta vida, si no fuere al rey en persona” (DC-X:600), a lo cual le replica su criado, luego de haberle ofrecido una serie de destinos para que

saliera de su estado de hambre: “quédese usted con su nobleza y caballería, quédese también con su hambre y su frazada” (*idem.*). Catrín se resiste a aceptar las reglas de un nuevo orden donde no imperen los privilegios estamentales en los que fue educado. El discurso del personaje está conformado por términos que recuerdan a un aristócrata, pero que contrastan de frente con las situaciones en que lo coloca nuestro autor. Del contraste surge la incoherencia y de ella la burla, cuya transformación en humor se verá después. Cuando Catrín se niega a pagar la renta de un cuartucho, argumenta su noble ascendencia:

—Es usted un plebeyo, le dije, un villano, un ruin, un ordinario; mis árboles genealógicos, los escudos de mi casa, mis ejecutorias y los méritos de mis mayores, que usted ve en estos papeles, valen más que usted y todas las casas de las monjas.

—Todo está muy bueno, respondió el casero; usted será muy caballero y muy noble, y tendrá infinitas pruebas de su lustre; pero las monjas no comen ejecutorias ni noblezas: ha de cubrir la renta o se muda. (DC-X:597-598)

Dos realidades sociales y económicas se plantean aquí claramente. Por un lado, los valores del antiguo régimen en cuanto a los privilegios para los nobles, acostumbrados a pasar por encima de los demás y vivir parasitariamente, no amparados en sus méritos propios, sino en los de sus antecesores. Méritos que, por otro lado, fueron el haber matado ya fuera indios o moros. Por otra parte, en la realidad que sólo se goza de lo que se puede comprar, se escucha en la voz del casero: “ha de cubrir la renta o se muda” (DC-X:598).

El discurso de Catrín es completamente inoperante, injusto y ridículo: así quiere Lizardi que se aprecie la conducta de estos prototi-

pos sociales. No es la única ocasión en que Catrín intenta hacer valer sus ejecutorias, símbolo de todo un sistema que ya no funciona más y que nuestro personaje intenta hacer valer como moneda corriente.

En el capítulo V, Don Catrín desea seducir a una joven cuya dote monta veinte mil pesos fuertes; el padre de ella se informa de la vida licenciosa de nuestro héroe y le niega su mano. Nuestro galán convence a la joven de fugarse con él; son atrapados y, ante la furia del padre, nuestro antihéroe saca a relucir sus ejecutorias, a lo que responde don Abundo: “qué caballero ha de ser ni qué talega. Si fuera noble no obrara con vileza” (DC-V:570).

En otra ocasión, convidado a almorzar por dos parroquianos, Catrín escucha otra lección acerca de su nobleza, a saber, que “no tiene virtud con que acreditarla, ni pesos con que fingirla” (DC-VIII:586). En apuros, luego de varios lances, pretende empeñar sus ejecutorias, lo cual le impide su padrino de bautizo a quien deseaba venderlas. Éste le obsequia una cantidad y Catrín se arroja a cometer un robo para prevenirse contra la miseria que de continuo le asalta. El robo es descubierto y él y su cómplice van al Morro de La Habana. Allí también presenta sus papeles y ejecutorias al gobernador de la isla, quien le responde de la siguiente manera:

La nobleza se acredita con buena conducta mejor que con papeles. Sufra esta parte sus trabajos como pueda, pues un ladrón ni es noble, ni merece ser tratado de mejor modo.

[...] ¿No fue esta una injusticia declarada del gobernador? Sí, ciertamente; y yo me irrité tanto, que maldije a cuantos nobles hay; rompí los papeles, los masqué y los eché al mar hechos menudos pedazos, pues que de nada me servían (DC-XI:603).

Es en este momento que Don Catrín de la Fachenda abandona en parte sus aires de noble: la realidad le ha hecho ver que sus papeles

no cumplen su cometido. Deja, pues, de lado este falso principio, pero no su deseo de vivir sin trabajar. Aquella división del tunantismo, hecha por Lizardi en *El Periquillo*, que cité anteriormente, también es aplicable en este caso, porque Catrín, dice: “degeneré de la ilustre familia de los catrines y me agregué a la entreverada de los pillos” (*idem.*) De acuerdo al traje que usaba se añadía o no a la familia de tunantes: “cuando tenía un pedazo de capote o una levita dada, me asociaba con los pillos de este traje, y cuando no, le sabía dar aire a una frazada y acompañarme con los que las usaban” (*idem.*).

El concepto de nobleza manejado hasta entonces como algo que era posible heredar por la sangre, y que condicionaba a los individuos a ser nobles o ser-viles (seres viles) es derrumbado por el nuevo pensamiento que le restituye su sentido original, pero le añade su carácter común, pues no sólo algunos pueden ser virtuosos, sino cualquiera cuyos actos así lo avalen. La virtud que se observa en los actos y costumbres es el único medio de alegar nobleza en un sujeto. Así, ningún título tiene valor si no está apoyado en los méritos de quien lo sustenta. Con lo cual se llega a la visión más amplia de El Pensador, que toca todos los ámbitos de la vida del México de principios del siglo XIX: la apariencia, pues

[...] mozos hay currísimos o pegadísimos a la moda del día, y no por eso son catrines; y otros hay que llama el vulgo *rotos* o modistas pobres y sin blanca, que son legítimos catrines. [...] la conducta es la única regla por donde debemos conocer y calificar a los hombres.(DC-VIII:585)

Guiarse por el traje o las apariencias es alejarse de la verdad, ceder al engaño de los sentidos: hay que buscar la verdad y ésta se revela

en las acciones; el malo no se muestra como es, sino que necesita aparentar bondad.

Con todo, la nobleza de Catrín no le trae problemas durante toda su vida. Sus primeros años, muy por el contrario, se ve beneficiado por un sistema despótico que presta atención a las pruebas de sangre. De acuerdo con Lucas Alamán, estas pruebas eran solicitadas para ingresar a la milicia o a las instituciones eclesiásticas y a la burocracia. Catrín tuvo el privilegio de estudiar en el Colegio de San Ildefonso y recibirse de bachiller en artes, así como el de ingresar a la milicia como cadete. El sistema no se cuida de los méritos que tiene nuestro heroico protagonista, él tiene el derecho de acuerdo con los parámetros vigentes de estudiar y ascender: De nuevo, coincidiendo con las observaciones de Alamán, citadas antes, sobre la "gente decente", Lizardi muestra lo injusto e ilógico de este sistema, que trata de impugnar en su novela, teniendo la mente una sociedad mejor, recurso propio del satirista, pues esta novela y la obra entera de *El Pensador* puede reunirse bajo el calificativo de sátira; pero hay algo que diferencia *Don Catrín* de su demás trabajos novelados, me refiero al uso de la ironía.

II

LA SÁTIRA

Lizardi era un escritor de sátiras a la manera horaciana. Seguía el ejemplo de Iriarte, Quevedo, Horacio y Marcial de pintar los vicios y costumbres a censurar, salpimentando sus creaciones con humor, pues el principio es enseñar deleitando. Con el fin de vivir de la venta de sus creaciones, desde 1811 al igual que Anastasio Ochoa, escribe poemas que vende en hojas sueltas en lugar de enviarlas a las publicaciones periódicas de la época como el *Diario de México*. Ente los temas versificados que abordó estaba la corrupción con que obraban los profesionales: médicos, abogados, boticarios, mercaderes; así como los representantes de las tres castas privilegiadas: eclesiásticos, militares y los magistrados del Estado, la burocracia.

Los versos lizardianos incluyeron: el trato despótico de las clases altas para con las bajas, la moda afrancesada de mujeres y hombres; la preferencia del Estado por tener en sus puestos de mando a los españoles europeos en lugar de los criollos preparados; la ignorancia

generalizada; la doble moral que imperaba en las relaciones maritales, y con la que obraban muchos padres que permitían la prostitución velada de sus hijas; y los católicos hipócritas que en su conjunto conformaban el execrable grupo de los egoístas. Sin embargo de que muchos de estos temas no eran originales, sino que formaban parte de una corriente practicada también en España, por supuesto las quejas de los novohispanos con respecto a la Metrópoli eran pasto exclusivo de las plumas de este lado del Atlántico; mientras que en la Península se hablaba reiteradamente del relajamiento de las costumbres y de la decadencia del imperio.

Lizardi en 1812 describe el quehacer de la sátira en el siguiente verso que publicó en el *Diario de México*:

ENVITE

Por fin, señor, editor,
¿quiere usted ser mi compadre?
sí, por vida de su madre;
vaya, hágame el favor.

La sátira es del error
justo azote cada rato;
ella es mi gustoso plato,
que hay mucho que corregir.
¡Qué tal! ¿empiezo a escribir?
¿Compadrito, suelto el gato? (O-I:245)

Corregir y ser el azote justo del error es la consigna con la que la ágil pluma de El Pensador agasajó a su público en sus obras de teatro, sus folletos, poemas, fábulas y novelas. *Don Catrín* no escapa a esta consigna. Lo que define, pues, a la sátira para nuestro escritor

es su función correctiva; según su decir “hay mucho que corregir”. Los novohispanos habían echado mano de la sátira a partir de las cartas de relación de Cortés, que originaron los primeros textos satíricos escritos en los muros de la casa del conquistador. Esta categoría —la sátira— había funcionado para los novohispanos como el empaque justo para enviar sus quejas a la Metrópoli española para corregir lo que era un error a ojos cerrados. El estilo y la forma de los memoriales o las relaciones de viajes como *El libro de Marco Polo* o las mismas *Cartas de Relación*, eran bien conocidos en la época, estas formas eran anteriores a las novelas picarescas, y se emplearon de este lado del Atlántico para difundir estas quejas de ultramar, como afirma Raquel Chang-Rodríguez en su estudio acerca de los *Infortunios de Alonso Ramírez* de Alonso de Sigüenza y Góngora, que ingeniosamente anexó una petición de reclamo personal en su obra.³⁸

Durante el siglo XVIII abundan las sátiras anónimas en las que se cifran rencillas entre conventos o sujetos. Hacia la segunda mitad de esa centuria hubo un cambio ideológico en la sátira, que ya anunciaba los aires de insurrección en los territorios americanos del imperio español: ya no atacaba a este o aquel personaje, la institución se volvió su blanco. El mayorazgo, la Iglesia, el Tribunal del Santo Oficio, el Estado español en general fueron atacados en este tipo de versos. Sus constante temáticas: la desigualdad de trato para los criollos en comparación con los “gachupines”; los abusos a los que eran sometidos los colonizados a través de los monopolios, el pago de impuestos, y el alza de los precios que generó hambre y crisis en las

³⁸ Raquel Chang-Rodríguez, “La transgresión de la picaresca en los *Infortunios de Alonso Ramírez*” en *Violencia y subversión en la prosa colonial...*, pp. 85-109.

últimas décadas del siglo XVIII. En esa época, la sátira fue perseguida furiosamente.

A decir de Pablo González Casanova, la característica más peligrosa de la sátira es su poder relativizador de los objetos que toca; así la que defendía la religión católica contra la influencia de los pensadores franceses, como Voltaire y Rousseau, y contra las logias masónicas era tan o más peligrosa que los textos de estos pensadores y asociaciones, pues el asunto divino, inmutable y sublime de que se trataba, se veía reducido en la sátira, como explica González Casanova:

Constantemente realiza la inversión de lo absoluto en lo relativo, de lo eterno en lo perecedero, de lo puro en lo impuro. Todos los autores acometen la misma reducción y la misma inversión de los valores, y el poder de este género es tan grande que relativiza sus propias ideas. [...] Esto es lo que explica su poder destructivo y su importancia en el siglo XVIII. Los autores ilustrados acometen la reducción satírica de los valores cristianos y coloniales les imprimen un sello de burla y escepticismo; pero los autores tradicionalistas que usan el género para criticar las novedades, se ven condenados a deprimir su propio yo, y a reducir sus ideas eternas y puras a una condición temporal y profana³⁹

Es por esta razón, entre otras que se verán posteriormente, que la sátira es vista por algunos como propaganda gratuita de aquello mismo que critica. Lizardi recibió reproches de esta naturaleza de Carlos María Bustamante. Ya entrado el siglo XIX, señaló este doble valor de la sátira en la primera novela de *El Pensador*:

³⁹ Pablo González Casanova, *La literatura perseguida...*, p. 77.

El Periquillo Sarmiento, obra del Pensador, de la que se ha hecho tercera edición, es ingeniosa; pero enseña prácticamente a ser a los jóvenes pícaros. Es cierto que la virtud triunfa en ella del vicio; pero éste se pinta con tales atractivos que aficiona a los jóvenes malvados a seguirlos, no estando en estado de volver sobre sus pasos, cosa que no se consigue sino por la experiencia [*sic*] de los años⁴⁰.

Por esta característica inherente de la sátira, Fernández de Lizardi se cuidó de añadir tanto en *El Periquillo*, cuanto en *La Quijotita* grandes párrafos que moralizaban con ejemplos sacados de los clásicos, de sabios antiguos, lo mismo que del Evangelio. Sus obras satíricas no pretendían otra cosa que enmendar vicios y costumbres, no alentarlos, ni tratar de persona alguna sino de acciones, siguiendo el dicho de Marcial *parcere personis, dicere de vitiis*.⁴¹

Pero Lizardi no podía evitar esta dimensión propia de la sátira, sobre todo cuando observamos que su sátira, en el caso de *El Periquillo* se estructura por medio del arrepentimiento del personaje después de tener una vida de pícaro. Escrita esta novela a modo de diario de experiencias, para ilustrar a sus hijos, cada mala acción está seguida de párrafos moralizantes que reprenden la acción cometida en el pasado desde la perspectiva de un hombre arrepentido y convertido. Sin embargo, pareciera que la medicina viene tarde y dicha a manera de sermón paternal. Algo parecido sucede con la *Quijotita*,

⁴⁰ Carlos María de Bustamante, , *Cuadro histórico de la revolución mexicana...*, pp. 188-189.

⁴¹ Esta cita aparece en *Alacena de frioleras*, núm. 18, pp. 105-104. Marcial también es mencionado como autoridad por Lizardi en *El Pensador Mexicano*, t. I, núm. 2; en el *Correo Semanario de México*, núm. 7; en *La Quijotita...*, t. III, cap. III; en *El Periquillo*, t. I, Prólogo y en el folleto *Oración de los criollos hecha por un gachupín*, que se encuentra en O-XII:81-90.

personaje cuyo recorrido es muy semejante a la vida de Santa María Egipcíaca: la vida de una pecadora que en el tris de la muerte se arrepiente y se salva. Ambas novelas lizardianas son extensas. Resultan ser, sobre todo *El Periquillo*, un corte crítico horizontal y vertical de la sociedad novohispana de la Ciudad de México y sus alrededores. Su primera novela está fuertemente influenciada por la picaresca, en especial por el *Gil Blas* de Lesage.⁴²

Diferencias claras entre estas dos novelas y *Don Catrín* son: la extensión de esta última, mucho menor en páginas y personajes, y más enfocada en el personaje, es decir, que abunda menos en digresiones e inclusiones de otras historias paralelas a la principal; el uso de la ironía básicamente como antífrasis de sentido es la que descarga a Lizardi de moralizar de continuo, y deja esta tarea al lector quien debe, entre otras cosas, comprender otro sentido del literal. Es precisamente este paso entre lo literal y lo que se quiere decir lo que hace de la sátira que emplea la ironía una categoría cuyo poder estriba en decir, si no lo contrario de lo que se escribe, sí otra cosa; pero esta otra cosa surge del significado literal, volviéndolo, así, ambiguo. De esta ambigüedad se obtiene una serie de significados nuevos.

De origen latino, la sátira fue en la Antigüedad un verso que pretendía fustigar los vicios sociales. En muchas de las ocasiones los textos estaban referidos a personajes de la política, reconocidos por los destinatarios. Fue usual que los denigraran ya fuera en su físico o en sus costumbres. En el mundo hispano de la Edad Media existían

⁴² Palacios Felipe Reyes, "La picaresca mistificada", en *Coatepec*, p. 127, véase su prólogo a *El Periquillo Sarmiento*, editado por la Nueva Biblioteca de Escritores mexicanos. No es ésta la única influencia picaresca que consigna la crítica con respecto a la novelística de Fernández de Lizardi.

los versos de escarnio y de “mal dezir”. Sus autores decían mal de alguien o de algo. Para algunos estudiosos de este asunto, como Attilio Brilli, el origen de la retórica de la sátira se encuentra en los formularios de magia utilizados para alejar al Maligno.⁴³ La sátira estuvo emparentada desde temprano con la comedia y después los preceptistas hicieron de ella un género de poesía menor, comparada con los géneros dramático y épico.

En el siglo XVII se marca una diferencia sustancial entre la sátira antigua y otra llamada “nueva sátira”. Tal diferencia queda asentada en las *Tablas poéticas* de Francisco Cascales, publicadas en 1617, quien caracteriza esta categoría por su función, contenido, finalidad y recursos estilísticos. Afirma que: “La nueva sátira es imitación de una viciosa y vituperable acción, con versos puros y desnudos para enmendar la vida”⁴⁴, donde la imitación obtiene su significado del concepto de mimesis de Aristóteles. Para Cascales el “satirógrafo” no debe morder ni decir mal, sino “corregir vicios y costumbres malas”, asimismo:

Ase de aver el poeta satírico como el médico, que para curar la malatia del enfermo, aunque aplica medicinas acerbias y amargas, las compone con un buen sabor para que por él no se desdeñe el enfermo de recibirlas. Otro tanto hará nuestro poeta, que para su reprehensión sea bien recibida, y quando el vicioso acuerda a conocer la pílora la tenga tragada, a menester açucararla y dorarla primero con algún dicho o cuento gracioso.⁴⁵

⁴³ Antonio Pérez-Lasheras, *Fustigat mores...*, p. 21.

⁴⁴ Citado por Pérez-Lasheras, *op. cit.*, p. 79.

⁴⁵ *Idem.*

Esta misma idea se encuentra en Lizardi, en uno de sus poemas de 1811 titulado "Bueno es hacerse el tupé, pero no pelarse tanto":

Doran la píldora? Sí
¿Y será porque no amargue?
No ¿Pues por qué? Porque así
con menos asco se pase.
Por eso mi alegre musa,
al escribir las verdades,
suele (porque son amargas)
dorarlas con los refranes (O-I:134).

Se hizo después una diferencia entre la sátira antigua, a manera de los latinos y griegos, y la moderna, de la cual se extraía alguna utilidad. En el siglo XVIII los preceptistas vuelven al ataque de los géneros y a los escritores antiguos que cultivaron la sátira: Horacio, Persio, Lucilio, Juvenal y Marcial entre otros; de éstos Lizardi leyó a Marcial, Juvenal y Horacio; además de leer a Quevedo, uno de los grandes maestros para los satiristas en Nueva España.

Es preciso distinguir también entre la invectiva y la sátira, pues aquélla está dirigida a alguien específico, como un personaje público, mientras que la última no pretende tocar personas sino costumbres o malos usos. Es precisamente por su ánimo reformista y legislativo del movimiento ilustrado que la sátira moderna sirve a fines educativos y correctivos en el caso de Jovellanos, Feijoo y Campomanes; pues, en educando a los pueblos se logra su libertad y progreso: la batalla contra la ignorancia tuvo a la sátira como arma. Lizardi, como buen ilustrado, considera que la Literatura y el quehacer de los hombres está cifrado en la utilidad social, que, para un hombre profundamente convencido de sus principios religiosos, se asienta en el dogma "ama a tu prójimo como a ti mismo".

La sátira tuvo un gran auge en el siglo XVIII novohispano. De carácter anónimo, se han recogido gran cantidad de versos y composiciones en prosa. La galería de tipos ensayados durante el siglo de las luces fue: el catrín, petimetre o currutaco, la coqueta, el abogado corrupto, el presumido, el religioso ambicioso, el avaro, y otros. Lizardi se incorpora a esta tradición con sus poemas en 1811 y 1812. Pero ¿qué hace que una composición sea satírica? La sátira navega en las aguas moralizantes y humorísticas. Una de sus características es la reducción del objeto o tema tratado, lo relativiza y despoja de su seriedad: la sátira es una actitud furiosamente combativa.

El título de la novelita póstuma de Lizardi, *Vida y hechos del famoso caballero Don Catrín de la Fachenda*, se encuentra dentro de la tradición de las consideradas picarescas como *Vida y hechos del Estebanillo González*. Incluso el nombre pomposo del personaje lizardiano se parece al de Don Quijote de la Mancha; si *Don Catrín* es o no una novela picaresca, no será asunto de este trabajo, pues la picaresca tiene sus propios intrínquilos teóricos. Lo cierto es que la novela lizardiana está escrita a manera autobiográfica, y tiene muy en cuenta al receptor:

[...] el objeto que me propongo es de los más interesantes y los medios de los más sólidos y eficaces [...] El objeto es aumentar el número de los catrines; y el medio proponerles mi vida por modelo... He aquí en dos palabras todo lo que el lector deseará saber acerca de los designios que he tenido para escribir mi vida (DC-I:540).

He dicho que la novela está escrita de manera irónica, por lo que el lector debe comprender lo contrario, en principio, de lo que se enuncia. El título de la novela quiso ser, para su época, arcaico recuerdo de las hazañas de los héroes. No obstante, el nombre del personaje es suficiente indicador para que interpretemos el contenido de la noveli-

ta en otra dirección: ofrece las andanzas de un pobre presumido, de ésos que se hacían llamar catrines y que son conocidos de los lectores. Ahora bien, el “don” que precede al nombre del personaje era un tratamiento que estaba emparentado con la división social del régimen despótico español. Ángel Rosenblat señala respecto de este tratamiento de cortesía que era un privilegio disputado por los hidalgos. Este lingüista recoge el hecho de que, en Lima, hacia 1818 aún era necesario comprar el “don” por la cantidad de mil cuatrocientos reales de vellón. Además consigna el hecho de que este tratamiento se democratizó mucho más rápido en América que en España, por lo que Juan Ruiz de Alarcón sufrió acres burlas en España cuando antepuso el “don” a su nombre.⁴⁶

Para los primeros años del siglo XIX el uso generalizado del “don” tenía una relación íntima con los bienes de quien se hacía llamar don Fulano, es decir, el don estaba condicionado por la clase social, y no sólo por el origen noble; así tenemos el famoso refrán “cuando yo tenía dinero me llamaban *don Tomás*, y ahora que no tengo me llamo Tomás no más”.

La postura de Lizardi, respecto al uso de esta fórmula de tratamiento, es clara en sus folletos titulados *Respuesta de El Pensador a la Cómica Constitucional* (O-X:229-235), y *Fuera dones y galones y títulos de Castilla* (O-XII:399-402). La igualdad ante la ley era uno de los baluartes de la Constitución de Cádiz (1812); ésta daba derecho al tratamiento de “ciudadano”, triunfo de las ideas ilustradas que debía prevalecer por encima de los usos antiguos, a los que Lizardi llamó

⁴⁶ Ángel Rosenblat, *Investigaciones lingüísticas*, Méjico, t. I, pp. 35-36. Citado en *Respuesta de El Pensador a la Cómica Constitucional*, (O-X:234, n. 26).

“tratamientos godos”. En el folleto *Respuesta a la Cómica...*, expone que “ahora la nación es la que ha de hacer sus leyes, y leyes justas y liberales, es de esperar que cuanto antes entren [los cómicos] en goce de ciudadanos” (O-X:233); la publicación del folleto *Fuera dones y galones...* dos años después de la consumación de la Independencia muestra el arraigo de este tratamiento. Lizardi objeta el uso del “don”, pues “cosa ridiculísima es, a la verdad, ver que estamos rabiando por ser republicanos y aún no sabemos desprendernos de las costumbres góticas”(O-XII:399).

Para nuestro autor el uso del don estaba relacionado con el servilismo:

El don quiere decir señor, y ningún hombre puede ser señor de un ciudadano libre, ni debe darle a nadie, sino a la nación soberana representada en el Congreso, tal tratamiento; ni menos usar besamanos ni viles servidumbres en sus cartas. (O-XII:401)

Así pues, el precedente de “don” para nuestro personaje tiene este marcado tono de burla que alcanzaba no sólo a los catrines, sino a todos aquellos que insistían en hacer uso del tratamiento, porque “eso del don sí que no lo perdona el más hipócrita republicano” (*Ibidem*), y si el uso estaba tan generalizado como señala Lizardi, en 1823, y dada la anécdota que recoge Rosenblat, es fácil ver que este buscapiés en el título no tiene como único blanco a los catrines, y que posiblemente la mayoría de los lectores de Fernández de Lizardi echaban mano del “don” en los sobrescritos de las cartas.

En el mismo folleto de 1823 nuestro autor hace escarnio de los títulos nobiliarios, que persistían para aquellos años, y que representaban vínculos con España. Lo más grave era que dichos títulos se

habían obtenido asesinando, como el título de conde del Venadito, otorgado a Apodaca por haber acabado con la vida de Francisco Javier Mina. Representaban también la institución del mayorazgo, que dejaba en algunas manos grandes extensiones de tierra, y constituía parte del sistema económico feudal. Así el nombre de nuestro personaje, don Catrín de la Fachenda, revela una sátira extensiva a otros que no son catrines, pero que como ellos tienen aires de nobleza. Desde el título mismo de la obra se aprecia esa actitud combativa de la sátira, y dado el anonimato del personaje —pues carece de nombre propio, don Catrín es una mera definición equivalente a presumido, preocupado por su apariencia, y su título nobiliario, “de la Fachenda” significa jactancia o vanidad. Proviene de “facha”, y éste a su vez del latín *facies*, que significa faz, e igualmente, traza, figura o aspecto, o bien, mamarracho, adefesio.

Este anonimato, está de acuerdo totalmente con el precepto de la sátira de no señalar personas, sino vicios y costumbres. Su utilidad real está manifiesta si leemos al revés el objetivo de la obra expuesto por Don Catrín.

Antonio Pérez Lasheras en su estudio sobre la sátira hace un recorrido desde el mundo griego y latino, pasando por la Edad Media y el Renacimiento para llegar al Siglo de Oro español, y sigue por los siglos XVIII y XIX rastreando la sátira como género poético ligado a la comedia. Después la considera una categoría, ya que los demás géneros se sirven de ella como una herramienta. Concluye Pérez Lasheras que la sátira es más una actitud que “manifiesta un propósito del escritor y cierta visión sardónica”.⁴⁷ Agrega que siempre im-

⁴⁷ Antonio Pérez-Lasheras, *op. cit.*, p. 23.

plica un ataque y que la comicidad puede o no aparecer en ella. Don Catrín, ya lo vimos en el título, es una sátira en este sentido: el propósito se apega a la idea de corregir, como señala Cascales, y como El Pensador mismo ha expresado en su "Envite"; pero a diferencia de las primeras producciones satíricas de nuestro autor, su cuarta novela, lo mismo que *El Periquillo* y *La Quijotita*, no está constreñida por la forma del verso. Además, es una obra cuyo título parece prometer satirizar a un tal Don Catrín de la Fachenda, para exterminar esta "raza" y sus vicios; y sin embargo se va de largo con otros que no son familiares cercanos, pero sufren los mismos males y requieren de la misma píldora.

III

HAY MUCHO QUE CORREGIR

Las modas inmorales de las mujeres, la hipocresía de los católicos, los abusos de autoridad, la corrupción en el Estado y la Iglesia, la falta de igualdad, la pobreza de algunos frente a la excesiva riqueza de otros, y muchas costumbres y acciones de los habitantes de Nueva España, y específicamente de la rica, gran y populosa Ciudad de México, conforman eso que “hay que corregir” por medio de la sátira. Los ojos agudos de Fernández de Lizardi obtendrán de la sociedad material suficiente con que obsequiar a *Don Catrín de la Fachenda*, y tratar diversos problemas que aquejaban a la capital de Nueva España en las primeras dos décadas del siglo XIX.

Catrín nace en la Ciudad de México y cuenta este suceso en un tono grandilocuente, forma común de la ironía:

Nací, para ejemplo y honra vuestra, en esta opulenta y populosa ciudad por los años de 1790 o 91, de manera que cuando escribo mi vida tendré de treinta a treinta y un años, edad flori-

da, y en la que no se debían esperar unos frutos de literatura y moralidad tan maduros como los vais a ver en el discurso de esta obrita. Pero como cada siglo suele producir un héroe, me tocó a mí ser el prodigio del siglo diez y ocho en que nació (DC-I:540).

Su nacimiento honra al lector y le da ejemplo, y advierte que la obra a leer es producto de un talento maduro y del héroe del siglo ilustrado. La patente mentira en dichas afirmaciones es una indicación palpable para el lector, que lo lleva a desconfiar del sentido literal, pues este personaje no puede ser el héroe del siglo XVIII en el sentido estricto de la frase; por lo tanto, el lector debe buscar otro significado a esta frase, debe interpretarla. Este proceso, en el cual abundaré después, domina la novela lizardiana en cuestión, por lo que en cuanto al propósito de la obra debe entenderse lo contrario a lo dicho anteriormente. La antífrasis como recurso permite a Lizardi deshacerse de aquellas digresiones y párrafos moralizantes, que eran lastre para la lectura, aunque fueran una obligación del autor, y esto con el fin de que no se malentendiera su obra.

En este sentido de la verdad artística, la novelita cumple con su cometido satírico, sin prestarse a malos entendidos, como los que tuvo Carlos María Bustamante de *El Periquillo Sarniento*. Gracias al uso de la ironía, es el lector el encargado de entresacar del sentido literal otro distinto. Este excedente de sentido permite que la crítica no comprenda únicamente a los catrines, y que, además, la novela se aleje de los otros trabajos novelísticos de Lizardi. el lector tiene que estar pendiente, repito, de las indicaciones irónicas para extraer otro significado.

Para los ilustrados la educación es parte importante del proyecto de sociedad que plantean, y dicha educación no se limita a la escuela

o al colegio en sentido estricto, sino que es integral, y comprende, igualmente, a la familia. Para *El Pensador*, la educación se divide en tres grandes ramas: la familiar y social, que comprende a los amigos; la religiosa, y la escolar. La educación de Catrín está dada por unos padres “limpios de toda mala raza”. Y la genealogía del protagonista viene a continuación: su madre se casa habiendo concebido dos hijos de un título,⁴⁸ quien le ha proporcionado tres mil pesos para mantener a los bastardos; el padre de Catrín se casa con esta mujer sin reparar en el hecho inmoral. Para rematar el cuadro, Catrín agrega: “desde aquí os manifiesto lo ilustre de mi cuna, el mérito de mamá y el honor acrisolado de mi padre” (DC-I:541). Esta ironía recoge tres tópicos que *El Pensador* ya había abordado en otras obras, y que nos lanzan hacia la idea del relajamiento de costumbres tan en boga por aquellos años. La práctica de algunos nobles, o ennoblecidos, de concebir hijos fuera del matrimonio, para lo cual sobran hijas de familias que anhelaban hacerse de un título para adherírsele como calcomanía; el que el padre de Catrín acepte la situación es lógico, pues “¿cómo no había de disimular dos muchachos plateados con tres mil patacones de las Indias?” (DC-I:540). La mención en esta frase de “las Indias” puede aludir a que el padre de Catrín haya sido un español europeo; asimismo que su madre haya tenido trato carnal con este título, son expuestos como el fundamento de su ilustre cuna. Además la ambigüedad de la frase “honor acrisolado de mi padre” se revela como una ironía en, por lo menos, dos sentidos claros. Por una parte, ambos padres forman dos caras

⁴⁸ El hermano de Catrín nunca más es mencionado en la novela; seguramente sólo fue un recurso para hacer más cruda la evidencia de la ligereza de la madre y la desvergüenza del padre de Don Catrín.

de la moneda de la inmoralidad: una engendra hijos, y la otra los recibe únicamente porque están acompañados del dinero de la primera. Hay que advertir, que el honor acrisolado que se menciona puede adjudicarse ya a uno u otro padre, porque los dos carecen en absoluto de él. El origen de los catrines ha sido expuesto al mismo tiempo que algunas llagas sociales.

Estos padres lo educaron con chiqueo, “nada se me negaba de cuanto yo quería, todo se me alababa, aunque les causara disgusto a las visitas”(DC-I:541). Lo educaron para ser déspota: a los doce años los criados eran sus juguetes y sus padres “tenían que suplicarme muchas veces el que yo no los reconviniera con enojo”(DC-I:541). Es por ello que cuando Catrín dice “me educaron según los educaron a ellos, y yo salí igualmente aprovechado”(DC-I:540), puede entenderse como una proyección futura que anticipa la vida del personaje mediante una mirada al pasado: en la vida de Catrín se refleja un poco la de sus padres. Es un círculo trazado por la educación familiar.

En cuanto a la educación religiosa hay que recordar que en el soneto que describe al petimetre, una de las características es su falta de “temor de Dios”. Baste decir que Catrín aprendió la doctrina cristiana a través del *Catecismo* del padre Ripalda,⁴⁹ con que se enseñaba por medio de preguntas y respuestas, sin requerir de otra destreza que no fuera la memoria: no se profundizaba en la comprensión de la doctrina. Por tal razón abundaban los católicos supersticiosos e hipócritas, y pocos estaban convencidos por un conoci-

⁴⁹ Jerónimo Ripalda (1534-1618), sacerdote jesuita que explicó la doctrina en su *Catecismo* utilizado ampliamente en España y América en las escuelas. Se adoptó en nuestro país disposición del Concilio III Mexicano.

miento de la religión. Lizardi critica este método de enseñanza en *La Quijotita* (LQ,I-III:50-56), en *Dudas de El Pensador consultadas a doña Tecla acerca del incomparable Catecismo de Ripalda* (O-XIII:945-956), y en la segunda parte de este mismo folleto. La crítica en este punto no sólo apunta hacia la ignorancia que sobre la materia religiosa tenía nuestro protagonista, sino también hacia el descuido por parte de la institución eclesiástica de su grey en materia de educación .

Es preciso mencionar sobre este punto otro personaje que interviene en la formación de Catrín: su tío el cura de Jalatlaco, quien representa el llamado a la virtud. Es el contestatario de los vicios y malas costumbres de su sobrino. Dos son las intervenciones de este personaje paternalista con el fin de guiar los pasos de Catrín. En la primera lo incita a que estudie alguna carrera, haciéndole ver que el hombre necio “se llamará dichoso mientras sea rico; el sabio lo será realmente en medio de la desgracia si junta ilustración y virtud” (DC-II:548). La segunda intervención la hace por medio de la fantasía de Don Catrín: cuando a los veintiocho años, sueña que su tío le advierte que quizá logre vivir sin trabajar, expuesto a “hambres, desnudeces, desprecios, golpes, cárcel y enfermedades”(DC-VIII:587); pero que debe prepararse para “recibir en los infiernos el premio de tu escandaloso proceder” (*idem.*).

Así pues, hay dos posturas que Catrín puede seguir: la vida libertina o la virtuosa; y lo único que puede guiar su inclinación hacia una u otra es la creencia en la justicia divina sobre sus actos; creencia que nacería de su real conocimiento de la religión cristiana. Sin embargo, estos breves jalones de orejas, reales o imaginarios, que arnedrentan un tanto a Catrín, esto se debe al temor al castigo, y no a la fe en Dios. Llega a la conclusión:

[...] recargado sobre la mesa, con la mano en la frente y la botella delante, decía dentro de mí: No hay remedio, una conversación como ésta, en la que no hay un crédito seguro, ni puede ser agradable a Dios ni provechosa a los hombres. Tanto el hablar como el oír con gusto estas mordacidades, no puede menos que ser malo, pues se tira y se coopera contra el próximo, lo que es una falta de caridad; y nuestra religión nos asegura que el que no ama a sus semejantes como a sí, no cumple con la ley; el que no cumple con la ley, peca; el que peca con gusto, conocimiento y constancia, se obstina; el que se obstina, vive mal; el que vive mal, muere mal casi siempre; el que muere mal, se condena, y el que se condena padecerá sin fin. ¡Válgame Dios! Esto fue lo que anoche quiso decirme el cura (DC-III:552).

Este temor no es suficiente para encauzar su vida nuevamente: bastan los consejos de sus amigos para que abrace otra vez la carrera de tunante. Aquí sale a relucir la influencia de los amigos y de las lecturas del personaje como parte importante de su educación. Catrín ha leído el *Quijote*, el *Gil Blas de Santillana*, *Las veladas de la quinta*, *El viajero universal*, el *Teatro crítico*, el *Viaje al Parnaso* y “un celemín de comedias y entremeses” (DC-II:547). Para entonces, además, el hidalgo manchego era la personificación de la locura y del extravío, es por ello que Lizardi apoda Quijotita a la alocada heroína de su novela.

Algunos de sus amigos del regimiento le aconsejan que se comporte dignamente, que obre con virtud, entre ellos están Modesto, Prudencio, Constante, Moderato y Justo, nombres por demás simbólicos, que describen conductas y no personalidades; mientras que los que tienen más influencia sobre su carácter son Precioso, Tarabilla, y Tremendo, el que se acicala profusamente, el que habla mal de cualquiera sin ton ni son, y el que entabla pleito con cualquiera, el marrullero y fanfarrón envalentonado por su uniforme de cadete,

respectivamente. De éstos termina de recibir Catrín sus enseñanzas para la vida. Tremendo es quien le dice que no debe temer a la muerte, ni a la eternidad, y que el honor es “una palabra elástica que cada uno le da la extensión que quiere”(DC-III:554). Es con éstos que Catrín derrocha la herencia que le dejaron sus padres, que consideraba un “par de viejos regañones” (DC-V:566); son éstos quienes le enseñan a jugar, a ser marcial, a seducir casadas y a sacar el sable por el menor motivo; en fin a dejarse dominar por las exigencias de sus pasiones sin reparar en nada. Y son éstos los que le dan “sólidas razones” para declararse contra la Iglesia, sus ministros y contra Dios mismo. Luego de escuchar en el sueño la voz de su conciencia, en la persona de su tío, Catrín acude a pedir consejo a uno de sus amigos, pues nuestro pobre galán siente temor ante la amenaza de ir a los infiernos, su amigo le dice que eso es “sólo una aprensión que debe despreciarse por cualquier espíritu fuerte e ilustrado” (DC-IX:589), y continúa así:

Mira, Catrín, nuestra vida no es más que un juego; [...]. Nosotros hemos salido de la nada y volveremos a la nada; nuestro cuerpo se convertirá en ceniza y nuestro espíritu se perderá en los aires; nuestra vida pasará como una nube y desaparecerá como el vapor, disuelto por los rayos del sol [...]. Gocemos de todos los placeres que están en nuestro poder; sírvanos de bebida el vino más delicado; respiremos el olor de los perfumes; [...]; no haya objeto agradable libre de nuestra lujuria, [...]; oprimamos al pobre; despojemos a la viuda; no respetemos las canas de los viejos; sea nuestra fuerza la regla de nuestra justicia; no guardemos los días de fiesta consagrados al Señor; exterminemos en especial al hombre justo, cuyo aspecto nos es insoportable (DC-IX:589-590).

Lizardi anota a este párrafo que “tal es el idioma de los impíos descrito en las Sagradas Letras”⁵⁰. Esta nota intenta evitar la dimensión bastante ambigua de la sátira, es posible que estas ideas pudieran ser entendidas por algunos malos lectores de *Don Catrín*, como exhortación a la vida impía, libertina y desordenada. Estas razones dadas a Catrín describen el pensamiento de los llamados “espíritus fuertes” o “ilustrados”. Este término es un galicismo de *esprit fort*, muy usado durante la Ilustración francesa, y que es descrito en un texto citado por Martín Gaité como sigue:

En los siglos cultos e ilustrados se dora la maldad, se encubre, y lo que es peor, se levantan talentos atrevidos, “espíritus fuertes” que, transtornando los más sólidos fundamentos de la moral, no solamente desfiguran los vicios pintándolos menos feos y abominables, sino que los canonizan temerariamente, colocándolos en el solio debido únicamente a la virtud.⁵¹

El “espíritu fuerte” era, durante la época de Lizardi, sinónimo de impío, pues no sólo iban en contra de la moral, sino que además contemplaban la Creación y a la humanidad como fenómenos naturales. Dios no existe en la cosmovisión del fuerte, la mayoría de las cosas que acontecen en la naturaleza se pueden explicar por medio la Física, la Matemática, la Química, la Medicina. En su lecho de muerte, nuestro protagonista es exhortado a arrepentirse de sus pecados. Cuando es puesto a los pies de su cama un Cristo, exclama “qué se yo qué significan esas cosas: tengo un espíritu muy fuerte” (DC-XIV:616).

⁵⁰ Nota a del capítulo IX de *Don Catrín*.

⁵¹ Martín Gaité, *op. cit.*, p. 79.

El término “ilustrado” tuvo, durante los años en cuestión, dos significados, los temores al castigo sobrenatural hacen que el amigo de nuestro protagonista le recuerde que él es un espíritu fuerte e ilustrado. “Ilustrado” es sinónimo de espíritu fuerte; pero los ilustrados también eran los versados en la filosofía ilustrada francesa, que, como Lizardi, defendían el trabajo, la libertad, la igualdad, la justicia, la unión, el patriotismo, la educación y otras virtudes e ideales necesarias para el bienestar colectivo.

Los jóvenes libertinos también eran apellidados ilustrados por algunos simpatizantes del antiguo régimen. De hecho, para justificar la conducta militar indigna, Tremendo dice a Catrín: “Vaya, Catrín, tú tienes poco mundo y no conoces el siglo ilustrado en que vives” (DC-V:565).

No hay vida más allá de ésta, y la falta de ideales futuristas, es palpable en el argumento del amigo de Catrín, que alega un *carpe diem*, enfocado en la complacencia de las pasiones y no en el aprovechamiento de la vida ni en la reflexión profunda acerca de la vida y la muerte, como se dio en el Barroco. El pensamiento que se lee en la cita anterior muestra a los egoístas que para Lizardi eran los seres humanos más perniciosos para la sociedad, pues únicamente velaban por sus intereses, sin importarles la comunidad: no tienen pues sentido de copertenencia.

Desde sus primeros periódicos Lizardi, se aboca a exponer el tema del egoísmo como destructor de naciones, y a los seres egoístas como ateos, pues desobedecen el precepto de “amar al prójimo como a uno mismo”. De hecho, el término “egoísmo” fue creado en el siglo XVIII para describir la acción de tener un amor tan desmedido por uno mismo, que el Otro se vuelve un medio, al nivel de

cualquier herramienta, y no un fin. En un suplemento al segundo tomo de *El Pensador Mexicano* Lizardi incluye un diálogo titulado “El egoísta y su maestro” en el que se lee:

Maestro: ¿Y qué es el egoísmo?

Discípulo: Es el arte de hacerse un hombre el centro de todo cuanto le rodea; o más claro: es la quinta esencia del amor propio, con el que el hombre procura siempre que le sirvan y sean de provecho todas las criaturas a cualquier costa, sin cuidar jamás de ser él útil a nadie por sola la razón de hacer bien; y por esto, el perfecto egoísta tiene en en sí mismo su patria, ley, religión, parientes, amigos y todo el completo de sus delicias, sin reconocer más honor que su interés ni más sociedad que la satisfacción de sí propio. (EPM-II:295)

Este tema también lo aborda en los dos únicos números del periódico *Las sombras de Heráclito y Demócrito*.

El siglo ilustrado se identificaba en la Península con el relajamiento de costumbres, introducido por el cambio de la dinastía real en la corte española. Prueba de esto es una novelita que circuló, en copias manuscritas, en Nueva España, hacia la segunda mitad del siglo ilustrado, cuyo origen sin duda es español: la novelística lizardiana es seguramente deudora de ella, y pudiera ser un antecedente de nuestro Pensador. La obra se titula *El Siglo Ilustrado. Vida de don Guindo Cerezo, nacido, educado, instruido, sublimado y muerto, según las luces del presente siglo, que para seguro modelo de las costumbres dio a luz don Justo Vera de la Ventosa*.⁵² Don

⁵² José Miranda y Pablo González Casanova mencionan esta obra en el prólogo a *Sátira anónima...* y en *La literatura perseguida...* Existen algunas semejanzas entre Guindo y Catrín, en cuanto al carácter del personaje, su genealogía deshonrosa, su educación familiar y escolar. Por ejemplo, Guindo descalabra al hijo de un albañil en la escuela de primeras letras, y Catrín menciona que varió de escuelas por que en “unas descalabraba a los muchachos” y en otras “faltaba cuatro o cinco a la semana” (DC-I:541); Guindo también faltaba a la escuela y algunas

Guindo es el representante de esa corriente libertina que defendía el cortejo, la marcialidad, la postura anticlerical e irreligiosa, amparado en la filosofía ilustrada, buscaba solamente dar fundamento a la vida licenciosa y al libertinaje, al cual llamaban libertad, atacando a la Iglesia y a costumbres como el recato.

Dentro de los consejos que recibe Catrín, además del sermón arriba reproducido, está un Decálogo de Maquiavelo, brújula de la conducta y del destino final de Catrín:

- 1o. En lo exterior trata a todos con agrado, aunque no ames a ninguno.
- 2o. Sé muy liberal en dar honores y títulos a todos, y alaba a cualquiera.
- 3o. Si logras un buen empleo, sirve en él sólo a los poderosos.
- 4o. *Abulla con los lobos.* Esto es, acomódate a seguir el carácter del que te convenga, aunque sea en lo más criminal.
- 5o. Si oyes que alguno miente en favor tuyo confirma su mentira con la cabeza.
- 6o. Si has hecho algo que no te importe decir, niégalo.
- 7o. Escribe las injurias que te hagan en pedernal, y los beneficios en polvo.
- 8o. A quien trates de engañar, engáñale hasta el fin, pue para nada necesitas su amistad.
- 9o. Promete mucho y cumple poco.
- 10o. *Sé siempre tu prójimo tú mismo, y no tengas cuidado de los demás* (DC-IX:590).

En el siglo XVIII, novohispano, era corriente encontrar versiones profanas de las tablas mosaicas. José Miranda y Pablo González Ca-

otras coincidencias en las aventuras de los protagonistas lizardianos y el de este anónimo. Guindo comparte el aire irreligioso con Catrín, así como la desvergüenza en sus acciones y la escuela de marcialidad.

sanova recogen cartillas, padres nuestros y principios dispuestos a manera de decálogos en que se cifran quejas o se exponen vicios.⁵³ El Pensador emplea esta forma también en *La Quijotita* (IV,IX,483-84), e incluso en la misma situación, pues, cuando Catrín hace caso de este decálogo, se encuentra ante la decisión de enmendar su camino, o seguir el norte de su brújula. Ante la pobreza que acarrea el derroche de Pomposita y su madre, aquélla recibe una serie de veinte máximas, que no son otra cosa que un manual de prostitución. De la misma forma en que Quijotita sigue a pie juntillas la veintena de consejos, así lo hace Catrín.

De alguna manera, la falta de una buena educación en la doctrina, explica la condenación del personaje, que prefiere escuchar un decálogo sobre la adulación, el egoísmo absoluto y el arribismo que seguir los mandamientos divinos y la sentencia cristiana de amar al prójimo. La Iglesia, al igual que sus padres, es negligente en su labor de guiar al joven.

El egoísmo es igual a la impiedad, pues niega el amor al prójimo y la caridad; pero es también el cáncer de las naciones. Para la época en que Lizardi escribe su *Don Catrín*, la unión entre los mexicanos era tan necesaria como la mejoría económica, la solidaridad y el amor patrio, los cuales tenían para nuestro autor un aliado en la correcta educación religiosa.

El decálogo antes reproducido sintetiza los males que Fernández de Lizardi observa en la sociedad que le tocó vivir: las apariencias, la

⁵³ Por ejemplo, "Cartilla a la moderna para vivir a la moda" en el que se exponen los requisitos para ser marcial, estar a la moda y ser moderno, en detrimento de lo antiguo o pasado de moda, ya en el comportamiento, ya en el vestir. *Sátira anónima...*, p. 150.

adulación y el servilismo, el arribismo dentro de las instituciones, el rencor y el egoísmo. Y al mismo tiempo es, por su forma, una visión legal y religiosa sobre la manera en que los hombres deben ordenar sus acciones, ya sean buenas (la tablas mosaicas) o malas.

La educación escolar de Don Catrín de la Fachenda también resulta elocuente. Asiste a varias escuelas de primeras letras, porque no duraba en ninguna; trataba a sus compañeros como a sus criados; en el colegio había sido un estudiante holgazán que no aprendió latín; de Filosofía aprendió los viejos silogismos y a echar “un *ergo* tan retumbante, que hacía estremecer las robustas columnas del colegio” (DC-I:543).

Catrín fue educado con los principios aristócratas: títulos y ejecutorias parecen ser los certificados de que la inteligencia, dignidad y suspicacia realmente se transmiten: jamás concibe que las risas burlonas de sus compañeros de aula tengan otro origen que la alabanza: “Todos se reían, celebrando, ya se ve, mi habilidad” (*idem.*) Asimismo, los maestros “se rebanaban las tripas de envidia al oírme hacer régimen de una oración, porque yo les hacía ver a cada paso lo limitado de sus talentos y lo excesivo del mío” (DC-I:542). Sí, las risas y los enojos no pueden ser por otra cosa que admiración y envidia, pues ésta es la educación que recibió en casa. Con todo, Catrín cursó el colegio y la Universidad “con enteras aprobaciones de mis catedráticos y conolegas”, asegura (DC-I:544). El grado de bachiller le costó treinta pesos a su padre.

Ha vuelto a explotar un petardo en otra dirección imprevista, pues el ataque franco que parecía dirigirse hacia el alumno, se ha vuelto contra la institución y los educadores. De nuevo una ironía anuncia al lector algo incoherente: confeso, el reo es puesto en liber-

tad; los catedráticos de la Universidad le han otorgado, a sabiendas de su trayectoria, el grado de bachiller por una módica suma.

Lo verdaderamente grave de la compra de este grado es que el bachillerato era *conditio sine qua non* “para adquirir los grados de licenciado, doctor y maestro” (DC-I:544). El petardo apunta muy alto ahora, hacia las borlas, pues, si nuestro héroe, con toda su ignorancia desplegada, pudo “bachillerear”, qué calidad de doctores y maestros surgen de esas aulas.⁵⁴ Clara es la alusión a lo anticuado de las materias que se impartían, una ausencia casi total de las Matemáticas y la Física del plan de estudios, y la insistencia en enseñar “la filosofía escolástica”. La deficiente educación le abre las puertas de la burocracia, la milicia o las letras a un completo ignorante e incompetente, e incluso le otorga un grado por medio del cual podría encumbrarse hasta lo más alto de las profesiones libres.

Hasta aquí parece ser que Catrín es un vehículo ideal, un blanco al que se apunta, y se mueve, provocando que la flecha vaya a alojarse de manera inesperada en el pecho de uno de los espectadores.

Queda claro que ni los padres, ni la Iglesia, ni la escuela cumplen cabalmente con su papel de educar a Catrín: esto es algo de lo mucho que hay que corregir. Ahora bien, para Lizardi el individuo no

⁵⁴ En un folleto de 1822 titulado *Una vieja admite el desafío del Pensador*, se lee al respecto de los grados lo siguiente: “le oía decir a mi tío el Señor Magistral, que con dos conclusiones defendidas se burló/ de Doctor: que con una conclusión sola, defen-/dida en la cátedra, fué Canónigo”. México: Imprenta Imperial, p. 1. En *El Siglo Ilustrado*, Guindo también se gradúa de bachiller, porque “era la bachillería indispensable a los que desean pareser personas en este siglo ilustrado”. Estos datos y la suma pagada por el padre de Catrín muestran el desprestigio generalizado de los estudios y los grados como aval del conocimiento.

es un mero reflejo de la sociedad, sino que, gracias a su libre albedrío, interactúa con sus circunstancias. Don Catrín escucha, como he señalado, por un lado la voz de su tío, la de los oficiales decentes y la de su conciencia en el sueño, y por otro la de sus amigos, como Precioso, que lo incita a ser militar al dibujarle una profesión en que se huelga la mayor parte del tiempo, y dominan los cadetes libertinos en los regimientos.

Las decisiones tomadas por nuestro personaje se originan en su proyecto de vida: vivir sin trabajar. Los dedos de Lizardi sobre la cabeza de su personaje dejan de asomarse tan de continuo: éste va independendizándose conforme se hunde en la desgracia física y espiritual; nadie, sólo él, es culpable de su condenación eterna y de la desastrada vida que lo lleva en sus últimos días hasta el hospital.

Hay muchas otras cosas más que corregir. Siendo cadete, Catrín tomará las lecciones de la escuela de la vida: una escuela de pícaros.⁵⁵ En ésta aprenderá los oficios que desempeñará más tarde. Como cadete, Catrín dura dos años. Durante el segundo dice “se le puso a mi padre en la cabeza la majadería de morirse, y se salió con ella” (DC-V:566), y su madre murió un mes después.⁵⁶ Catrín

⁵⁵ Gustavo Alfaro en su estudio sobre la estructura de la novela picaresca menciona una etapa en la que aprenden a ser tunantes. Esta etapa es anterior a las andanzas en el mundo del pícaro por cuenta propia.

⁵⁶ Una vez muertos los padres de Catrín, sobreviene la desgracia como una nube negra. Vladimir Propp en su análisis de la estructura de los cuentos fantásticos, menciona el alejamiento como anuncio de las vicisitudes que aguardan a los personajes. Esta constante se puede manifestar por medio del abandono de la casa paterna, o la muerte de alguno de los padres o de ambos. Además, este acontecimiento se ve precedido de un periodo breve de bonanza. El alejamiento de la casa paterna, o la salida al bosque se relacionan con la expulsión del paraíso primitivo. En el caso de *Don Catrín*, antes de la muerte de los padres,

despilfarra su herencia en bailes, que organiza en su casa, y, guiado por la adulación de sus compañeros de juerga, gasta hasta su último centavo, pues “aunque veía que se arrancaba por la posta, no se me daba cuidado, porque mis amigos decían que era yo muy liberal y generoso” (DC-V:567). Cuando concluye esta bonanza aparente, Catrín tiene que dejar su casa por no haber pagado el alquiler. Entonces se muda con Tarabilla y a partir de entonces la suerte del personaje cambiará drásticamente.

Catrín se queda sin dinero. El sueldo que percibe es de once pesos “que no alcanzaba con ellos ni para botas” (*idem.*). El costo de la vida era muy superior a esa cantidad, y claro que no servía para mantener el tren de vida que llevaba nuestro amigo fachendoso.

De acuerdo con los datos de Teresa Lozano Armendares, un trabajador pobre ganaba entre sesenta y trescientos pesos anuales, pero se cubría un mínimo de comodidad con quinientos. José Antonio Malpica, contador de moneda de la Tesorería General, ganaba por aquellos años veintitrés pesos mensuales, mientras que el virrey ganaba sesenta mil; los administradores, de quinientos a mil, y los canónigos y miembros de la alta burocracia percibían de mil a diez mil pesos anuales.⁵⁷

Como Don Catrín apenas obtenía ciento treinta y dos pesos anuales pretende seducir a una muchacha cuya dote es de veinte mil

Catrín goza de tiempos estupendos, en compañía de los demás oficiales que le instruyen en el vicio; luego de la muerte de sus padres, inicia su vida de tunante. Añado a este hecho el que Fernando Lázaro Carreter menciona esta filiación entre el *Lazarillo* y los cuentos fantásticos, para demostrar la raíz folklórica de la picaresca. *Don Catrín* seguramente tomó de la picaresca la estructura y, por lo tanto podría ser pertinente anexarla dentro del controvertido género.

⁵⁷ Teresa Lozano Armendares, *La criminalidad en la ciudad de México (1800-1821)*, p. 122-123.

pesos. Sin justificar abiertamente la acción de Catrín, Lizardi vuelve a mostrarnos en detalle el fondo del telón del escenario en que se mueve su personaje. Un oficial del rey no tiene excusa para comportarse como bandolero, pero tampoco puede vivir con decencia, si gana once pesos de sueldo. El estado militar era de suma importancia social en aquellos años de levantamiento insurgente. La misma Iglesia financiaba el ejército. Con el paso del tiempo, los soldados se corrompían: al no percibir lo suficiente, algunos se convirtieron en fascinerosos con licencia. A pesar de esto, muchos letrados defendieron a los militares y sus fueros.

El tren de vida de los soldados era un tema corriente en la época de Lizardi. En el tomo III, capítulo IX de *El Periquillo*, su protagonista ejerce esta carrera por algún tiempo, y pormenoriza su régimen de vida y sus modales: jugaba albures, cortejaba “ninfas”, terminó haciéndose “maldiciente, desvergonzado, malcriado, atrevido y grosero a toda prueba” (PS,III-IX:186)⁵⁸; Lizardi atribuye esta conducta a los soldados. Durante los años de la insurgencia, el estado militar jugó un importante papel social: se hallaba presente en la vida cotidiana de los novohispanos. En 1820, el padre Mariano Soto sostuvo una polémica con Fernández de Lizardi acerca del comportamiento de los militares. Soto afirmaba: “un ángel en el

⁵⁸ Como antecedente de la conducta de los militares Doris M. Ladd ofrece la siguiente información: “En 1785, el inspector militar se quejó de que el fuero militar se usaba como licencia para fornicar, jugar y evadir deudas. En su opinión los oficiales militares se ponían uniformes únicamente para gozar de los fueros y honores y para ser elegidos en las órdenes militares”, *op. cit.*, p. 86. También debe verse en el número 3 del *Correo Semanario de México* —diciembre, 1826— el artículo titulado “Despotismo hispano militar”, en el que Lizardi exhibe uno de tantos abusos cometidos por los militares.

cielo es un soldado cristiano, y que un soldado cristiano es un ángel en la tierra”.⁵⁹

La corrupción tiene una raíz profunda: no vale sólo ver al actor del delito, ni la causa inmediata que lo orilló a cometerlo, es necesario observar una serie de causas: así, es necesario aplicar este razonamiento a la educación familiar, escolar y religiosa; ¿por qué el padre de Don Catrín se casa con su madre? de Catrín?, ¿por qué ésta tiene relaciones extramaritales con un título?

En este punto hay que reflexionar acerca del concepto en que el autor tenía de la carrera militar: Catrín la aceptó porque prometía darle honra, dinero y diversión sin trabajo. Los militares al igual que los religiosos gozaban de un fuero que les permitía abusos extremos, desde el robo hasta el asesinato. La profesión de las armas descende de su heroico nivel para compararse con las que abrazará después nuestro antihéroe. Nuevamente la crítica se dispara en varios sentidos. Los soldados eran vistos por algunos, como el padre Mariano Soto, como los únicos capaces de salvar al virreinato de la insurgencia, y de imponer la paz; Fernández de Lizardi, aunque tallándose los ojos, veía asomar cuernos y cola de los ángeles que Soto, por su lado, ensalzaba.

El gusto de ser cadete le dura poco, luego de su descalabro económico, y del desastrado fin de su cortejo a la joven “dotada”, Don Catrín es despedido, indignamente, por su superior de su regimiento, y emprende varios oficios para subsistir sin trabajar.

⁵⁹ En la página 5 de *Descubierto el carácter de la pluma impía, blasfema y antimilitar de El Pensador Mexicano en su papel titulado La Palinodia en respuesta al padre Soto. Y defendida teológicamente la Proclama militar de este autor*, México, 1820, Oficina de Don J. M. Benavente y Socios.

IV

VICIOS QUE SE HICIERON OFICIOS

Apenas me quedé en el aire, sin ser letrado, militar, comerciante, labrador, artesano ni cosa que lo valiera, sino un paisano mondo y lirondo, cuando me volvieron la espalda mis antiguos camaradas los oficiales.(DC-VI:572)

Así inicia el capítulo sexto de la obra, titulado “En el que se verá cómo empezó a perseguirlo la fortuna, y los arbitrios que se dio para burlarse de ella”. Y precisamente la fortuna o suerte lo impulsará al protagonista de *Vida y hechos...* a seguir varios derroteros, que coinciden únicamente en el deseo de Catrín de no trabajar para ganarse el sustento. Algunas de las profesiones que ejercerá son, en el fondo, vicios que fomentan la vida parasitaria: estafador, jugador, servil, ladrón y mendigo.

Salido del regimiento, Catrín acude a un café y “el primero que llegó fue mi amigo, porque lo comencé a adular tan seguido y con tanta gracia, que él pagado de ella, me ofertó café, y yo admití sin

hacerme del rogar” (DC-VI:573). La adulación y la mentira son dos de las herramientas más frecuentes de nuestro Catrín, no sólo las ha aprendido mediante las lecciones de sus amigos, sino que también las ha sufrido. Hay que recordar que cuando recibe su herencia, las alabanzas de sus amigos lo persuaden a seguir pasando los días en fiestas; y que el sermón de Tremendo, para que abandone sus reticencias, dice: “Mírate ahí, muchacho, no muy feo, con cuatro reales en el bolsillo y unos cordones en el hombro” (DC-III:553). Mentir es parte del fingimiento, de la apariencia: Catrín no miente tan sólo con palabras, sino en el acto de aparentar.

En el café hará víctima de una estafa a su nuevo amigo, cuyo fruto le permite vivir por dos meses, más o menos. La estafa consistió en hacer creer a Simplicio que así se llamaba este amigo, que Catrín tenía una hermana y una tía, que esperaba una cuantiosa herencia, y que estaba buscando con quien casar a la susodicha hermana. De este modo Catrín convence a una conocida coqueta y a una vieja alcahueta de hacerse pasar por sus parientas para estafar a Simplicio, que, por su parte, pretende timar a Catrín casándose con Laura, la supuesta hermana de nuestro protagonista.

Cada uno persigue su interés, pues tanto la coqueta como la tía tenían buen cuidado de tratar bien a Simplicio, pues “todos estábamos contentos, y no muy mal habilitados de ropa”(DC-VI:577). Simplicio y Laura se trataban como marido y mujer, “lo que no nos pareció mal ni a mí ni a la tía”, “al fin eran muchachos”, y “Simplicio costeara el gasto, y a todos nos granjeara el pobrecito” (DC-VI:576). El cazador termina siendo la presa, en el caso de este simple, su nombre da norte suficiente sobre su personalidad. Mas “¡oh, lenguas malditas y descomunales!”(DC-VI:576), se aflige Catrín al

relatar que su pariente Pedro Sagaz —otro nombre elocuente— descubre el engaño a Simplicio. Y son Laura y la vieja quienes pagarán el timo, pues Simplicio “las arrebató, les dio una buena entrada de golpes, y no contento con esto salió a la calle amenazándolas con la cárcel” (DC-VI:577).

Lizardi muestra de manera un tanto grotesca esta escalera de estafadores, movidos por sus propios intereses. Al final, todos terminan chamuscados por el petardo. Esta será una constante en las relaciones de Catrín: buscar la ventaja, abusar y traicionar. En resumen, tratar a los demás como medios para sus fines. Nuestro amigo se mezcla con otros que se rigen por el mismo principio, como Laura y la alcahueta. Además, Catrín yació con Laura, la hermana postiza, la noche antes de perpetrar el engaño: “la buena de mi tía no permitió que durmiera en el canapé, porque tenía muchas chinches; y así, quise que no quise, acompañé a mi hermana porque no me tuvieran por grosero y poco civilizado” (DC-VI:576). Es necesario entender que el término “civilizado”, al igual que el de “civilidad”, se refieren a las costumbres relajadas que practicaban los “espíritus fuertes” (aunque este hecho no alcanza las dimensiones reales de un incesto). El suceso se presenta de manera grotesca, una inmoralidad que va más allá de la estafa a Simplicio, dejando clara la índole verdadera de Catrín y los catrines, y de estas cusquillas, como llama Sagaz a Laura, y de las alcahuetas.

La prostitución que ejerce esta mujer, “hija del difunto maestro Simón, que tenía su barbería o raspaduría en la plaza del Volador”(DC-VI:577), es expuesta de manera cruda: porque mantiene relaciones carnales tanto con Simplicio cuanto con Catrín, con quien las tuvo antes que con la víctima del engaño, y a quien “chi-

queba el pensamiento” (DC-VI:576) después. Al decir que es hija de un difunto barbero, oficio que no proporcionaba una digna vida, se asoma el motivo de la pobreza para la profesión de Laura, como le sucedió a la Quijotita. Lizardi muestra que para las mujeres sin “destino” ni esposo, este oficio era una opción que tomaban con poca frecuencia.

Una vez que, tras la bonanza, se ve reducido a la miseria, Catrín emprenderá la carrera de jugador, en la que ya se había iniciado como oficial. En su primer día gana sesenta pesos, haciendo trampa; y corre al Parián a comprar ropa. Se encuentra nuevamente a Simplicio, y lo engaña diciéndole que Sagaz le mintió, que su hermana está a punto de casarse y que el pleito se ha ganado a su favor: “Por poco suelto la carcajada al ver la facilidad con que me había burlado de aquel simple a quien obsequié con café” (DC-VII:581). Estando de jugador, fue a dar a la cárcel. Al salir consiguió el puesto de gurupí en un monte, con el sueldo de dos pesos diarios; pero su sueldo no bajaba de diez pesos al día, porque hurtaba cuanto cayera en sus manos, por lo que dice “yo me planté como un marqués; me daba un trato de un príncipe, y no había letrado, oficinista ni militar que no envidiase mi destino” (DC-VII:582). Sin embargo, la bonanza no duró mucho, porque “la mitad del dinero utilicé, y la otra mitad perdí” (*idem.*), en el juego, por supuesto.

Los robos hechos por Catrín son descubiertos por el barbero de su patrón; quien, después de propinarle una paliza y de quitarle la ropa, “como que no era caballero, no sabía respetar a los que lo son desde su cuna, y así me trató como a un villano” (*idem.*), lo apaleó ofendiendo la honra de nuestro personaje que exclama: “si como fueron palos hubieran sido estocadas, no hubiera dejado de ver a

mis amigos, porque las estocadas no afrentan a los caballeros, pero los palos sí” (DC-VII:583).

El juego fue uno de los vicios atacados por El Pensador desde sus primeros periódicos. Según Lizardi en esas casas, llamadas “truquitos”, los hombres perdían el poco salario que percibían y dejaban a sus familias en la miseria (*AF*, 13 y 14). Además, fomentaban la ociosidad y otras clases de vicios y riñas. Los tahures vivían sin trabajar en otra cosa. Hay que advertir, sin embargo, que las ganancias como jugador, sesenta pesos en un día, y que el salario de Catrín como gurupíe eran muy superiores a su salario como oficial del rey. Nuevamente se explica la causa por la que muchos hombres solían asistir a estas casas de juego, pues haciendo trampa podían vivir mejor que si fueran, como dice nuestro héroe, militares, oficinistas o comerciantes.

Después de ser jugador, Don Catrín se convierte en ser-vil; atendiendo a su beneficio cuando adopta el supuesto Decálogo de Maquiavelo, en que ha sido instruido por un amigo. Se apega fuertemente al cuarto precepto: “ahulla con los lobos”: su servilismo lo llevó a ser “cristiano con los cristianos; calvinista, luterano, arriano [...] ladrón con el ladrón; ebrio con el borracho; impío con el inmoral, y mono con todos” (DC-IX:591). Con tal conducta

[...] me granjeé muchos amigos, a cuya costa pasé muy buenos ratos, como también unas pesadumbres endiabladas, porque así como bebía y comía y paseaba de balde algunas veces, otras me veía aporreado, encarcelado o fugitivo sin haber yo tenido la culpa de las riñas ni prisiones directamente, sino mis amigos. Ya se ve, yo sostenía sus caprichos, fueran justos o injustos, y con esto sus enemigos me aporreaban como a su compañero, y los jueces me castigaban como a su cómplice (DC-IX:592).

El siguiente oficio que desempeña Catrín, y que como el juego era un problema social, es el de ladrón. De acuerdo con los datos que proporciona Teresa Lozano, el robo es el delito más registrado por aquellos años y las modalidades más frecuentes eran las siguientes: hurtos en la Real Casa de Moneda; robos, incluso durante el día, en casas particulares, usando ganzúas; algunos delincuentes fueron acusados de robar en las calles a personas sin premeditación; también se registró el robo de objetos religiosos.⁶⁰

En su carrera de vagancia, Catrín se mete a ladrón, porque “como la fortuna me había golpeado, temí verme otra vez en la última miseria; y así traté de prevenirme contra sus futuros asaltos” (DC-X:601). Esta sana prevención es otra ironía del autor. Nuestro protagonista y un compañero pretenden robar cinco mil pesos a un viejo que duerme solo, son sorprendidos y enviados, “contra toda nuestra voluntad”, al presidio en el Morro de La Habana. En su estancia, Catrín se percata de que sus ejecutorias no sirven ni le han servido en absoluto para abrirse paso. Su nobleza no le da ninguna prerrogativa dentro de la prisión. “La nobleza se acredita con buena conducta mejor que con papeles” responde el gobernador de la Isla a las quejas del protagonista (DC-XI:603). Es entonces que, en un acceso de furia, Catrín dice: “maldije a cuantos nobles hay; rompí los papeles, los masqué y los eché al mar hechos menudos pedazos, pues que de nada me servían” (*idem*). Ciertamente los “logros” de don Catrín como jugador, estafador y parásito no requirieron de las ejecutorias, ni de los títulos de sus antepasados. Tampoco le habían ayudado cuando estuvo en desgracia. El acto de mascarlos es significativo de

⁶⁰ Lozano Armendares, *op. cit.*, p. 46.

la impotencia y el desamparo en que se encuentran estos aristócratas venidos a menos conducidos, en su arrogancia por la nostalgia de las viejas prebendas de la nobleza. Nostalgia que los lleva a querer sacar a flote un bote que hace agua desde hace mucho tiempo, y que finalmente se ven obligados a abandonar, sin que olviden aquel pasado de suspuestas holganzas, que no vivieron. De éstas les quedan únicamente los recuerdos, los gestos, el andar y el traje, como ilustra el hidalgo del tercer tratado de *El lazarillo de Tormes*:

Y no tenía tanta lástima de mí [dice Lázaro] como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos en casa, bien lo estuvimos sin comer. No sé yo cómo o dónde andaba y qué comía. ¡Y verle venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta!

Y por lo que toca a su negra, que dicen, honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los dientes, que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo:

—Malo está de ver, que la desdicha de esta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste, oscura. Mientras aquí estuviéramos, hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir de ella.⁶¹

De nuevo en libertad, Don Catrín realiza pequeñas estafas, convertido ahora en un pillo-acatrinado, pues como dice “degeneré de la ilustre familia de los catrines y me agregué a la entreverada de los pillos” (DC-XI:603). Pero lo hizo dependiendo de quienes eran su compañía: la nostalgia que mencioné lo había hecho buscar, cuando vestía “decente”, a sus amigos catrines. Gracias a la cárcel, nuestro

⁶¹ *El lazarillo de Tormes*, p. 56.

héroe aprendió varias lecciones: “perder toda clase de vergüenza, beber mucho y reñir por cualquier cosa” (DC-XI:603), que lo guiarían hasta el último oficio de su vida.

En una racha de bienestar, Catrín se encuentra en un café con Tarabilla, antiguo compañero del regimiento que, como los demás, le dio la espalda cuando estuvo en desgracia. Tarabilla viste “un uniforme viejo de teniente retirado”, y ha sufrido la pérdida de una pierna; pero no a causa de Marte, según dice él mismo, sino a manos de Venus (DC-XI:605). Tarabilla le cuenta a su viejo amigo todas sus aventuras dando nombres y direcciones y el santo y seña de los cómplices que tuvo; murmurando de los demás, como lo había hecho siempre (conducta por demás reprobable para El Pensador), sin que se enmienda, ni siquiera debido al estado desgraciado en que se encuentra.

En esta ocasión Catrín se burla inmisericordemente de la cojera de su antiguo camarada. Tarabilla resulta ser una profecía para Catrín,⁶² pues en una riña con el marido de su amante, recibe, en plena calle, una cuchillada en el muslo izquierdo:

A mis gritos acudió la gente... ¡qué gente tan desapiadada es la de México!... ¿Si será así la de todo el mundo? Se juntaron

⁶² No es éste el único acontecimiento que se muestra como profético en la novela. Recordemos que así como sus camaradas oficiales vivían y bebían a costa de los bolsillos de los padres de Catrín, lo hizo él después con Simplicio. Que el aprovechamiento que de su educación tuvieron los padres, también lo tuvo Catrín. Los sermones que escucha acerca del eterno tormento en el Más Allá anuncian el final del alma del antihéroe. Por último, el sermón acerca de la ebriedad da visos claros al lector de que el alcohol acabará con la holgada vida de mendigo de don Catrín. En su estudio, acerca del *Lazarillo*, Fernando Lázaro Carreter observa el funcionamiento de tales estructuras anticipatorias, llamándolas profecías y simetrías.

muchos a la curiosidad; nos vieron reñir, y nadie trató de apaciguarnos; me hirió mi enemigo; arrastró y maltrató a su mujer, y nadie se lo impidió; se la llevó donde quiso, y ninguno lo siguió; quedé yo desangrándome, todos me veían y decían: ¡pobrecito!, pero ni llevaban el confesor ni el médico, ni había uno siquiera que me contuviera la sangre. (DC-XII:607)

La reprobable acción de Catrín no es lo único que se describe aquí. Lizardi describe un ambiente de gente “desapiadada” en México, esto es, la indiferencia de los egoístas y de los católicos hipócritas, sin un asomo de piedad cristiana. Pueden ver a un hombre casi matar a otro, maltratar a una mujer y mantenerse impassibles ante la sangre y las quejas de un herido. Y, si ante estos acontecimientos, la gente es indiferente, qué será ante otros como la prostitución, la pobreza, la injusticia, y la desgracia en general, y ¿cuál podría ser su reacción frente a los trascendentales sucesos históricos de aquella etapa? Nada les importa un herido, todos son indiferentes a menos que sea su propia sangre la que se escapa.

La resulta de este incidente es la amputación de la pierna de nuestro personaje. Una vez operado y curado, lo echan de nuevo a la calle, y “como no podía tenerme en pie como las grullas, fue necesario habilitarme de un par de muletas” (*idem.*). De poco ingenio tuvo que echar mano para sacar provecho de su estado y hacerse mendigo.

La mendicidad era otro gran problema no sólo de la capital novohispana, sino también de Europa. La masa de desocupados, protagonistas preocupaba a los gobiernos. Los mendigos estaban conformados por ociosos, o falsos mendigos, y por los verdaderos. Al respecto, Teresa Lozando dice que la Ciudad de México sufría de los “polizones” y vagos que sin licencia emigraban desde España a

América. El virrey Revillagigedo mandó que los que llegaran sin licencia fueran aprehendidos al desembarcar. El virrey Valero enviaba a las prisiones de Florida a los vagabundos; y el de Croix ordenó que los llegados por Veracruz sin licencia sirvieran en las tropas, y publicó una proclama mandando que los desocupados deberían hallar empleo o serían forzados a desempeñar alguna actividad. Una de las razones de esta abundancia de vagabundos era la facilidad con que se podía obtener alimento de las instituciones de caridad, y si no era suficiente, "los pobres se mantenían por medio de todo tipo de robos insignificantes".⁶³

El problema de la mendicidad es que se instituyó, entre otros motivos, para que algunos ejercieran la caridad, una de las tres virtudes teologales, ligada con el precepto cristiano de amar al prójimo. J. L. Villanueva en su *Catecismo de Estado* ilustra la relación que existía entre desigualdad económica y la caridad:

la igualdad cristiana sólo tiene un ámbito: el de los fieles en Cristo que conduce a la salvación... No vino Jesucristo a transgredir ni alterar la armonía del mundo visible. Es la hermosura del universo la que exige esa distribución jerárquica de poder y riqueza que permite gracias a la desigualdad de las condiciones que resplandezca la caridad.

El pensamiento ilustrado define al ser humano, en parte, por su quehacer en la sociedad, por su trabajo. ese bien que ofrece a la sociedad para ser admitido en ella y gozar de los beneficios de las leyes.

Bajo la mirada de Lizardi, la mendicidad no pasó inadvertida, tampoco la caridad. En 1813, en su *El Pensador Mexicano*, tomo se-

⁶³ Lozano Armendares, *op. cit.*, p. 104.

gundo, dedica dos números (8 y 9) al tema. En el primero expone que:

[...] es consecuente de la ninguna industria, del comercio muerto, de la agricultura abandonada, de las trabas de los gobiernos (que hoy ya no existen entre nosotros), pues cada uno puede beneficiar la naturaleza y ayudarse del arte del modo que quiera (EPM,II,8:200).

Fernández de Lizardi no niega que hay muchos ricos caritativos, pero que otros, muy al contrario, tratan con desprecio a los pobres, sin que procuren aliviar sus penas mediante la caridad. En el siguiente número de su periódico, nuestro autor se aboca a proponer los medios para “extirpar la mendicidad de este reino”. Su primera propuesta es dividir a los mendigos en falsos y verdaderos; hacer que los primeros sean instruidos en un oficio y puestos a desempeñarlo. Para los segundos, propone gravar impuestos a las pulquerías, a las casas de billar, al Coliseo, a las vinaterías y a otros comercios con el fin de ayudar a los verdaderamente necesitados, y, que también fueran retirados de las calles, o sea, que el Estado les proporcionara albergue y un trabajo acorde con sus capacidades.

El ser ilustrado no aleja a Lizardi de las verdades cristianas, por el contrario, las defiende razonadamente. Así, la caridad lo ocupará en varios de sus folletos, entre éstos uno titulado *Las porfías de El Pensador* (1813), en el que expone a fondo lo que la caridad completa debe ser: ha contemplar a todos los pobres, y ser perfecta, pues a los pobres no debe asistírseles con sobras ni malos servicios médicos, “faltándola estas circunstancias no es caridad, es cumplimiento, es una hipocresía, porque no digan” (O-X,144). En el subtítulo de otro folleto (1822) titulado *Mas que se enojen las viejas, tengo de ser francmasón,*

si son como dizque son, se lee que “la fe sin caridad no vale nada”, en referencia a los católicos hipócritas y fanáticos que acudían a misa, que rezaban los rosarios y novenarios, y que, en fin, aparentaban mucha fe al defender la religión católica, pero que hacían lo contrario a lo que predicaban.

La mendicidad que practica Catrín pertenece a la de los falsos medigos, que son ladrones de los verdaderos pobres; y que, además, obstaculizan la caridad, porque, las personas se abstienen de dar limosna al sospechar que el baldado no lo está, que el ciego ve, y el sordo oye, y no por milagro. En suma, los falsos mendigos son un lastre social. Por si fuera poco, su ociosidad genera otros vicios, entre ellos la ebriedad.

El oficio de mendigo le vino a Catrín como anillo al dedo: aprendió relaciones sociales; identificó las casas de las personas piadosas; memorizó el santoral, y comprendió que era necesario modular la voz para obtener la limosna. Arrancaba exclamaciones entre los caritativos: “¡Pobrecito cojito!, decían algunos, ¡y tan mozo!” (DC-XII:607). Lo más importante era que Catrín de la Fachenda obtenían su “oficio” diez o doce reales diarios, a parte de lo que comía; más de lo que había obtenido como soldado; menos de lo que ganó como jugador, y en este último oficio, sacó ganancias con la notoria ventaja de no estar expuesto al peligro. Con tan buen capital, se juntó con una joven oportunista llamada Marcela con la que se amancebó. Ante esta situación de ventura nuestro cojo héroe afirma:

Yo mismo me admiraba al advertir que lo que no pude hacer de colegial, de soldado, de tahur, de catrín ni de pillo, hice de limosnero; quiero decir, mantuve una buena moza con su criada en una vivienda de tres piezas, muy decente como yo, y esto

sin trabajar en nada ni contraer drogas, sino sólo a expensas de la fervorosa piedad de los fieles. ¡Oh, santa caridad!, ¡oh, limosna bendita!, ¡oh, ejercicio ligero y socorrido! ¡Cuántos te seguirán si conocieran tus ventajas! ¡Cuántos abandonarían sus talleres! ¿No se comprometieran en los riesgos y pagaran a peso de oro el que les sacaran los ojos, les cortaran las patas y los llenaran de llagas y de landre para ingerirse en nuestras despilfarradas pero bien provistas compañías? (DC-XII:607-608)

Catrín ha arribado a puerto. La búsqueda que emprendió desde joven ha terminado, pues como mendigo “se consigue la plata sin trabajar, que fue siempre el fin a que yo aspiré desde muchacho” (*idem*).

Don Catrín de la Fachenda, “noble, ilustre y distinguido por activa, por pasiva y por impersonal” (DC-I:541), hizo carrera de pillo, gracias a los vicios sociales. No hubiera sido tan fácil sin la participación activa o pasiva de la sociedad. Al amparo de la caridad mal entendida de los católicos, aun siendo joven: por las noches va a merendar en compañía de su amante vestido de catrín, a donde no lo conozcan.

Habría que darle la razón en cuanto a que todos los medios que nuestro vivillo personaje utilizó para subsistir le proporcionaron dinero. Sin embargo, ninguna bonanza pudo serle permanente: Catrín se enfermó de hidropesía a causa de su gula y afición creciente al alcohol. Ya enfermo, Marcela lo abandona a los cuidados de la casera, y ésta lo lleva al hospital, donde muere, no sin dictar su biografía a un practicante.

Por un lado, la vida y los hechos de Catrín están marcados por una constante declinación: A cambio de bienes temporales, que duran muy brevemente, cada vez se hunde más, alejándose de los hom-

bres buenos y trabajadores. Cada una de sus bonanzas estuvo precedida de desgracia, y viceversa. En un principio vivía a la luz del día, y terminó siendo catrín sólo por las noches, un catrín mutilado y convencido de la inexistencia de la justicia divina. Aún creyendo que su vida ha sido noble e ilustre, como su cuna, es abandonado a su suerte en la cama de un hospital. Su cuerpo, todavía caliente, es sepultado en la fosa común. Su testimonio lo perfila como un amoral:

[...] si hay un Juez Supremo que recompense las acciones de los hombres según han sido, esto es, las buenas con una gloria y las malas con un eterno padecer, entonces yo me la he pegado, pues si me condeno, escapo en una tabla.
[...] ni me acobardo, ni siento en mi corazón ningún extraño sentimiento: mi espíritu disfruta de una calma y de una paz imperturbable” (DC-XIV:617).

V

HUMOR: LA DOLOROSA MUECA DE LA SONRISA

La risa debe ser algo así como
una especie de gesto social.

Bergson, *La risa*

Hay mucho que corregir asegura Lizardi; qué asuntos corregir y por qué es lo que he querido esbozar en la primera parte. Tal principio embona en el ideal estético de la Ilustración. Por lo mismo la Literatura y toda creación humana, debían estar teñidas con la tintura de la utilidad. La claridad y la precisión de la sátira en *Don Catrín* permiten que cumpla con ese ideal de utilidad.

Ya mencionaba Cascales en sus *Tablas poéticas* que la sátira era una píldora para curar las llagas de la sociedad, y el poeta “a menester açucararla y dorarla primero con algún dicho o cuento gracioso”.⁶⁴

⁶⁴ Citado por Pérez-Lasheras, *op. cit.*, p. 79.

La famosa *Arte poética española* de Juan Díaz Rengifo, mejor conocida como *Rengifo*, en su edición de 1759, dice que la sátira es “un poema que se ordena a la debida corrección y reprehensión de los vicios, y los defectos”, y que debe adornarse con dichos y sentencias, agudas o graciosas.⁶⁵ El *Rengifo* era muy popular entre los poetas novohispanos. Se usaba especialmente como compendio de rimas; pero no hay que descartar que el concepto de la sátira expuesto por Cascales fuera común en las últimas décadas del siglos XVIII y las primeras del siglo pasado, y que, por lo tanto, fuera conocido por Lizardi.

La tesis de que la función de la sátira es la de corregir vicios, también se encuentra en la *Poética* de Nicolás Boileau, autor citado por Lizardi. Dicha preceptiva inspirándose en Aristóteles, se clasifica a la sátira dentro del estilo jocoso, relacionando los defectos y el error con lo ridículo, que mueve a risa.

He afirmado que la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi, desde el punto de vista de la función social que insufló a su trabajo, es satírica. La sátira ha estado siempre relacionada con la risa, pues como puede inferirse del párrafo anterior se hallaba filiada con la comedia. Northrop Frye sostiene, en su *Anatomía de la crítica*, que dicha categoría requiere de dos cosas: el “ingenio o humor basado en la fantasía o en un sentido de lo grotesco o de lo absurdo; la otra es un objeto que atacar”.⁶⁶ Si la sátira prescinde del humor, se convierte en una simple reprobación.

Después de un recorrido histórico por la crítica, Antonio Pérez-Lasheras concluye que la sátira no es un género literario porque se

⁶⁵ Pérez-Lasheras, *op. cit.*, p. 110.

⁶⁶ Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*, p. 295.

manifiesta como intención del autor, que alcanza “cierta visión sardónica”.⁶⁷ Esto siempre implica un ataque. Por su parte, los críticos no han llegado a un consenso sobre la relación simétrica entre la sátira y lo cómico. Sin embargo, Pérez-Lasheras insiste en que ésta ha sido relacionada por algunos con la risa sardónica o satánica; “pero siempre risa revolucionaria por cuanto es el único elemento humano capaz de destrozar cualquier sistema”.⁶⁸ Es por esto que las manifestaciones que mueven a risa no son compatibles con los regímenes autoritarios. Tal es la razón por la que entre los egipcios no hubo obras similares a las comedias griegas.

Cierta risa o sonrisa parece estar ligada a la intención satírica. Si apelamos a Freud, su distinción entre la risa y la carcajada, entre el humor y el chiste, que junto con la parodia y la caricatura son especies de lo cómico, resulta útil y fructífera respecto a la sonrisa y su papel social en la novela lizardiana. Lo que analiza más profundamente Freud es el chiste, cuyo proceso de aprehensión se encuentra relacionado con el inconsciente teniendo, por lo mismo, grandes semejanzas con los sueños.

El chiste “entra” por la vía inconsciente: es reconocido y desdoblado. Genera como reacción la carcajada. Estos procesos dependen de un gasto psíquico que se realiza para poder desdoblar la técnica del chiste, es decir, hay un esfuerzo cuya única razón de ser es el placer que produce. Dicho placer tiene la función social de compartir y crear comunidad; dado el contenido del chiste es un transgresor de reglas sociales y crea, por ello, complicidades placenteras entre el

⁶⁷ Pérez-Lasheras, *op. cit.*, p. 104.

⁶⁸ *Ibidem*, p. 23.

creador del chiste, o quien lo cuenta, y sus escuchas. Una característica importante del chiste es su brevedad y su espontaneidad o instantaneidad, contar dos veces ante la misma audiencia el mismo chiste equivale a prenderle fuego a un cohete quemado.

El humor, en cambio, “es un medio de conseguir placer a pesar de los afectos dolorosos que a ello se oponen y aparece en sustitución de los mismos”.⁶⁹ De lo que se trata en este caso es de ahorrar el gasto de energía que implicarían ciertos afectos dolorosos: compasión, irritación, enojo, rechazo, miedo... y sustituirlo por una visión humorística que implica un gasto y redundante en placer, como ejemplo Freud pone historietas de condenados a muerte: “¿Qué día es hoy?”, pregunta un condenado a muerte a quien conducen a la horca. “Lunes.” “¡Vaya; buen principio de semana!”; en otro caso con circunstancias semejantes el condenado pide una bufanda camino al cadalso para abrigarse y no pescar un catarro, “medida, dice Freud, prudentísima en toda otra circunstancia, pero totalmente superflua y fuera de lugar en la situación dada”.⁷⁰

El chiste requiere ser contado para que exista, su éxito social le da el calificativo de chiste, de hecho un nuevo chiste es casi un acontecimiento social; en cambio el humor es un placer del que se puede gozar aisladamente. Al querer obtener placer se detiene un afecto que representa un obstáculo para el mismo; al suprimir por completo o de manera parcial el desarrollo de este afecto surge lo que Freud llama “humor discontinuo”, un humor que sonrío entre lágrimas.⁷¹

⁶⁹ Sigmund Freud, *El chiste y su relación con el inconsciente*, p. 1128.

⁷⁰ *Ibidem*, p. 1163.

⁷¹ *Ibidem*, p. 1165.

En su libro, Freud observa al humor como un mecanismo de defensa, en cuanto persigue la evasión del displacer: ante sentimientos que ocasionan pesar, el humor encuentra la manera de desviar el displacer hacia el placer, aunque éste se dé entre lágrimas.

Don Catrín es una sátira que no busca la carcajada: no es una obra cómica, sino humorística en este sentido. Una aclaración. He dicho que parece que esta novela fustigara a los catrines, sujetos harto conocidos por los habitantes de la capital novohispana, pero no es así del todo, don Catrín resulta ser en un primer plano la enfermedad, pero en otro la parte azucarada de las píldoras que receta el satirista.

Esta función del personaje y el humor de la obra se aprecian muy bien cuando en el capítulo IX Catrín asiste a la casa del conde de Tebas “porque los catrines son tan nobles que en todas las casas caben”(p.592); cuando sale el tema de la catrinería nuestro héroe defiende su régimen de vida de la siguiente manera:

¿Qué mal hace un catrín en vestir con decencia, sea como fuere, en no trabajar como los plebeyos, en jugar lo suyo o lo ajeno, en enamorar a cuantas puede, en subsistir de cuenta de otros, en holgarse, divertirse y vivir en los cafés, tertulias y billares? ¿Acaso esto o mucho de esto no lo hacen otros mil, aunque no tengan el honor de ser catrines? (DC-IX:592)

Los que no eran catrines pero vivían como ellos, que evadían el trabajo y subsistían del sudor de los demás, no eran otros que los clérigos, los militares, los nobles mismos, como el conde de Tebas. En Catrín esa forma de sobrevivir está censurada por el capellán de la reunión y el resto de los asistentes; pero las capellanías, según Enrique Semo, constituían la incipiente red bancaria de la Iglesia, y resultaban ser un cargo deseado por sus comodidades por muchos.

Los que vivieron de los demás, pero estaban legitimados por el Estado o la Iglesia, también eran catrines, y a ellos debía aplicarse el juicio que pesaba sobre tan noble índole. Luego, el concepto de catrín es ensanchado por Fernández de Lizardi, basándose en la conducta, y no en las apariencias. El comportamiento de quienes no vestían a la moda, pero sí con lujo y derroche acreditaba que también eran catrines. Así pues, estas tres clases se manifiestan por sus actos, en contra de la dignificación de los oficios y del trabajo, y en contra del progreso económico. Obstaculizaban con su conducta la idea de sociedad justa e igualitaria de los ilustrados. El ocio fue repudiado por la Constitución de Cádiz.

Cuando el conde de Tebas escucha la defensa de don Catrín de los de su estirpe lo echa de su casa. Acto seguido, apunta Catrín que los concurrentes “fuérase por adularle [al conde] o por lo que ustedes quieran, comenzaron a maltratarme, hasta los criados” (DC-IX:593), y “el amigo mío me desamparó y se puso de parte del conde” (*idem.*). Este noble permanece en casa con sus invitados, quienes, quizá siguiendo el precepto “ahulla con los lobos”, como lo hizo el amigo de Catrín, buscan asegurarse la generosidad de un conde, que sí tiene riqueza que respalde su noble sangre. El conde ve de alguna forma en Catrín a un noble vuelto lumpen (*Cfr. supra.*), a su posible futuro. Además, sus allegados son meros aduladores, de quienes es necesario desconfiar, como advertiría Lizardi a Agustín de Iturbide, pues estos lambiscones suelen encorvarse “para palanquear el trono” (O-XII,30).

Lizardi satiriza comportamientos cotidianos viciosos, conductas legitimadas por las instituciones —Iglesia, familia, Universidad— y aceptadas por la sociedad. Estos comportamientos se habían consti-

tuido en norma. Para Freud los rasgos humorísticos que salen en la vida cotidiana (como las historias de los condenados), “surgen realmente en nosotros a costa de la irritación; los producimos en lugar de enfadarnos”.⁷² Las normas habituales son material harto difícil de satirizar.⁷³ Fernández de Lizardi no podía apuntar directamente contra los clérigos, los militares y la nobleza en los años en que la lucha independiente se hallaba reducida a una porción del sur de la nación. Las reprobaciones directas contenidas en sus periódicos y folletos no gozaban de la eficacia del humor. Además, los vicios estaban en todos los niveles y entre los privilegiados tenían sus defensores.⁷⁴ El único recurso que le quedó fue hacer una sutil alusión en labios de sus personajes, que, a su vez, representaban al anticidudano. Y con esto quiero llegar a que nuestro novelista hizo coincidir sin ambages los procederes de las clases privilegiadas con los de estos pobretones cargados de ínfulas. La reprobación que la conducta de Catrín ha merecido por parte del lector-cómplice se ve extendida hacia otros.

⁷² *Ibidem*, p. 1164.

⁷³ Frye, *op. cit.*, p. 298.

⁷⁴ “[...] los vicios de las gentes distinguidas son menos groseros, sus defectos menos chocantes, porque están encubiertos con la civilidad y política, y de esta suerte es más trabajoso apropiarles un papel ridículo”, opina Manuel Terán, que firma D. M. T.—a quien Lizardi llama Ranet—, respecto a la crítica que de los vicios hace Fernández de Lizardi en su *Periquillo Sarniento*. A esta opinión responde El Pensador “Si el señor Ranet quiso decir que los vicios de las personas distinguidas, y generalmente de los ricos, se disimulan, se callan y aun se aplauden,[...] este aplauso [...] sólo cabe entre sus viles aduladores y corrompidos mercenarios; los hombres de bien siempre los conocen, jamás los alaban ni dejan de ver sus defectos con repugnancia.” “Apología de *El Periquillo Sarniento*” en *Obras VIII- El Periquillo Sarniento*, p. 23.

Es preciso reflexionar sobre el hecho de que la sociedad contemporánea de Lizardi no se encontraba ya en el siglo XVIII, en que los problemas comúnmente tratados eran del orden que privaba en las colonias españolas: la falta de igualdad entre criollos y “gachupines”, los monopolios y el despotismo del Estado español frente a sus reinos de ultramar. Se suponía que una vez desaparecidos estos conflictos caseros, mejoraría sin duda la vida de los novohispanos.

A dos décadas de iniciado el siglo XIX, la creciente conciencia liberal y de autonomía, que se generó en los territorios de este lado del Atlántico, ponía un escenario completamente diferente a los mismos actores, que hubieron de improvisar una nueva fase histórica con restos del antiguo libreto e inventar un nuevo proyecto. Lizardi se comporta propositivamente, se aleja de la simple murmuración, y muestra que los problemas y los conflictos son gestados en y por una organización social.

Aquellos años de guerra independentista, 1810-1821, dividieron a las clases dueñas de los medios de producción en las favorables al rey Fernando VII, y las favorables al liberalismo, aunque también a favor de ellas mismas.

Cuando Fernando VII jura la Constitución de Cádiz, en 1820, tanto la Iglesia como la alta burocracia hubieron de adaptarse a un pensamiento más liberal; pero tal alineamiento no fue tan profundo ni tangible ni de rápida absorción: existían aún en 1825 quienes se autonombran “ciudadano marqués de tal” o “republicano conde de cual”.⁷⁵ Hay que tener presente la Conspiración de la Profesa.

⁷⁵ La cita completa es como sigue: “Los distintivos olorosos á Castilla en medio una república que sacudió su ominoso yugo, deben celebrarse á carcajadas: por que es cosa muy graciosa oír decir: el ciudadano marqués de tal y el republicano

La sociedad que se presentaba a los ojos de Fernández de Lizardi, antes de 1820, no era simple de corregir. Como satirista debió tener en mente siempre una sociedad ideal, un proyecto que cotejó contra la realidad, y es, en parte, la impotencia del satirista ante esta situación el corazón de la sátira⁷⁶ y del humor.

En esos años difíciles y de formación, elaborar un proyecto social era prioritario ante lo obsoleto de los valores del antiguo régimen, y la falta de compromiso patrio, que surgía de la adopción irracional de costumbres extranjeras que operaban en detrimento del bien común.

Cuando el satirista expone su visión idealizada, contraponiéndola a la realidad, estableciéndose un casi diálogo entre ambas, crea un tercer plano, al cual se refiere Julie Greer Johnson:

this middle ground between two opposite visions was not clearly delineated by the satirists, and its openness and ambiguity were meant to provoke conscious deliberation on the part of their readers and to urge them to arrive at their own interpretation⁷⁷

Esto es precisamente lo que se desprende del capítulo "Hay mucho por corregir"; Catrín es una de tantas cosas, que según Fernández de Lizardi, deben ser modificadas, pero los vicios señalados por el autor tienen en común el ser tolerados sólo haberse generalizado.

conde de cual; que vale tanto como si dijéramos: el liberal monárquico absoluto, y el Católico Apostólico Mahometano" en *En Mixcalco y en mi casa he de Hablar del mismo modo O sean Respuestas del Payo del Rosario al Pensador Mexicano, sin miedo, sin adulación ni respetos humanos*. Imprenta liberal del ciudadano Juan Cabrera. México, enero 28 de 1825.

⁷⁶ Frye, *op. cit.*, p. 300.

⁷⁷ Julie Greer Johnson, *op. cit.*, p. 6.

Lizardi expone las llagas dolorosas, pero no toma la responsabilidad de proponer abiertamente la solución a ninguno de los problemas.⁷⁸ Es el lector quien debe extraer, como dice Greer, su propia interpretación de la sátira.

Hay que recordar, sin embargo, que la interpretación de las sátiras era algo que preocupaba mucho a los lectores de la época, y a Lizardi mismo, si recordamos uno de los párrafos iniciales de *Don Catrín*. He mencionado que una de las causas para dichos temores era la capacidad relativizadora de la sátira, que entre otras cosas mundaniza lo sublime. Añado ahora que uno de los mecanismos utilizados por los satiristas para hacer escarnio de algo, o de alguien, es la reducción “degradación o desvalorización de la víctima mediante el rebajamiento de su estatura y dignidad”.⁷⁹ Pérez-Lasheras cita a Gilbert Highet, quien resalta que el público debe percibir un sentimiento de superioridad con respecto al blanco de la crítica, “sentimiento basado en una sensación de amarga hilaridad producida por la representación de hechos y actuaciones absurdas; todo ello para tratar de corregir vicios de los hombres”.⁸⁰

Esta amarga hilaridad y el humor discontinuo del que habla Freud operan en *Don Catrín*, y aunque el lector, en un principio, se sintiera superior a Catrín, termina siendo un posible sujeto del mismo ataque. Los lectores de la novela probablemente cojeen de alguno de los vicios señalados en el protagonista o en otros personajes. Y sin lugar

⁷⁸ Tal vez ése fue el error de forma que muchos lectores encontraron en *El Periquillo*, y que actualmente hace de esta obra pasto exclusivo del gusto de especialistas, alejándose de la tarea de entretener a un público mayor.

⁷⁹ Citado por Pérez-Lasheras, *op. cit.*, p. 120.

⁸⁰ *Ibidem*, p. 122.

a dudas presencian la misma realidad corrupta, caótica, impune, simuladora y atrasada, tecnológicamente, que Lizardi critica. En lugar de permitir que los lectores reaccionen con irritación por la reprimenda, la exposición de la intrincada madeja, que está a su alrededor por todas partes y de lo que ellos también son partícipes, deja hacer una mueca como sonrisa.

Sí, la sátira es “justo azote del error”, porque

[...] nos mostrará de improviso, la sociedad por un telescopio, como pigmeos muy dignos que se pavonean; o por un microscopio, como gigantes espantosos que apestan; o transformará a su héroe en asno y nos mostrará cómo aparece la humanidad desde el punto de vista de un asno.⁸¹

y para Fernández de Lizardi es tan necesaria porque los vicios, a fuerza de practicarse en todos los niveles sociales,⁸² se legitiman y se convierten en norma: “el hábito haría al monje si no fuera por la sátira” afirma Frye.⁸³ En la novelita la sátira permite la interpretación del lector haga las veces de juez, y de juez atrapado, porque su sentencia puede recaer también sobre su cabeza. Y es este hecho el que produce el efecto humorístico, cuya función social es la de purgar lo malo, sacarlo, para poder continuar sin tanta aflicción, no evadirlo con una carcajada breve, sino azuzar el sentimiento de repulsión por los siguientes vicios: la vanidad y estupidez, retratada

⁸¹ Frye, *op. cit.*, p. 300.

⁸² Lizardi publica en marzo de 1812 un poema en pliego suelto titulado “Cual más cual menos, toda la lana es pelos” en el que se lee “Roba el amo y el cochero,/ el artista, el comerciante,/el sabio y el ignorante,/el rico y el sin dinero,/y tantos roban que infiero/[...]/que los más son los ladrones/y los honrados muy pocos” *Obras-I*,244.

⁸³ Frye, *op. cit.*, p. 300.

mediante la hiperbólica grandilocuencia de Catrín; su necesidad y debilidades (sea el caso su discurso que defiende la mendicidad); y la exhibición sin recato de sus móviles criminales, del corazón pleno de egoísmo. Una vez azuzada la repulsión, la molestia sale en forma de sonrisa, que es el recurso para no llorar.

La obra tiene la virtud de mostrarnos al catrín en sus pensamientos y al hombre en sus actitudes egoístas. Extrae esas muestras de la vida interior, que sólo la ficción puede detectar porque, como se vio en los poemas descriptivos de los currutacos (cfr., *supra*), eran juzgados por su apariencia. La vida entera de Catrín está basada precisamente en cubrir las apariencias. Aparentar es una práctica social que preocupó sobremanera a El Pensador varios años antes que la novela en cuestión. En "Paseos de la Verdad" denuncia esta actitud de los habitantes (AF, 18 y 19), y en su *Noches tristes y día alegre* habla de los católicos hipócritas, los que siguen la liturgia pero no la practican. En este sentido, Frye afirma que el satirista prefiere la práctica a la teoría, la experiencia a la metafísica.⁸⁴ Desde mi punto de vista, la apariencia es una práctica generalizada que influyó en que se toleraran los vicios. Lizardi muestra las acciones de su personaje como la única evidencia necesaria para que el juez-lector, o juez-escucha, arribe a un veredicto.

La sátira proporciona una visión desautomatizada de la realidad. El proceso para que dicha desautomatización no quede a nivel de sermón, es el humor, que permite que los "azotes" se den con el consentimiento del azotado, y que al darlos y recibirlos se purguen las culpas. No se trata de liberar tensiones originadas en la represión,

⁸⁴ *Ibidem*, p. 303.

que es el caso de la consecuente carcajada que desencadena del chiste. Éste opera en función de represiones: es eminentemente transgresor y está destinado al olvido. El efecto del humor, en cambio, esa dolorosa mueca, perdura: la fuente de las molestias es muy grande y duradera. *Don Catrín* es, pues, una novela humorística.

VI

IRONÍAS

El humor en *Don Cabrín* está íntimamente relacionado con el uso de la ironía. Como se dijo en la primera parte, Fernández de Lizardi emplea esta figura en su sentido de antífrasis. Para evitar que haya un mal entendido en cuanto al propósito de su obra, deja las interpretaciones moralizantes a cargo del lector. La ironía y su desciframiento hacen que éste llegue al sentido original: es un participante activo en la construcción del sentido.

Pero ¿cómo se asegura Fernández de Lizardi de que los lectores capten la intención fustigadora de su obra, y cómo se salva de la lectura literal? Wayne Booth en su estudio *Retórica de la ironía* señala la necesidad de que se llegue a compartir la ironía entre el que la hace y el que la recibe. Resalta la univocidad de la misma, apelando a que su creador quiso decir algo específico, sin decirlo explícitamente. No puede dársele otra lectura. Para Booth la labor del lector es de reconstrucción de un sentido que ha sido vaciado en su contrario.

El autor debe proporcionar indicaciones que lleven al lector hábil a darse cuenta de que existe una contradicción o incoherencia de sentido. En el habla, uno de los recursos de la ironía es el tono; para compensarlo en la escritura se utiliza la hipérbole o los contrastes obvios, como en el ejemplo de Freud de la petición de la bufanda del condenado para evitar un resfriado. (Cfr., *supra*)

Cuando en el juego Catrín sufre los palos de su patrón, se queja amargamente pues “me trató como a un villano y como si yo hubiera cometido algún delito en hacer mi necesaria diligencia” (DC-VII:582), aquí el contraste obvio es entre la conducta de ladrón y su queja.

Según Booth, la reconstrucción del sentido de una ironía debe tener las siguientes características: 1) una intención al respecto; 2) que algo está encubierto; 3) que una vez encontrado el significado original, no siga el proceso reconstructivo en esa; y 4) que “los significados reconstruidos son en cierto sentido locales, limitados”.⁸⁵ Stanley Fish opone a esta postura el hecho lógico de que la lectura de la ironía y la literalidad, como cualquier acto interpretativo, están sujetas al tiempo y al contexto, y que una época decide que tal o cual texto o situación deben ser leídos irónicamente.

Si bien es cierto que una vez ubicada la ironía se siguen los pasos señalados por Booth. Douglas C. Muecke dice que la ironía “is the art of saying something without really saying it”,⁸⁶ yendo más allá de la antífrasis de sentido —ésta la relaciona con la noción antigua de ironía, la cual servía para atacar, y la opone a la ironía moderna, ligada a una actitud ante la vida— y ensanchando, además, la visión

⁸⁵ Wayne Booth, *Retórica de la ironía*, p. 31.

⁸⁶ Citado por Pere Ballart en *Eironeia...*, p.191.

de Booth hacia la contradicción y la incoherencia dentro del discurso, lo cual permitiría relaciones latentes no inscritas en el texto.

Pere Ballart por su parte afirma que cualquiera “podrá leer en lo escrito por aquél [el ironista] más de una crítica, no sabrá a ciencia cierta desde dónde ha sido pronunciada”.⁸⁷ Retomando el párrafo anterior y la idea de univocidad de Booth, el lector decide a partir de su interpretación, partiendo de sus horizontes, que tal o cual frase o texto es una ironía de acuerdo con Stanley Fish, Muecke y lo antes citado de Ballart; para esto necesita localizar las indicaciones que menciona Booth y establece así la correspondencia uno a uno, hecho esto, se sigue el proceso reconstructivo que este autor señala. La sátira en *Don Catrín* es un ataque, pero también por sus alcances y por el uso de la ironía un escudo de defensa: cualquiera que intente responder una ironía, de acuerdo con Ballart (cfr., *supra*), y dado que la ironía dice “algo” sin decirlo realmente, no tiene un piso fijo sobre el cual moverse.

Rachel Giora ha desarrollado una clasificación de la ironía, dividiéndola en dos grupos: ironías familiares, e ironías menos familiares; Giora asegura que existe una gradación en cuanto a los significados sobresalientes dentro del léxico. Según su hipótesis, el contexto no es relevante en las ironías familiares, pues, la mayoría de las veces, éstas son entendidas como ironías, sin mucha labor interpretativa, mientras que las ironías menos comunes surgen espontáneamente y están relacionadas con el contexto en que se generan. En este caso particular se encuentran las ironías políticas.⁸⁸ Para el

⁸⁷ *Ibidem*, p. 415.

⁸⁸ Rachel Giora, “Understanding figurative and literal language: The graded salience hypothesis”, *Cognitive Linguistics*, 7, pp. 183-206.

caso de la Literatura, Giora asegura que en muchas ocasiones estas ironías menos comunes se pierden. Coincide en que en la ironía hay algo que no es coherente, es decir, algo que muestra una contradicción en su sentido literal. Encontrar esta contradicción en el texto es tarea exclusiva del lector. Por ejemplo, el caso de los textos de Swift, que fueron leídos como irónicos muy posteriormente a su publicación.

El lector es, pues, quien tiene, ante textos irónicos, la tarea de reconstruir su sentido. Para *Don Catrín* los lectores capaces de llevar a cabo tal trabajo debieron ser los letrados. Haciendo caso de la hipótesis de los significados sobresalientes de Giora, podría decirse que la lectura de la ironía se encontraba limitada a aquella comunidad que reconocía las ironías familiares y las menos familiares, para lo cual necesitaba, por ejemplo, reconocer los dos significados de la palabra “ilustrado” o de “espíritu fuerte”, así como lograr leer de manera expansiva la supuesta defensa de Catrín en la casa del conde de Tebas.⁸⁹ Sin embargo, la novela está estructurada de manera tal que sin necesidad de conocer tales significados algunas ironías pueden leerse fácilmente en las contradicciones obvias del texto.

En el caso de *Don Catrín*, la ironía funciona como antífrasis de sentido, obedeciendo a la univocidad que exige Booth; pero en otro nivel, la reconstrucción e interpretación llevadas a cabo por el lector, a partir de las contradicciones puede encallar en más de un puerto. La ironía le da a Lizardi una vía hilarante para colocar las contradicciones en las convenciones sociales; pero “no para restar seriedad al

⁸⁹ Helena Beristáin menciona como necesarias tanto en el receptor cuanto en el emisor una competencia cultural e ideológica para detectar los indicios irónicos. *Diccionario de retórica y poética*, p. 283.

problema, sino para no verse desbordado por él".⁹⁰ Esto nos regresa a la idea del humor como defensa, como sustitución de un sentimiento de displacer que, al mismo tiempo, realiza su función de purga.

Los componentes de la ironía son varios: a) lingüístico, la inversión de significados o antífrasis; b) retórico, su disemia que la hace ambigua; c) su carácter de ataque; d) sus participantes: emisor, receptor, blanco o víctima y; e) su *eje de distanciación*, que implica un grado de solidaridad por parte del ironista con su blanco.⁹¹

El uso de la contradicción para hacer ironías permite que el autor o emisor no se haga responsable de lo dicho. Esto se basa en la relación explícito/implícito, en la que lo primero es lo dicho, lo manifiesto o literal, mientras que lo implícito es un significado "sobreañadido a otro significado literal".⁹² A este último llega el receptor por medio de un razonamiento que procede de la significación literal; pero de este significado implícito no se hace responsable el emisor.⁹³ La ironía usada en *Don Catrín* deja en manos del lector señalar a los culpables y enjuiciarlos, al mismo tiempo que hace cumplir a la sátira con el requisito de Marcial: *parcere personis, dicere de vitiis*.

El humor, junto con las demás especies de lo cómico, desautoriza lo que toca. El lector no sólo se ve arrollado por las ironías, cuyo significado debe ir reconstruyendo, sino que también queda a cargo de entresacar una propuesta que ayude a cambiar la realidad el texto dibuja, yadescarnada de sus apariencias. Las teóricas inconsistencias que

⁹⁰ Pere Ballart, *op. cit.*, p. 416.

⁹¹ Véase, Helena Beristáin, *op. cit.*, "ironía", p. 283.

⁹² *Idem*.

⁹³ *Ibidem*, pp. 110-111.

emergen del texto son en realidad las indicaciones que el lector debe hallar a fin de que logre reconstruir el sentido original; y, dado que no toda la novela de Fernández de Lizardi debe ser leída como antífrasis, es también tarea del lector percatarse de cuándo la ironía no aparece.

Indicaciones de la ironía están en algunos capítulos de la novela, que imitan en sus títulos el lenguaje de obras como el *Quijote*. Traen por medio del artificio el estilo cervantino de narrar, que sonaba arcaico en la época del México independiente. Por ejemplo, “En el que hace la apología de su obra, y da razón de su patria, padres, nacimiento y primera educación”, que ridiculiza los valores del antiguo régimen con el mismo recurso que, entre otros, había usado el autor de *El Lazarillo de Tormes* cuando proporciona la genealogía de su antihéroe:

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue desta manera: mi padre, que Dios perdone tenía cargo de proveer una molienda de una aceña que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y estando mi madre una noche en la aceña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.⁹⁴

En el título se halla una ironía que aflora antes de leer la novela, y que se fortalece después: cuando alguien escribía sus “hechos” se sobreentendía que eran los memorables, que se distinguían de las

⁹⁴ *El lazarillo de Tormes*, tratado primero. Respecto al nacimiento de Lázaro se ha dicho que parodia los nacimientos de los caballeros o héroes que nacían también en los ríos.

acciones cotidianas. Los hechos narrados requerían un halo épico; pero ¿qué hechos de un catrín podían ser dignos de contarse? Los caballeros, los nobles y privilegiados, como los santos, gozaban del derecho de hacer pública su vida para ejemplo de los demás. Este lizardiano hidalgo acatrinado hace uso de ese privilegio para mostrar al mundo cuántas y cuáles han sido las hazañas de su vida, sumiendo en el desprestigio a sus semejantes en presunción y nobleza, y, de paso a una forma literaria, así como a quienes hacían uso de ella, continuando de esta puntual manera la tradición de Lázaro de Tormes de hablar de sus desvergüenzas.

Una de las tantas ironías que envuelve los propósitos de Catrín se encuentra en el motivo que argumenta para su obra, y en el que está cifrado el objetivo de ser autor de unas memorias: “aumentar el número de los catrines; y el medio proponerles mi vida por modelo” (DC-I:540).

Si creemos fielmente que Catrín espera que una vez narrada su vida los lectores abracen la carrera catrinesca, la lectura de sus pesares, congojas y desastrado fin seguramente sólo conseguiría alejarlos de tales propósitos (lo que hace a Catrín aparecer demasiado pagado de sí mismo y necio entre los necios). Y si leemos el texto como una ironía, aparece el propósito del autor, obteniendo un resultado cercano al que tendría la lectura literal.⁹⁵ En la “Conclusión” hecha por el practicante del Hospital de San Andrés, en que muere Catrín, queda

⁹⁵ Fernando Lázaro Carreter en su estudio sobre *El Lazarillo* deja claro que la novelita está dedicada a un personaje importante que Lázaro llama “Vuestra Merced”. En el caso de Don Catrín, la relación de sus hechos está dirigida a un dos tipos de público: uno con el que cuenta don Catrín, es decir, la rancia estirpe de catrines y catrinas; y otro que es el que leerá la obra y la interpretará.

expuesta de nuevo la finalidad de la obra: "Expiró entre la incredulidad el terror y la desesperación. ¡Pobre Catrín! ¡Ojalá no tenga imitadores!" DC-XIV:619). Las voces del practicante, el cura de Jalatlaco, Modesto y otros personajes no requieren de una lectura irónica: parecieran puestas en el texto como contrapeso a cualquier interpretación inadecuada. Hay que recordar que tanto el lector como el autor deben compartir la misma animadversión por el blanco: solidaridad que es la piedra angular del humor en la novela lizardiana.

A pesar de estos medios, para evitar el mal entendido de la sátira y de las promesas hechas en al principio de la novela, Lizardi no se resiste completamente a su estilo de *El Periquillo*: hay algunos sermones insertos en la obra, como en el capítulo segundo, en que su tío le habla a Catrín de la diferencia entre la felicidad del sabio y la del necio; en el capítulo cuarto, el oficial Modesto le receta a Catrín un sermón acerca de "vencerse a uno mismo" y evitar los duelos, obedeciendo la ley, y le habla de cuál debe ser el carácter de un oficial del rey; en el capítulo octavo, Catrín tiene una fuerte disputa con un viejo y un clérigo, éstos hablan llanamente de quiénes son los catrines, a los que debe conocerse no por sus ropas, sino por sus acciones; en el mismo capítulo Catrín escucha la voz reprensora de su tío en su sueño; ya de mendigo atiende un sermón acerca del alcohol y sus estragos, que, como las demás, no aprovecha. Estas digresiones son otros candados a una interpretación que traicione las intenciones de El Pensador. Incluso Catrín echa un sermón acerca de las mujeres, cuando Marcela lo abandona a su suerte. Sin embargo, este sermón se vuelve contra él mismo:

Pero, ¡ah, mujeres ingratas, falsas e interesables! Maldito sea quien fía de vuestras mieles, juramentos, cariños y promesas.

Amáis a los hombres y los aduláis mientras pueden seros de provecho; pero apenas los veis en la amargura, en el abandono, en la cárcel o en la cama, cuando olvidando sus sacrificios y ternezas, los desamparáis y entregáis a un perdurable olvido. Abrid los ojos, catrines, amigos, deudos y compañeros míos; abrid los ojos y no os fiés de estas sirenas seductoras que fingen amar mientras consiguen esclavizar a sus amantes; de estas perras que menean la cola y hacen fiestas mientras se comen vuestra substancia (DC-XIV:615-616).

Y digo que se vuelve contra él porque, si recordamos la estafa que urdió con Laura contra Simplicio, de alguna manera Catrín se vuelve víctima de otros que actúan como él. En este sermón, además, se encuentran extractadas las artimañas del famoso y supuesto decálogo de Maquiavelo que Catrín siguió a pie juntillas. Por todo lo dicho su queja resulta irónica, y un dardo censor de su propia conducta. El contenido del sermón es cierto, por ello, en boca de Catrín, se aprecia la contradicción y lo ridículo de sus quejas.

La relatividad es un recurso utilizado por Lizardi en su novelita, por medio de los refranes, que eran de uso común en la época para moralizar. Crea ironías para el lector. Así algunos capítulos se inician con sentencias o consejos, cuyo contenido moral se ve torcido, y ha de ser reestablecido por el lector. Por ejemplo en el capítulo segundo, en el que Catrín escucha las recomendaciones de su tío cura y las de su amigo Precioso, acerca de la carrera que debe seguir, Catrín dice:

¡Qué cierto es que si no hubiera entremetidos en las familias, andaría todo con más orden!, pero estos comedidos consejeros muchas veces llevan a las casas la discordia (DC-II:545).

El párrafo se cree verdadero, como los refranes y dichos; pero al leer el capítulo, y sus antecedentes, se infiere que Catrín califica a su

tío como el “entremetido” que lleva la discordia a su casa paterna, y no objeta a Precioso, el verdadero mal consejero.

En el capítulo séptimo leemos acerca del tópic de la rueda de la fortuna: una metáfora de la vida, pues “no hay quien sea constantemente feliz ni constantemente desgraciado” (DC-VII:580), porque “ya se sabe que la fortuna se cansa de sernos favorable largo tiempo” (DC-VII:581).⁹⁶ La fortuna de Catrín se reduce a los breves momentos de bonanza que le traen sus artimañas. De hecho, el concepto de fortuna manejado por Catrín es aquel en que la rueda del destino gira, sin que el hombre pueda hacer nada al respecto: hay una fuerza sobrenatural que actúa sobre el hombre como un titiritero. A este fachendoso la fortuna se le presenta como caprichosa. Esto se opone a la cosmovisión ilustrada según la cual es el hombre el que propicia su destino por medio de su libre albedrío: sus acciones deben ser la única veleta que guíe sus pasos. En contrario, los buenos o malos sucesos, que le acaecen a Catrín, no tienen para él

⁹⁶ La variable fortuna es una de las constantes en estos personajes, pícaros tunantes. Esto se aprecia en la segunda parte de *El Lazarillo*:

Quien bien tiene y mal escoge, por mal que le venga no se enoje. Dígolo a propósito que no pude ni supe conservarme en la buena vida que la fortuna me había ofrecido, siendo en mí la mudanza como accidente inseparable que me acompañaba, tanto en la buena y abundante, como en la mala y desastrada vida.

Extraído de Juan de Luna, *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes*, I, citado por Florencio Sevilla Arroyo en su edición de *La vida de Lazarillo de Tormes*, p. 238.

Fernández de Lizardi ya había reflexionado acerca de la fortuna de los pícaros. En el número cuatro su periódico *Cajoncitos de la Alacena* tiene un artículo al respecto titulado “Discútese sobre lo que se llama fortuna de pícaros, y en qué consiste ésta”. Para Fernández de Lizardi aunque parezca que “el pícaro nomás tiene fortuna” “ésa no es fortuna, sino maña” (O-IV:190).

lugar a causa de su conducta, sino del acaso. La labor de reconstrucción del lector a partir de los hechos de Catrín, arriba a la conclusión de que por sus acciones se atrae la desgracia.

Una ironía interesante aparece en el segundo capítulo. Catrín describe la “figura” de su tío diciendo: “en su espaciosa frente se leía la serenidad de una buena conciencia, si es que las buenas conciencias se pintan en las frentes anchas y desmedidas calvas”(DC-II:545). Esta ironía apunta a la práctica de juzgar a la gente por su apariencia: se tienen dos o tres dedos de frente. En estas líneas se muestra cuál era la idea física para algunos novohispanos de la sabiduría, la serenidad y de la buena conciencia. Irónicamente, este estereotipo se revela inválido, porque tanto es inapropiado juzgar a Catrín por noble o “gente de bien”, basándose en su apariencia, cuanto creer que “las frentes anchas y desmedidas calvas” resguardan saber. Por supuesto entre líneas se apunta hacia los doctores y canónigos, y contra la supersticiosa idea, bajo el punto de vista ilustrado, de que la edad es sinónimo de conocimiento.

La ironía pues, es uno de los elementos del humor en esta sátira lizardiana: su materia es la contradicción, el sin sentido, que logra oponer antónimos, el decir algo sin verdaderamente decirlo (hasta cierto punto reconstruir ironías exige de quien la recibe compartir el punto de vista de quien las hace).

Esta sonrisa agria debe mucho de su sabor al matiz religioso de la obra. Según las clasificaciones de Frye, durante la Edad Media existió una sátira enciclopédica, cuyo propósito fue hacer una extensión de la prédica.

Fernández de Lizardi era un hombre católico, como lo declara en la primera parte de su *Testamento y despedida de El Pensador Mexicano*

(1827): "Declaro ser cristiano, católico, apostólico y romano" (O-XIII,1038).

En este mismo folleto declara estar en contra de los abusos de religión y de las supersticiones del vulgo. Era, pues, creyente por convencimiento y conocimiento, y, por lo tanto, predicaba los preceptos de su religión practicándolos.

Don Catrín es irreligioso, ateo incluso. En la obra ocurren precisamente algunos de los siete pecados capitales, a saber: la vanidad, la pereza, la lujuria, la avaricia, la gula, la ira y la envidia, mismos que Frye menciona como característicos de la sátira enciclopédica medieval. El mesuramiento de las pasiones humanas era una de las consignas de los ilustrados. Es ciertamente la vanidad excesiva de Catrín la principal razón de su desgracia; su pereza se deja ver en las expresiones siguientes: "A las ocho de la mañana, hora en que aún no pensaba levantarme de la cama..." (DC-V:570), "comía bien, dormía hasta las quinientas, no trabajaba en nada, que era lo mejor" (DC-VI:576), y en el hecho de que Catrín no pretendió trabajar nunca en su vida, únicamente desempeñó dos ocupaciones: en un prostíbulo en que "tenía que ver y callar para comer; pero también tenía que ir a traer pato, aguardiente, café y lo que querían mis señores", pero "esta vileza no podía ser grata a un caballero de honor como yo era y así determiné mudar de vida" (DC-X: 598); su segundo empleo fue el de "metemuertos" en el Coliseo, es decir, encargado de retirar los muebles en los cambios de escena; pero otra de sus pasiones, en esta ocasión la lujuria lo apartó de este empleo ya que "en poco tiempo quise a todas las cómicas, y no sólo a ellas, sino cuantas podía; mi habilidad iba tomando crédito, y yo hubiera sido el primer galán si me [lo] hubieran permitido" (DC-X:599). Su afi-

ción por los placeres sexuales se deja ver también cuando uno que Don Catrín llama “monigote alquilerón”, lo ayuda, llevándolo a su casa después de que Catrín es echado por su casero. Allí enamoró a la hermana bonita de su benefactor, y fueron “amigos”. No hay que olvidar que la causa de su cojera fue también su lujuria, pues fue el marido de la “dama” quien acuchilló la pierna de nuestro héroe.

La gula es de acuerdo con don Catrín una de las causas directas de su muerte:

[...] mi mesa era abundante para los tres, y muy exquisita para mí; porque Marcela era hija de una que había sido cocinera de un título y de muchos ricos, y había aprendido perfectamente el arte de lisonjear los paladares, provocar el apetito y dañar el estómago; con esto me hacía mil bocaditos diferentes y bien sazonados cada día. También este regalo me fue perjudicial al fin. (DC-XIII:610-611)

Catrín se dejó avasallar por la ira varias veces: cuando Tremendo y Modesto se enfrentaron en el café, y él admitió un duelo con el primero;⁹⁷ también lo cegó la ira cuando (capítulo octavo) atacó al

⁹⁷ El duelo forma parte de la supuesta honra caballeresca de Don Catrín, es una lentejuela más de su máscara de noble. En el capítulo IV se desarrolla este enfrentamiento, en el que se aprecia el lenguaje de fanfarronería de los catrines militares, más pomposo que el duelo mismo, que duró poco:

—Para lo cual, si tu nacimiento es noble, me decía [Tremendo], y si eres tan valiente en el campo, cuerpo a cuerpo, como en los cafés, rodeado de tus amigos, a las cuatro de esta tarde te espero solo con mi sable en el cementerio de San Lázaro.

[...] como que me he de morir, que yo le tenía bastante miedo a Tremendo, y que le hubiera dado todo lo que tenía en el bolsillo porque no me hubiera desafiado, me avergoncé de haber callado; y haciendo de tripas corazón, les dije:

clérigo con un sable en mano; y, después, la ira lo acomete cuando se enreda a golpes con su casero, porque lo corre de la habitación que ocupaba. Nuestro personaje no atesora bienes, ni se muestra muy deseoso de poseer el bienestar ajeno, y esto dice que se salva de los pecados de la avaricia y la envidia.

Fernández de Lizardi predica en favor de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza, y de las teologales: fe, esperanza y caridad, por medio de los vicios gracias precisamente a la ironía; exalta las bondades de la religión católica y la justicia de Dios como Juez Supremo, usando a un ateo, irreligioso, quien desprecia los últimos auxilios y la posibilidad de arrepentirse “ya boqueando” (DC-XIV:617).

De alguna manera, el practicante cumple ante el lector con las predicciones hechas por el cura de Jalatlaco desde el capítulo tercero, reiteradas en el sueño del capítulo octavo y que nuevamente se repiten en boca de uno de sus amigos (capítulo noveno). El practi-

—No hay cuidado, amigos, no hay cuidado; está admitido el duelo, a la tarde nos batiremos en el campo. ¿Qué se dijera de don Catrín de la Fachenda si en el primer lance público de honor que se le ofrece manifestara cobardía? No, de ninguna manera huiré la cara al peligro. Bueno no fuera que un militar, que no debe temer una fila entera de enemigos, tuviera miedo a un patarato hablador como Tremendo. Dos brazos tiene él como yo, un sable llevará tan bueno como el mío, y no ha de dejar a guardar su corazón en su casa, como ni yo tampoco.

Puede matarme y yo también puedo matarlo a él, que será lo más seguro. Ya le tengo lástima [...] (DC-IV:558).

Tantas bravuconadas culminan, dice Don Catrín de la Fachenda, en “muchos tajos, reveses y estocadas que le tiré sin regla”, resalta “la ninguna destreza que él tenía de su arma [Tremendo]” (DC-V:563). Estas afirmaciones denuncian la falta de conocimientos de esgrima de los oficiales; ambos bravucones sobrevivieron al duelo sólo porque estaban en igualdad de circunstancias.

cante cierra el círculo abierto por Catrín en el primer capítulo cuando manifiesta que sus padres lo educaron “según los educaron a ellos, y yo salí igualmente aprovechado” (DC-I:540). Una vez muerto, leemos que sus padres “criaron un hijo ingrato, un ciudadano inútil, un hombre pernicioso y tal vez a esta hora un infeliz precito; pero ellos también habrán pagado su indolencia donde estará don Catrín pagando su relajación escandalosa” (DC-XV:618). No hay una pizca de desperdicio en cuanto a la utilidad de la novelita *Don Catrín*, tanto la vida cuanto la muerte del personaje sirven a los mismos útiles fines de educar, corregir y perseguir el error humano donde lo haya.

Como precursor de la Reforma, Lizardi ataca abiertamente a la Iglesia como institución despótica; pero en su novelita se centra en las acciones de aquellos que, diciéndose católicos, obran como Catrín, siguiendo el decálogo de Maquiavelo; aquellos que en su *Noches tristes y día alegre*, él llama “católicos hipócritas”, pues siguen el culto, pero en su interior y en su conducta se muestran contrarios a la ley de Dios. He dicho que Catrín sirve como espejo, y al mismo tiempo como dedo acusador y denuncia de otros que son como él: si se condenó, todos aquellos corruptos que se embozan tras los títulos y los fueros, lo seguirán. Entendiendo lo anterior, se vuelve más reveladora la ironía del propósito de la obra: “aumentar el número de catrines” o de lacras sociales. Si Catrín —o cualquier lector— cree haber huido de la justicia humana; le aguarda la divina. Comprendermos que también se aplica a todo vivillo de las apariencias el epitafio del protagonista: “el que como catrín pasa la vida,/ también como catrín tiene la muerte” (DC-XV:619). Lizardi se ha encargado de ampliar los límites de la palabra catrín más allá de aquellos joven-

zuelos vestidos a la moda, para tocar quizá a muchos de sus lectores y a otros que, aunque no lo parezcan, son catrines de hueso colorado. Estos versitos hacen efectiva la sátira. Si la novela promete satirizar a los currutacos, luego parece traicionar su verdad artística para restablecer finalmente el compromiso: son los catrines y su conducta los objetos a satirizar. Al percatarnos cabalmente de quiénes son y qué hacen, únicamente nos queda sonreír. Lizardi apela a nuestra inteligencia: no usa ninguna acusación expresa; su ironía es tan sutil que resuenan en nuestras cabezas los dichos de “a quien le quede el saco que se lo ponga” y “quien esté libre de pecado, que arroje la primera piedra”.

VII

AUNQUE LA MONA SE VISTA DE SEDA, ¿MONA SE QUEDA?

Retomo aquí lo escrito antes acerca del nombre de nuestro protagonista: por definición, un catrín es un sujeto que vive pendiente de las modas, y que la fachenda es precisamente la vanidad o jactancia. Catrín es hijo de la vanidad y esclavo de su aspecto, y debió serlo porque era su apariencia el instrumento que le proporcionó los medios para sobrevivir. En los poemas descriptivos de la "cascarita" del catrín, quedó claro cómo se veía, y luego, en la novelita lizardiana hemos visto cómo se comportaba.

La verdad es que, de muchas maneras, Catrín aparenta ser una persona decente, pero la principalmente mediante el vestido. Los catrines se distinguían de entre los demás precisamente por su indumentaria afectada por los designios de la moda. Las descripciones que hace el personaje mismo de su traje servirán para darnos un idea más amplia de su aspecto:

[...] mi traje no era indecente, porque con lo que saqué de mi uniforme que vendí, compré en el Parián un fraquencillo azul, un sombrero redondo, un par de botas remontadas, un reloj en veinte reales, una cadena de la última moda en seis pesos, una cañita y un pañuelo. (DC-VI:572)

[...] compré dos camisas de coco, un frac muy razonable y todo lo necesario para el adorno de mi persona, sin olvidármeme el reloj, la varita, el tocador, los peines, la pomada, el anteojito y los guantes, pues todo esto hace gran falta a los caballeros de mi clase. (DC-VIII:580)

Don Catrín se esmera en cuidar su apariencia porque como “era preciso andar decente para comer de balde” (DC-X:596). Hemos dicho que no pertenece a la clase trabajadora, pues no desempeña ningún oficio, que tiene las ínfulas de los nobles, y que se apega a las costumbres de éstos. El traje ha significado siempre la expresión de una pertenencia a cierta comunidad o clase: por su traje, Catrín de la Fachenda se afilia a la “gente decente”; este adjetivo, como señala Lucas Alamán, se refiere únicamente a que viste bien.

La apariencia le permite a nuestro “hombre decente” “hacer visitas a las casas” para comer, “pues los trapientos no caben en ninguna parte” (DC-VI:579). En una de sus visitas a los cafés conoce a Simplicio, y logra hacer que le invite el almuerzo. Su traje decente también permite que Catrín se vengue y burle de este joven cuando se vuelven a encontrar (DC-VII); el traje le granjea el favor de los tahures cuando se vuelve jugador. La camisa de estopilla y los calzones de bretaña superfina “hablan a su favor” ante el alcalde y la ronda, cuando pierde su oficio de gurupí y es golpeado y lanzado casi desnudo a la calle. Gracias a su apariencia, entra y departe con el conde de Tebas. Incluso cuando se encuentra con una mujer que

deseaba vender un hilo de perlas en el Parián, la embauca, porque “la buena mujer me creyó sobre mi frac y mi varita” (DC-XI:604).

Este poder e influjo del vestido los prejuicios que se forman del individuo que lo porta, era manipulado por Catrín. Fernández de Lizardi acusa esta debilidad, porque “la conducta es la única regla por donde debemos conocer y calificar a los hombres” (DC-VIII:585). La distinción de las clases por sus trajes remite al lujo con que vivían las dominantes. El derroche de los nobles novohispanos era un signo de su poderío que además les era exigido para mantener su título: siempre se les exigió el “decoro”.⁹⁸

El lujo se había transformado en parte esencial de la vida de las familias novohispanas que imitaban las costumbres de la Península. El único sentido del lujo es la exhibición: el regodeo de la vanidad ante otros. Con el tiempo, lo que antes había sido de uso exclusivo de los nobles, como los coches, se generalizó, al mismo tiempo los ricos tuvieron pretensiones de nobleza; podían gozar de un coche, igual que un noble. Carmen Martín Gaité ilustra el lujo entre las mujeres españolas del siglo XVIII, en especial el uso de los jubones, que eran usados por las cortesanas. Cuando las mujeres comunes dejaron de temer al lujo, los usaron; entonces ¿quiénes eran las cor-

⁹⁸ Doris M. Ladd consigna que muchos títulos eran retirados porque quienes los poseían estaban endeudados, y que así como la Corona exigía a los nobles pagar los impuestos, también les pedía opulencia. Así, Ladd afirma que “el despliegue de lujo que caracterizaba a la nobleza mexicana era más un reflejo de su vanidad en delirios de grandeza, era un comportamiento que se les exigía como requisito de su posición”, *op. cit.*, p. 94. Juan Beneyto en su *Historia social de España e Hispanoamérica...* consigna que los testadores debían cuidar que los hidalgos vivieran con “decoro”, para poder mantener por lo menos el caballo de guerra, p. 104.

tesanas y quiénes las fieles casadas que andaban a la moda? De este conflicto sacaron provecho los catrines, pues todo era cuestión de aparentar decencia en el traje para ser tenido por “gente decente”. Las apariencias estaban en contra de la igualdad tan solicitada por los Fernández de Lizardi.⁹⁹

Ciertamente el vestido de Catrín representaba un lujo, si atendemos a los costos: un reloj, veinte reales; una cadena de moda, seis pesos; de sesenta pesos que nuestro protagonista ganó en el juego, haciendo trampa, gastó cuarenta y cinco para comprar dos camisas de coco, un frac, reloj, varita, tocador, peines, pomada, antejo, guantes y la propina para el cargador. Como Catrín ganaba once pesos al mes con sobrada razón exclama “no alcanzaba con ellos ni para botas” (DC-V:567). El lujo que ostentaban las clases privilegiadas tenía que ser imitado, por lo menos en ropa, para ser identificado como uno de sus miembros.

Aparentar como práctica social descubre el hecho de que, a principios del siglo XIX, ya no era posible distinguir por su traje a quien lo llevaba. La realidad social se había visto violentada por el poder del dinero con que podía pagarse: un buen traje, o uno de segunda mano, una fe de bautismo que acreditara ascendencia noble, o por lo menos criolla, un grado o borla, o un título nobiliario. En 1816, Fernández de Lizardi trata esta problemática en un artículo llamado

⁹⁹ Hay que advertir que la igualdad ilustrada se basó en la igualdad natural, que a su vez llevó a una igualdad jurídica, reconociendo que la jerarquización social es necesaria. Un zapatero no es igual que un magistrado dentro de la igualdad ilustrada. En su *Periquillo*, Fernández de Lizardi propone su utopía social: un sueño de orden, legalidad e igualdad ante las leyes. En esta utopía el autor niega la posibilidad de ostentación, lo que indica que en su época la distancia entre ricos y pobres era extrema.

“Pragmática, bando o quién sabe qué, mandado publicar por la Razon, el Tiempo y la Experiencia” en su periódico *Alacena de Frioleras*, número XXVII, de la siguiente manera:

[...] mandamos primeramente: que respecto a haberse hecho los *Dones*, tan comunes, que ya no sirven para distinguir las alcurnias, sino para indicar el que viste chaqueta, se calza o tiene cuatro reales, de hoy en adelante nadie se atreva a tratar de tú, ni vos, ni menos de *señor Fulano* a ninguno que no tenga alguna de las tres circunstancias referidas de chaqueta, zapatos, o dinero; y de tal manera es nuestra voluntad que se observe este precepto, que se ha de decir don cochero, don aguador, doña gallinera y doña frutera, como ya por algunos loablemente se practica en estos días.

Otro sí, mandamos y ordenamos: que todos los caballeros cruzados, especialmente si lo son de las cuatro órdenes militares, de hoy en adelante anden en la calle con sus mantos capitulares, para que el común del pueblo no los confunda con los caballeros descruzados o desmantados, como vemos que lo hacen diariamente, tratando como caballeros hechos y derechos a cualquier hombre decente de ropa, sin meterse en más averiguaciones.

Item, por el mismo motivo, mandamos: que todos los doctores, recibidos en cualquiera universidad, anden en sus respectivos distritos con sus borlas y capelos puestos, así para no confundirse con los que no se han borlado, aunque sean doctos, como para que estos adornos de Minerva desquiten, haciendo lucir a las personas, algo de lo que han costado en gajes, propinas, estudios y desvelos (AF, núm.XVII:162).

En esta extensa, pero interesante cita, se hace memoria de que el hábito hacía al monje, estableciendo una correspondencia unívoca entre profesión y traje. Los usurpadores se aprovecharon: hubo quienes gozaron del tratamiento social de monjes porque usaban

hábito. Se hizo difícil distinguir las cortesanas de las no cortesanas. El código de las apariencias clasistas se iba falsificando. Por ejemplo, primero solamente eran los nobles usaban coche; después cualquiera con dinero podía darse ese lujo. Se estaba gestando la simulación de los signos de prestigio. Si fueron los ricos o pequeños burgueses quienes compraron títulos nobiliarios, después la división entre ricos y pobres tampoco fue clara: hubo los capaces de usar los mismos signos sin que les pertenecieran.

La entrada triunfal de las modas en la España del siglo XVIII, agudizó la sociedad de consumo, hecho que, por un lado, recibió la censura y ataque de los ilustrados españoles, que proponían el principio de ser "económicos" en cuanto a los gastos; pero, al mismo tiempo, el consumo resultó ser motor de la industria: un mal necesario.¹⁰⁰ Estar a la moda significaba de alguna manera seguir los dictados de la corte. Allegarse al círculo de poder implicó allegarse los objetos¹⁰¹ que, dice Jean Baudrillard, "desempeñan el papel de expo-

¹⁰⁰ Ver Martín Gaité, *op. cit.*, pp. 34-35.

¹⁰¹ Ya en *El Lazarillo* el protagonista reconoce el poder de vestir bien para aparentar:

Ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja, de la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raído de manga tranzada y puerta y una capa, que había sido frisada, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar. Desde que me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio (Tratado sexto de *El Lazarillo*).

También es interesante que Lázaro se vista de ropa usada como lo hizo Don Catrín. El "hábito de hombre de bien" eleva de nivel a Lázaro como lo hacen el frac y la varita de nuestro protagonista. Hay que recordar que el traje también era importante para el escudero, amo de Lázaro.

nentes del status social".¹⁰² Es por esto último que a Catrín no le importa que lo sorprendan casi desnudo en la calle, porque su camisa era de estopilla y los calzoncillos de bretaña superfina, "géneros de que no se visten los ladrones, a lo menos los rateros", dice (DC-VII:583).

En el siglo XVIII español, el fenómeno de la moda llegó a significar graves quebraderos de cabeza para los maridos, quienes tenían que sostener la ansiedad femenina de estar a la moda, como si en eso les fuera la vida misma. La oferta de abanicos variaba, lo mismo que de los vestidos, y las mantillas. Los peinados (que requerían en muchos casos de peluquero a domicilio), los afeites, los zapatos para los bailes eran adquiridos unos tras otros a una velocidad feroz para los bolsillos de los esposos. Los signos de la moda cambian rápidamente, el *status* social se vuelve en apariencia móvil porque sus signos cambian; pero las estructuras de clase en verdad no se mueven.

No obstante, Catrín y Laura —la supuesta hermana— no logran acceder al mundo del conde de Tebas, o de las clases privilegiadas que simboliza este noble rico, a pesar de que se valieron de sus trajes para ser tenidos a la luz del día y en las calles como gente decente, y esto porque ya se sabía su nivel económico.

Catrín se empeña en parecer, no en ser: está manchado con esta tendencia que, sin embargo, no logra enderezar. Don Catrín no usa una máscara, sino que se ha creído la máscara misma: ha llegado a ser mera simulación.

En opinión de Lizardi los valores se habían confundido con los vicios: se han confundido los caballeros y los doctores con otros

¹⁰² Jean Baudrillard, *Cultura y simulacro*, p. 52.

que no lo son. No olvidemos que: los vicios que parecen virtudes, y los catrines que parecen hombres decentes y de provecho, y que son tomados como tales, sirven a Lizardi para delinear, por oposición, lo que en realidad debería ser un ciudadano ejemplar.

Roland Barthes afirma que la moda es comunicación: su código de signos exige una sintaxis para ser descifrado.¹⁰³ El mensaje que los catrines y otros personajes dieron con su vestido funcionó porque todos se valían de los mismos signos para discernir realidades sociales y económicas novohispanas. Es tan cierto que “como te ven te tratan”, que Catrín utiliza esta facultad mimética cuando incluso se hace mendigo:

[...] me dediqué a aprender relaciones, a conocer las casas y personas piadosas, a saber el santo que era cada día, a modular la voz de modo que causaran compasión mis palabras y a otras diligencias tan precisas como éstas (DC-XII:607).

La mendicidad, como he expuesto, era un mal que azotaba a la Ciudad de México y a otras organizaciones urbanas de la época. Una de las dificultades para acabar con ella, a juicio de Lizardi, era que había verdaderos y falsos mendigos, y, por lo tanto, que los primeros deberían ser objeto de la caridad. Los falsos mendigos, simulaban serlo, crecieron rápidamente en número. Paralelamente creció la nobleza: no era necesario realmente provenir de una familia de rancia alcurnia, bastaba con pagar por documentos falsificados, o sea, comprar los títulos. Cuando no es posible distinguir lo que es real de lo que se simula, todo se interpreta como real de acuerdo con Baudrillard.

¹⁰³ Roland Barthes, *El sistema de la moda*.

Este simulacro a nivel de, por ejemplo, el traje, impulsa que “haya tantos hombres y mujeres decentes, tantos sanos y sanas, tantos muchachos y aun muchachas bonitas ejercitándose en la loable persecución de pordioseros” (DC-XII:608), porque para gozar de los beneficios de este gremio, dice Catrín, sólo se requieren “dos muletas y un tompeate”, habilidad “para fingirse ciegos, mancos o tullidos”, o sufrir un poco de dolor para “hacerse diez o doce llagas con otros tantos cáusticos” y vestirse con “unos pingajos puercos” (DC-XII:608-609). También para ejercer la mendicidad era necesario instruirse en el papel de pordiosero modulando la voz.

Cuando vestía de catrín, nuestro personaje se expresaba como “gente decente”. Por ejemplo, se dirigió al alcalde y a su ronda “con aquella serenidad que inspira la inocencia” (DC-VII:583):

—Sólo esto me falta para que me lleve el diablo de una vez. ¿Conque a un caballero como yo se juzga por ladrón porque se ve desnudo, sin advertir que esta camisa es de estopilla y los calzoncillos de bretaña superfina, géneros de que no se visten los ladrones a lo menos los rateros? Mejor fuera que usted y su ronda me acompañaran a mi casa, donde deseo llegar para curarme de los palos que me han dado los verdaderos ladrones que me acaban de dejar en el triste estado que usted ve (*idem*).

Catrín no sólo se apropia de los signos de la moda para mostrar un *status* que no tiene, sino que de un lenguaje que le permite pasar por un joven decente, y hasta del “don” antepuesto a su nombre, que de acuerdo con la “Pragmática...” (cfr. *supra*) no servía para discernir alcurnias.

Recordemos que Catrín sigue el decálogo de Maquiavelo, especialmente el cuarto consejo, “haciéndome genio de cuantos podían serme útiles” (DC-IX:591). Este consejo puede ser ampliado a partir

del concepto de simulación de Jean Baudrillard, que se resume como la no distinción entre lo real y lo falso; por ejemplo, cuando alguien finge una enfermedad se mete en cama y hace creer que está enfermo; mientras que el que *simula* la enfermedad aparenta tener síntomas, que son percibidos por el médico, sin que se pueda realizar una distinción objetiva; en el primer caso hay una realidad enmascarada, en el segundo se cuestiona “la diferencia de lo ‘verdadero’ y de lo ‘falso’, de lo ‘real’ y de lo ‘imaginario’”:¹⁰⁴ el simulacro. El que simula la enfermedad no puede ser tratado como enfermo, ni como no-enfermo.

El consejo de “ahullar con los lobos” obliga a Catrín a librarse de su postura propia, a adaptarse, a simular que es partidario de aquel que lo beneficie directa o indirectamente. Es tan real su simulación, que en ocasiones “me aporreaban como a su compañero, y los jueces me castigaban como a cómplice”, afirma (DC-IX:592).

Recordemos la definición de los catrines que, en el capítulo octavo, hace un personaje: “el catrín es una paradoja indefinible, porque es caballero sin honor, rico sin renta, pobre sin hambre, enamorado sin dama, valiente sin enemigo, sabio sin libros, cristiano sin religión y tuno a toda prueba” (DC-VIII:586). Catrín y otros pueden ser eso precisamente porque simulan. Asimismo, el socavamiento de los signos de ciertos valores como el honor, la valentía, la sabiduría y la religión, propiciaron tal confusión, que se tomó por honrado, sabio, valiente y cristiano al que lo pareciera, aunque no lo fuera.

De hecho, este fenómeno denunciado, en la “Pragmática...” (cfr. *supra*) es la pérdida de los significados originales, ante la cual El

¹⁰⁴ Jean Baudrillard, *op. cit.*, p. 12.

Pensador, como buen ilustrado, oponía la educación y la resignificación de valores como la nobleza en su acepción moral; el valor que debe tenerse para vencerse a uno mismo y controlar la ira y; la sabiduría profunda, y no la supuesta acreditada sólo con un grado académico. Es de notar que los únicos que no son lesionados por los manejos de Catrín son: don Abundo, quien no le da a su hija en matrimonio después de haberse informado del comportamiento del protagonista; el coronel del regimiento; el casero y el montero que lo empleó de gurupié.

Según Fernández de Lizardi los seres como Catrín y sus compinches, al igual que Periquillo y Juan Largo, “saben el arte maldito de disfrazar los vicios con nombre de virtudes” (PS,V-IV:347).¹⁰⁵ Esta preocupación que aparece en la “Pragmática...”, en la primera novela lizardiana y en *Don Catrín*, apunta hacia el caos que sobrevino tras la disolución de los significados de algunos signos sociales; la atribuida en aquel entonces a las ideas ilustradas.

La generalización de los vicios, desde el punto de vista de Lizardi se debe a que los vicios cuando son dichos escandalizan “pero practicados se disfrazan” (DC-IX:591). En aquel tránsito de viejos a nuevos signos, es decir, de viejas a nuevas formas de organización social, la apariencia, el disimulo y la confusión sentaron sus reales. La erudición de Catrín en realidad se limita a la petulancia de citar

¹⁰⁵ “A la disipación llaman liberalidad; al juego, diversión honesta, por más que por modo de diversión se pierdan los caudales; a la lubricidad, cortesanía; a la ebriedad, placer; a la soberbia, autoridad; a la vanidad, circunspección; a la grosería, franqueza; a la chocarrería, gracia; a la estupidez, prudencia; a la hipocresía virtud; a la provocación, valor; a la cobardía, recato; a la locuacidad, elocuencia; a la zoncera, humildad; a la simpleza, sencillez; a la...”, PS,V-IV:347

algunas frases en latín. Su valentía sólo es rabia imprudente. No se autocontempla como cobarde, sino como “muy sensible” (DC-II:549). Bajo su perspectiva la amistad es conveniencia y adulación; y la liberalidad, derroche. Este juego de simulaciones o disfraces termina por adherirse a su piel, de tal forma que no tiene manera de distinguir qué es qué. Hay excepciones el conde de Tebas se percató de quién era Catrín porque él mismo lo confesó “sin rebozo”.

El peligro social de la simulación es palpable cuando Catrín confiesa que, teniendo “un pedazo de capote o una levita dada, me asociaba con los pillos de este traje” (DC-XI:603), mientras que a veces “sabía dar bastante aire a una frazada y acompañarme con los que la usaban” (*idem*). El individuo que logra ser aceptado tanto en la casa de un noble, cuanto en el gremio de los pillos y mendigos, rompe completamente con el ansiado orden de justicia e igualdad anhelado por Fernández de Lizardi.

Mencioné en algún momento que guiarse por las apariencias es alejarse de la verdad. La mentira funciona como encubrimiento. Tampoco el malo o lo malo se presentan tal cual son, para existir necesitan aparentar ser lo contrario. Por ello, los catrines practicaban los vicios bajo el nombre de virtudes. El efecto ilusorio que tiene el aparentar se disuelve cuando se capta la incoherencia entre la palabra y los actos. Es importante la duración de tales efectos, porque cuando es posible percatarse del engaño puede ser demasiado tarde: Sinforosa estuvo a punto de huir con nuestro fachendoso protagonista, pero su padre la salvó de seguirse guiando por la simulación; el conde de Tebas debió ser más sabio al invitar a alguien a departir en su casa; y, la mujer que vendía el hilo de perlas no debió haber confiado en frac y la varita de Catrín.

Fernández de Lizardi pretende restituir a su antigua condición los polos que de repente se tocan y hacen estragos en los valores sociales. Según él si nos guiásemos por el testimonio de los actos, podríamos hacernos un juicio verdadero de las cosas: el parecer deja únicamente un vacío, mientras que hacer es algo sólido y benéfico más allá de nosotros mismos, nos concilia con los demás. Para llevar a acabo el verdadero sentido de la amistad, del amor, de la caridad, y de la sabiduría es preciso hacer verdaderos actos de amistad, amor, caridad y sabiduría, no sustituir los actos por los signos, creando simulación.

Por fuera, Catrín es un joven decente, un oficial del rey, o bien un mendigo. Lizardi nos muestra su interior derruido, tanto como lo estaba el antiguo régimen, sus valores y costumbres. El fin del virreinato y la Guerra de independencia fue una época de crisis, en la que Lizardi se dio a la tarea de administrar su píldora humorística a la sociedad.

Muchos mendigos, ladrones, y estafadores, es decir, la canalla vió Fernández de Lizardi bajo togas, sotanas, capas, grados, títulos, borlas, cargos y trajes; vió que eran tratados como si realmente hubieran sido lo que parecían. Debió sentirse en obligación de compartir su visión privilegiada con otros: como el larguirucho Don Quijote, que miró venir ejércitos donde había un rebaño de ovejas, e igualmente no pudo resistir ir a la carga.



CONCLUSIONES

Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda quedó en una isla: fue publicada cinco años después de la muerte de su autor y doce después de su anuncio. *Periquillo Sarniento*, pariente del ilustre personaje que me ha ocupado, se ha llevado todas las palmas o críticas severas de los lectores. En justicia, *Don Catrín*, debe ser relevada de su mala fortuna y ser leída, tomando en cuenta lo que no está manifiesto debido al tiempo transcurrido desde su creación. De esta forma me acerqué a ella y terminé estimando el humor que destila.

Para los posibles lectores y escuchas de esta obra los catrines sufren una transformación, o, mejor dicho, una redefinición bajo los ojos de El Pensador.

Henri Bergson sostiene que todo acto humano sacado de su contexto es susceptible de mover a risa. Por ejemplo, interrumpir la música a los bailarines haría que éstos se vieran ridículos; de igual manera Don Catrín es un rico, sin dinero; un noble sin título ni posesiones; un galán sin dama; un soldado sin valor; un término

condiciona al otro, no puede haber nobles sin posesiones, y los que, como nuestro personaje, insisten en serlo se ven tan ridículos como los bailarines sin música.

La sonrisa dolorosa que se desprende de la lectura de la biografía de Don Catrín de la Fachenda, surge gracias a la combinación de las características de la sátira y al uso de la ironía, como recurso que hace partícipe al lector de la reconstrucción de sentidos a partir de uno literal. El lector hace la sátira social.

Esta reconstrucción es precisamente la oferta que da al lector una visión distinta de la que originalmente tiene. A lo largo de la novela una verdad se asoma: nada es lo que parece. Ser y parecer son equivalentes para los personajes acatrinados de la obra. La única manera de ver debajo de los signos usurpados son las acciones; para distinguir los signos de la aparente sabiduría (las desmedidas calvas, *cf.* capítulo VII), de los de la sabiduría verdadera hay que conocer qué es la sabiduría. Una de las razones por las que los catrines engañan es porque la gente vive el simulacro como la realidad.

La verdadera realidad se va delineando por las reconstrucciones de significados que realizan los lectores: las cosas aparecen tal y como son. Sin decir explícitamente lo que debe ser el valor, la sabiduría, la nobleza, la virtud, y otros conceptos, éstos se determinan por medio de sus contrarios: cualquiera puede acercarse a un significado determinado por lo que no es. La obra no dice ni define los valores que defiende, sería inútil citar autoridades para convencer; el lector tiene la tarea de persuadirse en la medida en que entiende el humor.

1820 es un año importante, en la Guerra de Independencia de Nueva España se vivía una pobre insurgencia en el sur, capitaneada

por Vicente Guerrero. En enero de ese año, en España, Rafael de Riego se levanta para proclamar el restablecimiento de la Constitución de Cádiz (1812). La censura sobre las publicaciones americanas orilló a escritores como Fernández de Lizardi a buscar otras maneras de decir algo sin decirlo explícitamente, que era como solía hacerlo en sus periódicos. Esa forma la encontró en la narrativa novelesca en la que se inició por medio de su *Periquillo Sarniento*, éste fue un éxito editorial. Nada detuvo la publicación del cuarto tomo, ni siquiera la censura sobre él, pues copias manuscritas circularon.¹⁰⁶ Después salió *La Quijotita*, que tenía “apariencias de novela” como lo advierte su título. Finalmente, escribe la novela que me ocupa con un estilo más pulido, en búsqueda de la forma que pudiera cumplir con el deseo educativo de Fernández de Lizardi, es decir, que amalgamara sencillez, precisión y funcionara como anzuelo. Nuestro autor reconocía un mensaje descifrable en las novelas como el *Quijote* y el *Gil Blas de Santillana*, porque para entenderlas, dice, “aún hoy necesitan muchas gentes un comentario” (O-VIII:25). En *Don Catrín* no se requiere un comentario para comprender la obra, durante el ejercicio de la lectura misma se va creando dicho comentario.

¹⁰⁶ Ernest R. Moore encontró un manuscrito que resume a manera de compendio los últimos capítulos de *El Periquillo*. Publicó un extracto de su hallazgo en un artículo titulado «Un manuscrito inédito de Fernández de Lizardi. El compendio del tomo cuarto de *El Periquillo Sarniento*. I: Ensayo crítico. II: El manuscrito», *Ábside*, vol. III, núms. 11 y 12 (nov. y dic., 1939), pp. 3-13 y 3-30 respectivamente. Los motivos para tal circulación clandestina no han sido elucidados completamente, pues, a decir de Felipe Reyes Palacios estas copias no incluyen las partes que fueron censuradas, tampoco cumplen con el objetivo de reinvidicar a *El Pensador* con sus suscriptores, porque algunos de éstos en compensación recibieron el tomo de las *Fábulas de El Pensador Mexicano*. (O-VIII:XXXIX-XLI)

En la sátira de José Joaquín Fernández de Lizardi se encuentra la tradición satírica latina retomada por el Humanismo, como la exhibición de los vicios sociales para ser ridiculizados. Y aunque Marcial predicaba hablar de los vicios y no de las personas, la realidad es que una vez establecida la conducta que caracteriza tales vicios, este hecho funciona como los cohetes que sacan de lagos y lagunas a los ahogados: las personas viciosas no pueden dejar de verse. Los vicios convierten a quienes los practican en seres dañinos a la sociedad, pero sobre todo, atentan contra un ideal de organización social. Este ideal, que se encuentra detrás de cualquier sátira, estaba en íntima relación con los sucesos históricos trascendentales de principios del siglo XIX, en que una pálida insurgencia convivía con los deseos independentistas de una nación. No hay que perder de vista el hecho de que la novela fue escrita mientras había suspensión de la libertad de imprenta, es decir, que el clima social y político era de crisis, y las ideas y propuestas no podían circular a sus anchas entre los novohispanos. Esta novelita, al igual que la obra entera de Fernández de Lizardi, tenía un claro propósito educativo. Hay que advertir que la novelita en cuestión andaría de bolsillo en bolsillo: una píldora azucarada que esconde un purgante social.

Y es que en *Don Catrín de la Fachenda* los vicios y la conducta que los identifica son adjudicados al protagonista. Después esta conducta aparece en otros personajes simbólicos e instituciones. Incluso éstas son las que promueven los comportamientos viciosos. De pronto, las actitudes aparentemente propias de los catrines se ven en otros, esta "raza" crece, se le encuentra por todos lados, bajo cualquier apariencia: la capacidad de señalarlos en su totalidad es imposible. El simulacro que Fernández de Lizardi denuncia en su novela

toma como pretexto a un grupo bien localizado, que era culpado por su conducta de atentar contra las buenas costumbres. Conforme se lee la novela otros destructores de la sana moral van apareciendo, junto con las simulaciones que usan: el lector se ve atrapado en una estrategia militar "de pinza". Esta abrumadora realidad que se muestra al lector se canaliza por medio del humor como un gesto social que evita el displacer.

Don Catrín desciende moralmente debido a su afán por no trabajar; se aleja de todos y al final todos se alejan de él, porque él fue su único prójimo. El Otro es un medio para nuestro personaje, él se erige como su propio fin. Pero el amor desmedido que tiene hacia su persona está basado en procurarse una apariencia, en mantener la simulación. No se ama para alimentarse bien, ni para vivir bien, más de una vez recibe golpes y sufre hambre, frío y desprecios: el amor egoísta es también un amor aparente. Para cumplir con el precepto "ama al prójimo como a ti mismo" es necesario reparar en que primero hay que amarse a uno mismo, y cómo nos amemos será la medida en que somos capaces de amar a otros.

Don Catrín de la Fachenda no recibió amor de sus padres, ni de Marcela, ni buenos ejemplos de sus amigos: abusaron de él y él, a su vez, abusó de quien pudo serle útil; con todo por su propio pie se mantuvo en sus "convicciones".



BIBLIOGRAFÍA DE JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, José Joaquín, *Obras I- Poesías y fábulas*, Investigación, recopilación y edición de Jacobo Chencinsky y Luis Mairo Schneider, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1963, 379 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 7)

_____, *Obras III- El Pensador Mexicano*, Recopilación, edición y notas María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky, presentación de Jacobo Chencinsky, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1968, 546 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 9)

_____, *Obras IV- Periódicos, Alacena de frioleras/ Cajoncitos de la alacena/ Las sombras de Heráclito y Demócrito/ El Conductor eléctrico*, Recopilación, edición, notas y presentación María Rosa Palazón M., México, Universidad Na-

cional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, 1970, 441 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 12)

_____, *Obras VII- Novelas, La educación de las mujeres o la Quijotita y su prima, historia muy cierta con apariencias de novela. Vida y hechos del famoso caballero don Catrín de la Fachenda*, Recopilación, edición, notas y estudio preliminar María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1980, XXVI+643 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 75)

_____, *Obras VIII- Novelas, El Periquillo Sarniento (Tomos I y II)*, Prólogo, edición y notas Felipe Reyes Palacios, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1982, XLVIII+439 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 86)

_____, *Obras IX- Novelas, El Periquillo Sarniento (Tomos III- V). Noches tristes y día alegre*, presentación, edición y notas Felipe Reyes Palacios, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1982, XII+508 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 87)

_____, *Obras X- Folletos (1810-1820)*, Recopilación, edición, notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, presentación de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de In-

vestigaciones Filológicas, 1981, XL+450 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 80)

_____, *Obras XI- Folletos (1821-1822)*, Edición, notas y presentación de Irma Isabel Fernández Arias, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1991, XXXII+640 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 104)

_____, *Obras XII- Folletos (1822-1824)*, Recopilación, edición y notas de Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón Mayoral, prólogo de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1991, LVIII+744 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 100)

_____, *Obras XIII- Folletos (1824-1827)*, Recopilación, edición, notas e índices de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, prólogo de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1995, XXXVII+1158 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 124)

_____, *Obras XIV- Miscelánea, bibliohemerografía, listados e índices*, Recopilación María Rosa Palazón Mayoral, Columba Camelia Galván Gaytán y María Esther Guzmán Gutiérrez, edición y notas Irma Isabel Fernández Arias, Columba Camelia Galván Gaytán y María Rosa Palazón

Mayoral, índices de María Esther Guzmán Gutiérrez. prólogo de María Rosa Palazón Mayoral, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios Literarios, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1997, XLII+1029 pp. (Nueva Biblioteca Mexicana, 132)

BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA Y BIBLIOGRAFÍA EN GENERAL

ALAMÁN, Lucas, *Historia de México desde los primeros movimientos que prepararon su Independencia en el año de 1808 hasta la época presente*, t. I, edición facismilar, México, FCE, 1985,

ALONSO, Martín, *Enciclopedia del Idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua española (siglos XII al XX) etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericano*, tomos I-III, Madrid, Aguilar, 1982 segunda reimpresión (colección Obras de consulta)

ÁLVAREZ DE TESTA, Lilian, *Ilustración, educación e independencia, Las ideas de José Joaquín Fernández de Lizardi*, México, Coordinación de Humanidades, Seminario para la descolonización de México, UNAM, 1993, 228 pp.

BALLART, Pere, *Eironeia. La figuración irónica en el discurso literario moderno*, Barcelona, Quaderns Crema, 1994, 562 pp. (Biblioteca General, 18)

BAUDRILLARD, Jean, *Cultura y simulacro*: Traducción Antoni Vicens, Pedro Rovira, Barcelona, Kairós, 1984, 2a. ed., 193 pp.

BENEYTO, Juan, *Historia social de España e Hispanoamérica, Repertorio manual para una historia de los españoles*, Madrid, Aguilar, 1959, 546 pp.

- BENNASSAR, Bartolomé, *Los españoles, actitudes y mentalidad; desde el s. XVI al s. XIX*, versión íntegra del francés en castellano Araceli de la Encina Pascua, Madrid, Swan Avantos & Hakeldama, 1985, 258 pp. (Colección Torre de la Botica)
- BERISTÁIN, Helena, *Diccionario de retórica y poética*, octava edición, México, Porrúa, 1997, XVI+520 pp.
- BUSTAMANTE, Carlos María de, *Cuadro histórico de la revolución mexicana, comenzada en 15 de septiembre de 1810 por el c. Miguel Hidalgo y Costilla, cura del pueblo de Dolores, en el Obispado de Michoacán. Dedicado al excelentísimo señor don Ignacio Trigueros, secretario del Despacho y Hacienda, carlos María de Bustamante*, tomo I, segunda edición corregida y muy aumentada por el mismo autor, México, Imprenta de J. Mariano Lara, 1843, vii+442 pp.+x
- CADALSO, José, *Cartas marruecas*, edición: Mariano Baquero Goyanes, introducción, notas y versión modernizada: Joaquín Benito de Lucas, Barcelona, Ediciones Grupo Zeta, 1988, 312 pp. (Libro clásico, 10)
- CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel, *Violencia y subversión en la prosa colonial hispanoamericana, siglos XVI y XVII*, Madrid, José Porrúa Turanzas, S.A., 137 pp. (Studia humanitatis)
- FREUD, Sigmund, *El chiste y su relación con el inconsciente. Obras completas, tomo III (1900-1905)*, traducción directa del alemán por Luis López-Ballesteros y de Torres, ordenación y revisión de los textos, por el doctor, Jacobo Numhauser Tognola. Madrid, Biblioteca Nueva, 1972, 1202 pp.
- FRYE, Northrop, *Anatomía de la crítica*, traducción Edison Simons, Caracas, Monte Ávila, 2a. edición, 1991, 497 pp. (Estudios)

- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, *La literatura perseguida en la crisis de la Colonia*, México, SEP, 1986, 174 pp. (Cien textos fundamentales para el mejor conocimiento de México)
- GONZÁLEZ OBREGÓN, Luis, *La vida de México en 1810*, México, editorial innovación, versión de 1979, 108 pp.
- GREER JOHNSON, Julie, *Satire in colonial spanish America, Turning the New World upside down*, Foreword by Daniel R. Reedy, Texas, University of Texas Press, Austin, 1993, 199 pp. (The Texas Panamerican series)
- HUMBOLDT, Alejandro de, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, 2a. edición., México, Porrúa, 1973, 696 pp. ("Sepan Cuantos...", 39)
- LADD, Doris M., *La nobleza mexicana en la época de la independencia, 1780-1826*, Traducción de Marita Martínez del Río de Redo, México, FCE, 1984, 355 pp. (Sección de Obras de Historia)
- Lazarillo de Tormes*, México, Impulso extensión editorial de Libreros Mexicanos, 1978, 102 pp.
- LÁZARO CARRETER, Fernando, «*Lazarillo de Tormes en la picaresca*, edición aumentada, Barcelona, Ariel, 1983 segunda edición, 271 pp. (Letras e Ideas)
- LOZANO ARMENDARES, Teresa, *La criminalidad en la Ciudad de México, 1800-1821*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1987, 368 pp. (Serie Historia Novohispana/38)
- MARAVALL, José Antonio, *La literatura picaresca desde la historia social, (siglos XVI y XVII)*, Madrid, taurus, 1986, 800 pp.

- MARTÍN GAITE, Carmen, *Usos amorosos del dieciocho en España*, Barcelona, Anagrama, 1988, tercera edición, XVII+324 pp.
- MIRANDA, José y Pablo González Casanova (eds.), *Sátira anónima del siglo XVIII*, México, FCE, 1953, 234 pp. (letras mexicanas, 9)
- OLMOS SÁNCHEZ, Isabel, *La sociedad mexicana en vísperas de la independencia (1787-1821)*, Murcia, Universidad, Secretariado de Publicaciones, 1989
- PÉREZ-LASHERAS, Antonio, *Fustigat mores: Hacia el concepto de la sátira en el siglo XVII*, Zaragoza, Universidad, Prensas universitarias, 1994, 237 pp. (Humanidades, 24)
- QUEVEDO Y VILLEGAS, Francisco de, *El Buscón*, ed., introd. y n. de Pablo Jauralde Pou, Madrid, Castalia, 1991, 256 pp. (Clásicos Castalia 177)
- SEMO, Enrique, *Historia mexicana. Economía y luchas de clases*, México, Era, 1978, 338 pp. (Serie popular Era, 66)
- SEVILLA ARROYO, Florencio (ed.), *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, Barcelona, Plaza & Janés, 1984, 246 pp. (Colección Clásicos Plaza & Janés)
- SOLÍS, Emma, *Lo picaresco en las novelas de Fernández de Lizardi*, México, UNAM, 1952, 106 pp. (Tesis, maestro en Artes de la Escuela de Verano)
- TORRE VILLAR, Ernesto de la, *La Independencia de México*, México, FCE-Mapfre, 1994, 2a. ed., 1a. reimp., 304 pp. (Sección de Obras de Historia)